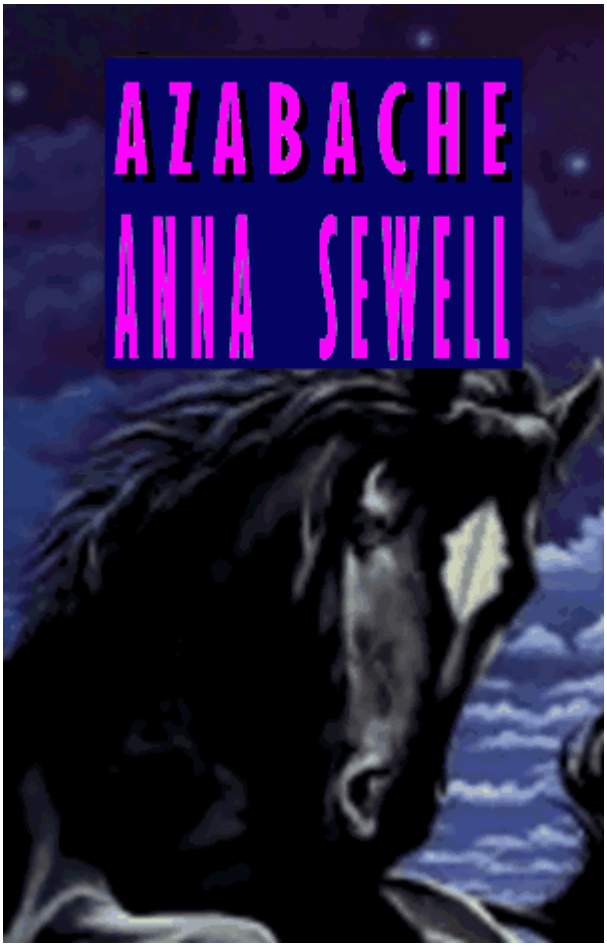
LIBRO dot.com

AZABACHE

ANNA SEWELL



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

CAPITULO 1
MI PRIMER HOGAR

El primer lugar que recuerdo bien, era un prado vasto y placentero, con una laguna de agua clara. Algunos árboles proyectaban su sombra sobre esta laguna; en sus profundidades crecían juncos y lirios. Por encima del seto, desde un costado, podíamos contemplar un campo arado; desde el otro, la entrada de la casa de nuestro amo, situada a la vera del camino. En la parte alta del prado había una plantación de abetos; en la parte baja, un arroyuelo que corría entre empinadas riberas.

Durante mi juventud, viví de la leche de mi madre, ya que no podía comer pasto. De día corría a su lado; de noche me tendía cerca de ella. Cuando hacía calor acostumbrábamos descansar junto a la laguna, a la sombra de los árboles; y cuando hacía frío, nos refugiábamos al calor del acogedor cobertizo situado cerca de la plantación.

En cuanto crecí lo suficiente como para comer pasto, mi madre comenzó a salir a trabajar de día para regresar al anochecer.

Sin incluirme yo, había en aquel prado seis jóvenes potros. Eran todos mayores que yo, y algunos casi tan grandes como caballos adultos. Yo solía correr con ellos y me divertía en grande. Solíamos galopar todos juntos, alrededor del campo y a toda la velocidad posible. A veces nuestros juegos eran bruscos, ya que a ellos les gustaba morder y patear tanto como galopar.

Un día en que las patadas menudearon, mi madre me llamó con un relincho para decirme:

-Presta atención a lo que voy a decirte... Estos potros que viven aquí son buenos, pero como son potros de caballos de tiro, es natural que no hayan aprendido muy buenos modales. Tú eres de raza y fuiste bien criado; el nombre de tu padre es famoso en estos parajes, y tu abuelo ganó dos veces la Copa en las carreras de Newmarket, mientras tu abuela tenía excelente carácter. En cuanto a mí, creo que nunca me has visto patear o morder... Espero que crezcas bueno y amable, y que nunca aprendas malos modales. Trabaja de buena gana, levanta las patas al trotar y nunca muerdas ni patees, ni siquiera por juego.

Jamás olvidé el consejo de mi madre. Era una yegua vieja y sabia, muy estimada por nuestro amo, que solía llamarla "Bonita aunque su nombre era Duquesa.

Nuestro amo era un hombre amable y bondadoso, que nos proporcionaba sabrosa comida, buen abrigo y palabras cariñosas, y que se dirigía a nosotros con tanta consideración como a sus hijitos. Todos le teníamos afecto y mi madre lo quería mucho. Cuando lo veía en el portón, relinchaba de alegría y trotaba a su encuentro. El la palmeaba y acariciaba, diciéndole:

-¡Ah, mi buena Bonita! ¿Qué tal tu Morenito? Me llamaba Morenito porque yo era de un color negro opaco.

Luego me ofrecía un trozo de pan, que sabía muy bien, y a veces llevaba una zanahoria para mi madre.

Todos los caballos acudían a su lado, pero me parece que nosotros éramos sus favoritos. Siempre

era mi madre la que lo llevaba al mercado en un carruaje.

Había un labriego, Dick, que a veces iba a nuestro campo para juntar las moras del seto. Una vez que comía hasta hartarse, se divertía con los potros, como él los llamaba, arrojándoles palos y piedras para hacerlos galopar. No le hacíamos mucho caso, pues no era capaz de seguirnos, pero a veces nos acertaba con alguna piedra y nos causaba dolor.

Un día, se dedicaba a este juego sin advertir la presencia de nuestro amo que, desde el campo vecino, observaba lo que ocurría. No tardó en saltar por encima del seto, sujetar a Dick por el brazo y propinarle tal bofetón, que le arrancó un bramido de dolor. Nosotros, al ver al amo, nos acercamos trotando.

-¡Qué muchacho malvado! perseguir a los potros -exclamó él.- Y ésta no es la primera ni la segunda vez, pero será la última... Toma, ten tu dinero y vete a casa. No quiero volver a verte en mi granja.

De modo que no volvimos a ver nunca más a Dick.

El viejo Daniel, que cuidaba los caballos, era tan bondadoso como nuestro amo, de modo que no teníamos motivo de queja.

Antes de que cumpliera dos años, ocurrió algo que jamás olvidé.

Fue a principios de la primavera; por la noche había helado un poco, y una tenue neblina cubría aún las plantaciones y las praderas.

Con los demás potros, pastaba yo en la parte baja del prado cuando oímos, a bastante distancia, algo que parecía ladridos de perros.

El potro de más edad levantó la cabeza, irguió las orejas y exclamó:

-¡Aquí están los sabuesos!

E inmediatamente partió al galope, seguido por los demás, hacia la parte superior del campo, desde donde, por encima del seto, podíamos ver varios campos más allá. Mi madre y un viejo caballo de montar del amo también se hallaban cerca, y parecían enterados de todo lo que pasaba.

-Han descubierto una liebre, y si vienen para acá, veremos la caza - anunció mi madre.

No tardaron los perros en irrumpir en los campos de trigo nuevo, cercanos al prado donde nos encontrábamos, con un estrépito como jamás había oído en mimos, con un vida. No ladraban ni aullaban ni gemían, sino que, a pleno pulmón, mantenían un incesante: "¡Yooo! ¡Yo, o, o! ¡Yo, o, o!

Tras ellos apareció, una cantidad de hombres de a caballo, algunos ataviados con chaquetillas verdes.

Al contemplarlos el caballo viejo resopló anhelante, y nosotros, los potrillos, ansiamos galopar en pos de ellos, que no tardaron en perderse de vista en los campos de más abajo. Allí parecieron detenerse; los perros acallaron sus ladridos, mientras corrían en todas direcciones, con las narices pegadas al suelo.

-Han perdido el rastro; tal vez la liebre logre escapar -comentó el caballo viejo.

-¿Qué liebre? -pregunté yo.

-¡Oh!, no sé qué liebre, posiblemente una de las nuestras, que salió de la plantación. Cualquiera que encuentren sirve para que la persigan.

No tardaron los perros en reanudar sus aullidos y regresar a toda velocidad, dirigiéndose en línea recta hacia nuestra pradera, en la parte donde la alta ribera y el seto ocultaban el arroyuelo.

-Ahora veremos la liebre -anunció mi madre.

En ese preciso instante una liebre, enloquecida de temor, pasó como una exhalación rumbo a nuestra plantación. Tras ella, seguidos por los cazadores, llegaron los perros, que, precipitándose a la orilla, saltaron el arroyuelo y cruzaron el campo.

Siguiéndolos de cerca, seis u ocho jinetes saltaron con sus caballos por encima del seto y del arroyuelo. La liebre intentó atravesar el seto, mas no lo consiguió, pues era demasiado denso, y entonces dio la vuelta en redondo para correr hacia el camino.

¡Ay! Demasiado tarde. Entre salvajes alaridos, los perros la rodearon. Oímos un chillido... y nada más. Uno de los cazadores, que llegó en ese momento, dispersó a golpes de fiesta a los canes, que la habrían despedazado. La levantó por una pata, desgarrada y ensangrentada y los caballeros se mostraron complacidos.

Por mi parte, tan absorto estaba, que en un primer momento no vi lo que ocurría junto al arroyuelo. Cuando por fin lo hice, me encontré con un triste espectáculo. Dos hermosos caballos habían caído; uno pataleaba en la corriente, en tanto que el otro gemía, tendido en el pasto. Cubierto de barro, uno de los jinetes salía del agua; el otro yacía inmóvil.

-Se desnucó -dijo mi madre.

-Y merecido lo tiene -agregó un potro.

Yo pensé lo mismo, pero mi madre disintió: -Pues, no, no deben decir eso -nos reprendió.

Aunque... soy una yegua vieja, y he visto y oído muchas cosas, nunca pude explicarme por qué a los hombres les apasiona tanto este deporte. Con frecuencia se lastiman, arruinan excelentes caballos y destrozan los campos; y todo a cambio de una liebre, un zorro o un venado que podrían obtener con mayor facilidad de otra manera. Pero no somos más que caballos y no comprendemos...

En tanto mi madre decía esto, nosotros mirábamos a nuestro alrededor. Varios de los jinetes habían acudido junto al joven, pero mi amo, que observaba los sucesos, fue el primero en levantarlo. Le colgaba la cabeza, le pendían los brazos, y todos se mostraban muy serios.

Ya no se oían ruidos; los mismos perros guardaban silencio, como si supieran que algo grave pasaba. Condujeron al caído a casa de mi amo. Me enteré más tarde que era George Gordon, único hijo del señor Gordon; un gallardo joven, orgullo de su familia.

Los demás partieron en todas direcciones: en busca del doctor, del veterinario, y sin duda, del caballero Gordon, para comunicarle lo sucedido a su hijo.

Poco después llegó el señor Bond, el veterinario, para examinar al caballo negro que gemía, tendido en el pasto. Después de palparlo por todas partes, meneó la cabeza: el animal tenía una pata rota. Alguien corrió a casa del amo en busca de una escopeta. Minutos más tarde se oyó un fuerte estampido.

Muy apenada, mi madre dijo conocer desde hacía años a ese caballo, que se llamaba Rob Roy; un caballo bueno, audaz, sin vicio alguno. Después de esto, no quiso acercarse nunca a esa parte del campo.

No muchos días después, oímos que la campana de la iglesia doblaba largo rato, y al mirar por sobre la empalizada, vimos un extraño carruaje, largo y negro, cubierto de tela negra y tirado por negros caballos. Tras ése llegó otro y otro, y otro, todos negros. Entre tanto, la campana doblaba sin cesar, mientras el joven Gordon era conducido a la iglesia, para sepultarlo. En cuanto a lo que hicieron con Rob Roy, lo ignoro, pero todo fue a causa de una liebrecita.

Comenzaba yo a ponerme gallardo; mi pelaje había yo crecido fino y suave, de un brillante color negro. Tenía una pata blanca y una linda estrella blanca en la frente. La gente me consideraba muy bello. Mi amo se negó a venderme hasta que cumplí cuatro años, pues decía que los muchachos no de bían trabajar como hombres, ni los potros como caballos.

Cuando cumplí los cuatro años, el caballero Gordon fue a verme; me examinó los ojos y la boca, y me palpó las patas de arriba abajo. Después tuve que caminar, trotar y galopar en su presencia. Parece que le gusté, pues declaró:

-Una vez bien domado, será un gran caballo.

Mi amo prometió domarme él mismo, pues no deseaba que me lastimaran o asustaran, y lo hizo sin perder tiempo, ya que al día siguiente comenzó la doma.

Como es posible que no todos sepan qué es una doma, la describiré. Domar un caballo, significa enseñarle a llevar puesta montura y brida, llevar sobre el lomo a un hombre, mujer o niño, ir sólo hacia donde el jinete quiere ir, y hacerlo con tranquilidad. Además, el caballo debe aprender a usar collar, baticola y retranca, y a quedarse quieto mientras se los ponen. Más tarde se le enseña a dejar que le sujeten a un carruaje o calesín, de modo que no pueda trotar sin arrastrarlo, y a avanzar rápido o despacio, según los deseos del conductor.

Nunca debe sobresaltarse por lo que ve, hablar con otros caballos, morder, patear, ni tener voluntad propia alguna, sino obedecer siempre a la de su amo, por más fatigado o hambriento que pueda estar.

Pero lo peor de todo es que, una vez puesto al arnés, no podrá saltar de júbilo ni echarse, fatigado. Ya ven, pues, que esto de la doma es algo magnífico.

Por supuesto, yo estaba habituado desde hacía tiempo al ronzal y la cabezada, y a ser conducido tranquilamente por los campos y senderos, pero ahora tendría que usar bocado y brida.

Mi amo me dio, como de costumbre, un poco de avena, y al cabo de muchos mimos me puso el bocado en la boca y ajustó la brida. ¡Qué cosa desagradable era ese bocado! Quienes nunca lo hayan tenido en la boca, no pueden tener idea de la horrible sensación que produce. Le meten a uno entre los dientes, y encima de la lengua, un gran pedazo de acero frío y duro, cuyas puntas sobresalen por las comisuras de la boca, y se lo sujetan allí mediante correas sobre la cabeza, por debajo del cuello, alrededor del morro y bajo la barbilla, de tal modo que es imposible librarse de esa cosa dura y desagradable. ¡Es malo, malo! Sí, ¡muy malo! Yo, por lo menos, así lo pensé, pero sabía que mi madre siempre lo llevaba puesto cuando salía, como todos

los caballos adultos. De manera que, entre la sabrosa avena y las caricias, palabras bondadosas y suaves modales de mi amo, terminé por dejarme poner el bocado y la brida.

Después vino la montura, pero eso no fue tan malo, ni mucho menos. Mi amo me la puso sobre el lomo con mucha suavidad, en tanto que el viejo Daniel me sujetaba la cabeza. Después, sin cesar de hablarme, me ajustó las cinchas bajo el cuerpo. Comí un poco de avena y luego me pasearon un rato por los alrededores; y esto se repitió todos los días, hasta que yo mismo empecé a buscar la avena y la brida.

Por fin, una mañana, el amo subió a mi lomo y me condujo por el prado, pisando el pasto suave. Por cierto que me resultaba raro, pero confieso que me sentí bastante orgulloso de llevar así a mi amo, y como siguió montándome a diario no tardé en acostumbrarme.

La siguiente cosa desagradable fue ponerme las herraduras de hierro; también eso fue muy difícil, al principio. Mi amo me acompañó a la forja del herrero, para asegurarse de que no me lastimara ni asustara. El herrero me tomó los pies en las manos, uno después de otro, y recortó una parte del casco. Como no me dolió me quedé parado en tres patas hasta que terminó con todos. Entonces tomó un trozo de hierro con la forma de mi pie; me lo ajustó, y a través de él me clavó en el casco mismo unos clavos, de modo que la herradura quedara bien sujeta. Sentí las patas muy tiesas y pesadas, pero a su debido tiempo me acostumbré.

Habiendo llegado hasta allí, mi amo pasó entonces a domesticarme para el arnés; para esto hubo que usar más cosas nuevas. Primero, me pusieron sobre el mismo cuello un collar duro y pesado, y una brida con grandes trozos laterales, llamados anteojeras, contra los ojos. Y bien puesto tenían su nombre ya que con ellas no podía ver a los costados, sino sólo hacia adelante. Había además una pequeña montura, con una molesta correa dura que me pasaba por debajo de la cola, y que se llamaba baticola. Yo la detestaba... Sentir mi larga cola doblada y entreverada con esa correa me fastidiaba casi tanto como el bocado. Sentía más ganas de patear que nunca, pero claro está que no podía patear a un amo tan bondadoso, de modo que acabé por habituarme a todo y pude cumplir mi tarea tan bien como mi madre.

No debo olvidarme de mencionar una parte de mi entrenamiento que siempre consideré una gran ventaja.

Por espacio de dos semanas, mi amo me envió con un granjero vecino, dueño de un prado bordeado a un costado por las vías del ferrocarril. Allí había algunas ovejas y vacas, entre las cuales me soltaron.

Jamás olvidaré el primer tren que pasó. Me alimentaba muy tranquilo, cerca de la empalizada que separaba el prado del ferrocarril, cuando oí a la distancia un sonido extraño, y sin que me diera cuenta de dónde venía... pasó como una exhalación, arrojando humo y con gran estrépito, una cosa larga y negra, que se perdió de vista casi antes de que yo recobrara el aliento. Di la vuelta y eché a correr hacia el lado opuesto del prado, donde me detuve, resoplando de miedo.

Durante el día pasaron muchos otros trenes, algunos con mayor lentitud, pues iban a detenerse en la estación cercana; a veces, al detenerse, producían unos chirridos y gemidos terribles. A mí me parecían espantosos, pero las

vacas seguían comiendo muy tranquilas, sin mirar casi esa cosa negra y horrible.

Los primeros días no pude comer tranquilo, pero al darme cuenta que ese terrible ser no entraba nunca en el campo ni me hacía daño alguno, empecé a no hacerle caso; y no tardé en inquietarme tan poco por el paso de un tren, como aquellas vacas y ovejas.

Desde entonces he visto muchos caballos muy alarmados y alterados al ver u oír una locomotora de vapor; pero gracias a la precaución de mi buen amo, temo tan poco a las estaciones ferroviarias como a mi propio establo.

Mi amo solía conducirme en doble arnés junto con mi madre, porque ella era muy firme y podía enseñarme mejor que cualquier caballo desconocido. Ella me dijo que, cuanto mejor me portara, mejor me tratarían, y que siempre era más sensato hacer lo posible por complacer a mi amo.

-Claro que hay muchas clases de hombres -agregó -los hay buenos y considerados como nuestro amo, a quien cualquier caballo serviría orgulloso, pero también los hay malvados y crueles, que jamás deberían poseer un caballo ni un perro. Además de éstos, hay muchos hombres tontos, vanidosos, ignorantes y descuidados, que nunca se molestan en pensar, y que estropean más caballos que nadie, por pura falta de sensatez. No se proponen hacerlo, pero lo hacen. Espero que caigas en buenas manos; pero un caballo nunca sabe quién puede comprarlo, o quién conducirlo. Todo depende de la casualidad, y sin embargo te repito: "Pórtate lo mejor posible, estés donde estés, y protege siempre tu buen nombre".

CAPITULO 2
EL PARQUE DE BIRTWICK

En esa época solía yo quedarme en el establo, donde todos los días me cepillaban la piel, hasta que brillaba como el ala de un grajo. A principios de mayo vino un hombre, enviado por el caballero Gordon, que me llevó a su residencia. Mi amo dijo:

-Adiós, Negrito; sé un buen caballo, y pórtate siempre lo mejor posible.

Yo no podía contestarle, así que le puse el hocico en la mano; él me palmeó cariñosamente, y entonces abandoné mi primer hogar. Como viví unos cuantos años con el caballero Gordon, conviene que les cuente cómo era el lugar.

El parque del señor Gordon bordeaba la aldea de Birtwick. Se entraba en él por un gran portón de hierro, junto al cual se alzaba la primera cabaña; por él se pasaba, trotando, a un camino liso que corría entre grupos de árboles añosos y muy altos. Pronto se llegaba a otra cabaña y otro portón, que conducía a la casa y jardines. Más allá se extendían la caballeriza, el antiguo huerto y los establos. Había comodidad para muchos caballos y carruajes, pero sólo necesito describir el establo al cual me condujeron, y que era muy

espacioso, con cuatro buenas casillas. Una gran ventana de vaivén, que daba al patio, lo hacía placentero y aireado.

La primera casilla era grande y cuadrada, cerrada por detrás con una portezuela de madera; las demás eran comunes, buenas, pero no tan espaciosas, ni mucho menos. La mía estaba provista de una ringlera baja para el heno, y un pesebre bajo para maíz; se la llamaba casilla "libre" porque al caballo alojado en ella no se lo ataba, sino que quedaba libre para hacer lo que quisiera. Tener casilla "libre" es una gran cosa.

A ese hermoso recinto, limpio, suave y aireado, me condujo el lacayo. Yo no conocía sitio mejor que aquél, cuyos costados no eran tan altos que no me permitieran ver, por entre los rieles de hierro de encima, todo lo que pasaba.

Ese hombre me ofreció una avena muy sabrosa, me palmeó, me habló bondadosamente y se marchó.

Una vez que comí maíz, miré a mi alrededor. La casilla contigua estaba ocupada por un pony pequeño, obeso y gris, de cola y crin espesas, cabeza muy linda y hermoso hocico.

Pasé la cabeza por entre las rejas de hierro, para decirle:

-¿Cómo te va? ¿Cómo te llamas?

Volviéndose hasta donde se lo permitía su freno, alzó la cabeza y contestó:

-Me llamo Patas Alegres, soy muy bello, llevo a las damitas jóvenes y a veces saco a pasear al ama, con su silla baja. Todos me estiman mucho, lo mismo que James. ¿Vas a vivir en la casilla de al lado?

-Sí -repuse.

-Pues, en tal caso, espero que tengas buen carácter; no me agrada tener de vecino a nadie que muerda.

En ese preciso instante, un caballo asomó su cabeza por encima de la casilla más lejana. Tenía las orejas echadas hacia atrás y una expresión de enojo en la mirada. Era una yegua alta, zaina, de hermoso pescuezo largo, que me miró diciendo:

-De modo que eres tú quien me desalojó de mi casilla... ¿Te parece correcto que un potrillo como tú venga a desalojar a una dama de su propia casa?

-Discúlpame, pero no he desalojado a nadie -objeté.- El hombre que me trajo me puso aquí, sin que yo tuviera ninguna intervención en ello. En cuanto a eso de potrillo, ya he cumplido cuatro años, y soy un caballo adulto. Jamás he discutido con caballo ni yegua alguna, y sólo deseo vivir en paz.

-Bueno, ya veremos -rezongó.- Claro está que no quiero discutir con un jovencito como tú...

Yo no agregué palabra. Por la tarde, cuando la yegua salió, Patas Alegres habló de ella.

-Lo que pasa es que Bravía tiene la mala costumbre de patear y echar tarascones; por eso la llaman así. Cuando estaba en la casilla libre, no hacía más que tirar tarascones a diestra y siniestra. Un día mordió en el brazo a James, haciéndoselo sangrar; por eso las señoritas Flora y Jessie, que tanto me quieren, temen entrar en el establo. Solían traerme cosas sabrosas para comer... una manzana, una zanahoria o un trozo de pan, pero desde que Bravía ocupa esa casilla ya no se atrevieron a venir, y yo las echo mucho de menos. Si tú no muerdes ni das tarascones, quizás vuelvan a venir.

Yo le contesté que nunca mordía otra cosa que pasto, heno y maíz, y que no me explicaba qué placer hallaba Bravía en hacerlo.

-Bueno, no creo que lo haga por placer adujo Patas Alegres- es una mala costumbre, no más. Dice que nadie fue jamás bondadoso con ella, y siendo así, ¿por qué no va a morder? Es una pésima costumbre, por supuesto, pero si todo lo que dice es cierto, deben haberla maltratado mucho, antes de su llegada aquí. John y James hacen cuanto pueden por complacerla, y en cuanto a nuestro amo, nunca recurre al látigo si el caballo se porta bien; de modo que quizás aquí recobre su buen talante. Ya ves... -agregó con expresión sabihonda -tengo doce años, sé muchas cosas, y puedo asegurarte que en todo el país no hay mejor sitio que éste para un caballo. John es el mejor lacayo que existe; hace catorce años que trabaja aquí, y en cuanto a James, nunca se ha visto muchacho más bueno. Por eso, si Bravía no se quedó en esa casilla, es culpa suya y de nadie más.

El cochero se llamaba John Manly. Con su esposa e hijito, habitaban en una cabaña próxima.

Al día siguiente, me llevó al patio, donde me aseó bien. En el momento en que regresaba con el

pelaje suave y reluciente, vino a verme el señor Gordon, que se mostró complacido y dijo:

-John, quería probar el caballo nuevo esta mañana, pero tengo otros asuntos que atender. ¿Por qué no te lo llevas a dar una vuelta, después del desayuno? Vayan por el prado común y por Highwood, y vuelvan por el molino y el río, así conocerá el trayecto.

-Muy bien, señor -contestó John.

Después del desayuno, volvió y me puso una brida, cuidándose bien de pasar las correas de modo que me ciñeran la cabeza cómodamente. Luego llevó una montura, pero advirtió enseguida que no era lo bastante ancha para mi espalda y fue en busca de otra, que encajó sin dificultad. Me condujo al principio con lentitud, luego al trote y más tarde al medio galope; y cuando llegamos a la pradera, me tocó apenas con el látigo y dimos una espléndida carrera.

-¡Para, muchacho, para! -exclamó al sujetarme -creo que te gustaría seguir a los sabuesos.

Cuando regresábamos cruzando el parque, nos encontramos con el señor y la señora Gordon, que iban de a pie. Se detuvieron, y John desmontó de un salto.

-Y bien, John, ¿qué tal anda? -quiso saber mi nuevo amo.

-De primera, señor -aseguró John.- Es veloz como un gamo, y fogoso además, pero basta el tirón de rienda más leve para guiarlo. En la pradera nos cruzamos con uno de esos carretones de viaje, de donde colgaban toda clase de cestas, alfombras y demás. Ya sabe usted, señor, que muchos caballos no pasan tranquilos junto a esas carretas, pero él se limitó a mirarlo bien, y después siguió su camino, tan tranquilo y satisfecho como antes. Varios hombres cazaban conejos cerca del Highwood, y uno de ellos disparó cerca la escopeta; él se detuvo un poco y miró, pero no se desvió un paso a derecha ni a izquierda. Yo sólo tuve la rienda firme, sin apurarlo; en mi opinión, nadie lo asustó ni maltrató cuando pequeño.

-Me alegro. Lo probaré mañana -anunció él.

Al día siguiente me condujeron a presencia de mi amo. Recordando los consejos de mi madre, y a mis bondadosos amos anteriores, procuré hacer exactamente lo que el caballero deseaba. Comprobé así que era buen jinete, y muy considerado con su caballo. Cuando regresó a su casa, la señora lo esperaba en la puerta del salón.

.-Y bien, querido, ¿qué opinas de él? -quiso saber.

-Es exactamente como dijo John, querida. No podría montar cabalgadura más placentera. ¿Cómo lo llamaremos?

-¿Te gusta Ebano? -sugirió ella.- Es negro como el Ebano.

-No; Ebano no...

-¿O Mirlo, como al caballo que tenía tu tío?

-No, ya que es mucho más bello que él.

-Sí, en verdad que es todo una belleza, con esa

cara tan expresiva y esos ojos tan serenos e inteli

gentes... ¿qué te parece si lo llamamos Azabache? -Azabache... pues, sí, creo que es un excelente

nombre. Si te gusta, así será.

Y así fue como recibí mi nombre.

Cuando fue al establo, John dijo a James que su amo y su ama habían elegido para mí un nombre inglés bien sensato, que significaba algo; no como Marengo, Pegaso o Abdullah. Los dos rieron, y James agregó:

-Si no fuera por no recordar el pasado, lo habría llamado Rob Roy, ya que nunca vi dos caballos mas parecidos.

-No es de extrañar -comentó John.- ¿No sabes acaso que la vieja Duquesa, del granjero Grey, era la madre de ambos?

Era la primera vez que oía tal cosa. ¡De modo que el pobre Rob Roy, que perdió la vida en la cacería, era mi hermano! No me extrañó que mi madre se mostrara tan apenada. Parece que los caballos no tienen parientes; por lo menos, nunca se conocen después de ser vendidos.

John parecía muy orgulloso de mí; solía cepillarme la crin y la cola hasta que me quedaban sedosas como la cabellera de una mujer, y me hablaba mucho. Claro está que yo no entendía todo lo que me decía, pero aprendí cada vez más a saber qué quería decir y qué deseaba que hiciera. Llegué a tenerle mucho afecto, pues era muy amable y bondadoso y parecía conocer los sentimientos de un caballo. Cuando me limpiaba, conocía los lugares sensibles y los que causaban cosquillas; cuando me cepillaba la cabeza, cuidaba mis ojos como si fueran los suyos, sin producir nunca la menor molestia.

A su modo, el mozo del establo, James Howard, era igual de amable y bondadoso, de modo que me consideré afortunado. Otro hombre ayudaba en el patio, pero poco tenía que ver con Bravía y conmigo.

Unos días más tarde, tuve que sacar el carruaje junto con Bravía. Me preguntaba cómo nos llevaríamos, pero ella se condujo muy bien, salvo que echó atrás las orejas cuando me llevaron junto a ella. Cumplió su labor honestamente y sin retaceos, de modo que no pude desear tener mejor compañera en un doble arnés.

Cuando llegábamos a una cuesta, en lugar deaflojar el paso, echaba su peso contra el collar y empujaba hacia adelante sin vacilar. Ambos trabajábamos con el mismo ahínco, de modo que John tuvoque contenernos, con más frecuencia que apremiarnos, y sin verso obligado jamás a recurrir al

látigocontra uno de nosotros. Llevábamos casi el mismoritmo, y me resultó muy fácil seguirle el paso al trotar. Así era más agradable, y al amo le gustaba quesiguiéramos bien el paso, lo mismo que a John. Unavez que salimos juntos dos o tres veces, nos hicimosmuy amigos, lo cual me hizo sentir como en mi casa.En cuanto a Patas Alegres, no tardamos en llegar a ser grandes amigos. Tan alegre, animoso y bonachón era, que todos lo tenían como favorito,especialmente la señorita, Jessie y la señorita Flora,

quienes solían pasear con él por el huerto, y divertirse jugando con él y con su perrito, Juguetón.

Nuestro amo poseía otros dos caballos, que ocupaban otro establo. Uno era Justicia, una jaca enana, empleada para silla o para tirar del carro de los equipajes; el otro, un viejo zaino de caza, llamado Sir Oliver, que aunque ya no podía trabajar, era el gran favorito del amo, quien le permitía pasearse por todo el parque. A veces tiraba de algún coche liviano por los alrededores, o llevaba alguna de las señoritas cuando salían con su padre, ya que era muy manso y se le podía confiar un niño, tanto como a Patas Alegres. En cuanto a la jaca, era un caballo vigoroso, bien plantado y tranquilo, con quien solía conversar en el cercado, aunque claro está que no llegué a intimar tanto con él como con Bravía, que compartía el mismo establo conmigo.

Era yo muy feliz en mi nuevo hogar, y si echaba de menos una cosa, no se debe pensar por ello que estuviera descontento. Todos los relacionados conmigo eran buenos; me alojaba en un establo aislado y soleado, y comía de lo mejor.

¿Qué más podía desear? ¡Libertad, pues! Durante tres años y medio de mi vida había tenido cuanta pudiera desear; en cambio entonces, semana tras semana, mes tras mes, y sin duda año tras año debía permanecer noche y día en un establo, salvo cuando me necesitaran; y entonces debía ser tan firme y tranquilo como cualquier caballo viejo que ha trabajado veinte años. Debía dejarme poner correas por todos lados, un bocado en la boca y anteojeras sobre los ojos. No me quejo, no, porque sé que así debe ser. Quiero decir solamente que para un caballo joven, pleno de brío y vigor, acostumbrado a un vasto campo o llanura donde levantar la cabeza, menear la cola, galopar a toda velocidad, ir y venir resoplando a sus amigos... digo que es duro no tener ya más libertad para hacer lo que se quiere.

A veces, cuando me ejercitaba menos de lo habitual, me sentía tan colmado de vida y energía que, al sacarme John, no podía realmente quedarme quieto. Por más que me esforzara, sentía necesidad de saltar, bailar o hacer piruetas, y sé que debo haberle dado más de una buena sacudida, especialmente al principio, pero él era siempre bondadoso y paciente.

-Quieto, quieto, muchacho -me decía -espera un poco, que una buena carrera te quitará enseguida el hormigueo de las patas.

Más tarde, en cuanto salíamos del poblado, me permitía trotar unos cuantos kilómetros, y me llevaba de vuelta tan fresco como antes, aunque ya libre de inquietudes, como decía él.

Cuando no se ejercita bastante a los caballos briosos, se los tacha de asustadizos, y algunos caballerizos los castigan, pero nuestro John no, pues sabía que era sólo fogosidad. Sin embargo, tenía sus propias maneras de hacerme comprender, por su tono de voz o un tirón de la rienda. Si estaba muy

serio o resuelto, yo lo advertía en su voz, y eso ejercía más poder sobre mí que ninguna otra cosa, pues le tenía mucho afecto.

Debería agregar que a veces nos daban libertad por unas horas, habitualmente en domingos, durante el verano. Nunca sacábamos el carruaje los domingos, ya que la iglesia quedaba cerca.

Para nosotros era toda una fiesta que nos dejaran sueltos en el cercado hogareño o en el antiguo huerto; tan fresco y suave era el pasto bajo nuestras patas tan dulce era el aire, y tan placentera la libertad de hacer lo que se nos ocurría: galopar, echarnos, rodar de espaldas, o mordisquear el pasto. Entonces, cuando nos deteníamos juntos bajo la sombra del castaño grande, era un momento oportuno para conversar.

CAPITULO 3
BRAVÍA

Un día, estando Bravía y yo solos a la sombra, tuvimos una larga plática. Como ella quería saberlo todo acerca de mi crianza, se lo conté.

-Bueno -comentó luego -si me hubieran criado como a ti, acaso tendría tan buen carácter como tú, pero ahora creo que nunca más lo tendré.

-¿Por qué no? -le pregunté.

-Porque para mí, todo fue muy diferente repuso ella.- Nunca hubo nadie, hombre ni caballo, que fuera bueno conmigo, ni a quien quisiera complacer. Para empezar, me apartaron de mi madre en cuanto dejé de mamar, y me encerraron con otros potrillos jóvenes; a ninguno de ellos le importaba nada de mí, ni a mí de ellos. No tuve un amo bondadoso, como

el tuyo, que se ocupara de mí, me hablara y me llevara cosas sabrosas para comer. El hombre que nos cuidaba jamás me dirigió una palabra amable. No quiero decir que me maltratara, pero no se ocupaba de nosotros sino para comprobar que teníamos comida suficiente y cobijo en el invierno. Por nuestro campo corría un sendero para caminantes, por donde solían pasar muchachones que nos arrojaban piedras para hacemos galopar. A mí nunca me alcanzaron, pero un hermoso potro joven recibió un mal tajo en la cara, que, según creo, le habrá dejado una cicatriz para toda la vida. Aunque no nos importaban esos muchachos, su conducta nos volvió más salvajes, por supuesto, y nos hicimos a la idea de que eran nuestros enemigos. Nos divertíamos mucho en el prado, ya fuera galopando de un lado a otro, persiguiéndonos por el campo o descansando a la sombra de los árboles. Pero cuando lo pasé mal, fue cuando llegó el momento de la doma. Vinieron varios hombres a atraparme, y cuando por fin me arrinconaron en una punta del campo, uno me sujetó por el flequillo y otro por la nariz, con tal fuerza que apenas si podía respirar, mientras el tercero me aferraba la mandíbula con su dura mano y me abría la boca de un tirón; así, a la fuerza, me colocaron el bocado. Hecho esto, uno me arrastró por el cabestro, mientras otro me azotaba por detrás. Fue esa la primera experiencia que tuve de la bondad humana:

pura fuerza. Ni siquiera me dieron una oportunidad de saber qué querían. Yo era muy animosa; sin duda muy salvaje y les ocasionaba muchas molestias, pero el caso es qué era terrible estar encerrada en un establo, día tras día, en lugar de andar en libertad. Me enardecía, languidecía y ansiaba salir. Tú bien sabes que ya es bastante malo aunque tu amo sea bueno y te halague bastante, pero yo no tuve nada de eso. Tal vez el anciano amo, el señor Ryder, pudo haberme dominado sin tardanza, y logrado cualquier cosa de mí, pero había dejado lo más arduo del oficio a su hijo y otro hombre experto. Él iba sólo de vez en cuando, para supervisar. Su hijo era un hombre fuerte, alto y atrevido, llamado Samson, quien solía jactarse de no haber sido derribado por ningún caballo. En él no había nada de bondad, como en su padre, sino sólo dureza: en la voz, en la mirada en la mano. Desde un primer momento comprendí que lo que deseaba era doblegarme, convirtiéndome en una bestia mansa, humilde y obediente. "¡Una bestia mansa!" Sí, no pensaba en otra cosa -agregó Bravía, pateando el suelo como si el solo pensarlo la enfureciera.- Si no hacía exactamente lo que él quería, se ponía furioso, y me hacía dar vueltas a la carrera por el campo de entrenamiento, con esa rienda larga, hasta cansarme. Creo que bebía bastante, y estoy segura de que cuanto más bebía, peor era para mí. Un día me atormentó cuanto pudo, y me acosté fatigada, angustiada y furiosa; todo me parecía tan injusto... La mañana siguiente, fue en mi busca temprano, y de nuevo me hizo correr largo rato. Apenas si había descansado una hora, cuando fue a buscarme de nuevo con una montura, una brida y un nuevo tipo de bocado. Nunca supe bien cómo fue... Recién acababa de montarme en el campo de entrenamiento, cuando, enojado por algo que hice, dio un fuerte tirón de la rienda. El bocado nuevo me hizo doler tanto, que me encabrité de pronto; entonces él, más furioso aún, se puso a azotarme. Ya completamente rebelada contra él, comencé a patear, menearme y encabritarme como nunca; fue una verdadera pelea. El se mantuvo largo rato sobre la montura, castigándome cruelmente con su látigo y sus espuelas, pero la sangre me hervía y no me importaba lo que me hiciera, con tal de lograr zafarme de él. Por fin, y al cabo de una lucha terrible, lo arrojé de espaldas. Lo oí caer pesadamente en el césped, y sin mirar atrás, galopé al extremo opuesto del campo, desde donde, al volverme, vi que mi torturador se levantaba lentamente y se dirigía al establo. Yo vigilaba desde la sombra de un roble, pero nadie fue a apresarme. Pasó el tiempo; el sol calentaba mucho, las moscas que zumbaban a mi alrededor se posaban en mis ijares ensangrentados, lastimados por las espuelas. Como no había comido nada desde temprano, tenía hambre, pero el pasto de ese prado no bastaba para alimentar un ganso. Yo ansiaba tenderme a descansar, pero con la montura sujeta al lomo no tenía alivio posible, como tampoco una gota de agua para beber. Así pasó la tarde y bajó el sol. Al ver que se llevaban a los demás potros, pensé que iban a alimentarse bien. Por fin, cuando ya el sol se ponía, vi que salía mi anciano amo, con un tamiz en la mano. Era un caballero muy distinguido, de cabello muy blanco, pero cuya voz reconocería yo entre mil: no era aguda, ni tampoco grave, sino plena, clara y tierna, y cuando daba órdenes, tan firme y decidida que todos, tanto caballos y hombres, se daban cuenta de que esperaba ser obedecido. Llegó a mi lado en silencio, y entonces, sacudiendo la avena que llevaba en el tamiz, me habló alegre y bondadosamente: "Ven aquí, muchacha, ven aquí, ven aquí". Yo me quedé quieta y lo dejé acercarse. Cuando me ofreció la avena, me

puse a comer sin temor, ya que con su tono lo había disipado por completo. Mientras tanto, él me palmeaba y acariciaba, y al ver la sangre coagulada en mis costados se enojó mucho. "Pobrecita, ¡fue un mal asunto, un mal asunto! dijo antes de tomarme por las riendas para conducirme al establo. Al ver en la puerta a Samson, bajé las orejas y le eché un tarascón. "Apártate, y no te pongas en su camino dijo mi amo; "ya has tratado bastante mal a esta yegua". El gruñó algo, llamándome bestia mañosa. "Oyeme dijo su padre, "un hombre de mal carácter nunca conseguirá que un caballo lo tenga bueno. Todavía no conoces tu oficio, Samson". Dicho esto, me condujo a mi casilla, con sus propias manos me quitó la montura y la brida, y me dejó atada. Pidiendo un balde de agua caliente y una esponja, se sacó la chaqueta, y mientras el peón del establo le tenía el balde, él me lavó los costados con la esponja, con mucha suavidad, pues sin duda se daba cuenta de que los tenía magullados y heridos.

¡So!, mi linda, quieta, quieta... me decía. Su voz me hizo bien, y el lavado me alivió mucho. En las comisuras de la boca tenía la piel tan desgarrada, que

no pude comer heno, ya que sus tallos me hacían daño. El me miró la boca con atención, meneó la cabeza, y ordenó al peón que me llevara afrecho molido, con un poco de harina. ¡Qué sabroso estaba! y tan suave, que me curó la boca. Mientras yo comía, él me acariciaba y decía al peón: "Si no se puede domar a un animal tan brioso como éste por las buenas, nunca servirá para nada". Después de esto iba a verme a menudo, y cuando mi boca quedó curada, el otro domador, Job, fue quien siguió con mi entrenamiento. Como era firme y considerado, no tardé en aprender lo que él deseaba.

Cuando volvimos a encontrarnos en el cercado, Bravía siguió hablándome de su primer hogar.

-Después que me domaron, me compró un tratante para que hiciera pareja con otro caballo zaino. Durante algunas semanas nos condujo juntos; luego nos vendió a un caballero de la sociedad, y fuimos enviados a Londres. El tratante nos manejaba con rienda tensa, cosa que yo detestaba más que nada en el mundo, pero allí nos dirigían con la rienda aún más tirante, porque el cochero y su amo pensaban que así quedábamos más elegantes. A menudo nos llevaban por el parque y otros sitios a la moda. Tú, que nunca has sentido una rienda tensa, no sabes lo que es, pero yo puedo decirte que es algo espantoso. A mí me gusta menear la cabeza, y tenerla tan alta como cualquier caballo, pero piensa cómo te sentirías si, al echar atrás la cabeza, te obligaran a tenerla así durante cuatro horas seguidas, sin poder moverla para nada, salvo levantándola más arriba aún, mientras el pescuezo te duele hasta que no sabes cómo soportarlo. Encima de esto, tienes dos bocados en lugar de uno, y el mío era afilado. Me lastimaba la lengua y la mandíbula, y la sangre de mi lengua coloreaba la espuma que no cesaba de brotarme de los labios, cuando me frotaba y agitaba contra el bocado y las riendas.

-¿Tu amo no pensaba para nada en ti? -pregunté.

-No... Lo único que le importaba, era la elegancia de su carruaje, como ellos decían. Creo que sabía poco de caballos, y dejaba eso en manos de su cochero, que le decía que yo tenía mal carácter, y que no me habían habituado a la rienda tirante, pero que no tardaría en acostumbrarme. Sin embargo, no era él quien podía conseguirlo, pues cuando yo estaba en el establo, furiosa y cansada, en vez de palabras bondadosas que me tranquilizaran y aliviaran, no recibía más que alguna mirada hosca o algún golpe.

Si se hubiera mostrado amable, yo habría procurado soportar todo. Estaba dispuesta al trabajo, por arduo que fuera, pero el verme atormentada nada más que por capricho suyo, me enfurecía. ¿Qué derecho tenían a hacerme sufrir de esa manera? Además de la boca lastimada y el pescuezo dolorido, esas riendas tensas me hacían doler siempre la tráquea; sé que de haberme quedado allí mucho tiempo, mi respiración habría quedado estropeada. Sin poder evitarlo, me volví cada vez más inquieta e irritable. Comencé a lanzar tarascones y patadas cada vez que alguien se acercaba para enjaezarme; el mozo de cuadra me azotaba por esto. Un día, cuando acababan de uncirnos al carruaje y me echaban atrás la cabeza con esa rienda, me puse a corcovear y patear con todas mis fuerzas. No tardé en romper muchos arreos y abrirme paso a patadas; así concluyó mi estada allí. No tardaron en enviarme a Tattersall para ponerme en venta. Por supuesto, no podían garantizarme libre de mañas, de modo que nada se dijo al respecto. Mi buen aspecto y andar atrajeron pronto a un caballero, que ofreció comprarme, y así fui adquirida por otro tratante. Este, que probó de todas maneras y con diferentes bocados, no tardó en descubrir qué era lo que yo toleraba. Por fin pudo conducirme sin tirar de la rienda, y entonces me vendió como caballo perfectamente tranquilo, a un caballero del campo. Como éste resultó un buen amo, me iba muy bien hasta que llegó otro nuevo, de carácter tan malo y mano tan pesada como la de Samson. Siempre hablaba con voz áspera e impaciente, y si yo no me movía en el establo en el instante deseado por él, me golpeaba encima de los corvejones con la escoba o el rastrillo, lo que tuviera en la mano. No hacía nada sin rudeza, y yo comencé a odiarlo; lo que él quería era que le temiera, pero para eso yo era demasiado fogosa. Un día en que me fastidió más de lo habitual, lo mordí, cosa que, por supuesto, lo enfureció mucho, de modo que comenzó a pegarme en la cabeza con el látigo. Después de eso, no volvió a atreverse a entrar en mi establo, pues yo le tenía listos los cascos o los dientes, y él lo sabía. Aunque con mi amo era muy tranquila, éste prestó oídos a lo que le dijo ese sujeto, y así fui vendida de nuevo. El mismo tratante, que oyó hablar de mí, dijo conocer un sitio donde me iría bien. "Sería una lástima", dijo, "que un caballo tan hermoso se estropeara por falta de una oportunidad realmente buena"; y así fue como vine a parar aquí, no mucho antes que tú. Ya había decidido que los hombres son mis enemigos naturales, y que debía defenderme de ellos. Claro que aquí es diferente, pero ¿quién sabe cuánto durará? Ojalá pudiera pensar como tú, pero con todo lo que he tenido que soportar, me es imposible.

-Bueno, sería una pena que fueras a morder o patear a John o a James - comenté.

-No pienso hacer tal cosa, mientras sean buenos conmigo... Una vez di un buen mordisco a James, pero John dijo: "Trátala con bondad y James, en lugar de castigarme como esperaba, fue con el brazo vendado a llevarme afrecho molido, y me acarició. Desde entonces no volví a morderlo, ni lo haré más.

Aunque compadecí a Bravía, lo cierto es que en esa época sabía muy poco, y supuse que exageraba. Sin embargo, comprobé que al transcurrir las semanas se volvía mucho más mansa y alegre, y que iba perdiendo ese aire cauteloso y desafiante con que antes recibía a cualquier persona desconocida que se le acercaba. Por fin, un día, James dijo:

-Creo de veras que esa yegua me está tomando afecto. Esta mañana, después que le estuve frotando la frente, relinchó llamándome.

-Sí, sí, Jim; es la receta de Birtwick -le contestó John -no tardará en ser tan buena como Azabache; ¡la pobrecita no necesitaba otra medicina que bondad!

El amo también advirtió el cambio, y un día, en que al bajar del carruaje fue a hablarnos como solía hacerlo, le acarició el bello pescuezo, diciendo:

-Bueno, linda mía, ¿y cómo te va ahora? Pareces mucho más feliz que cuando llegaste. Pronto la tendremos curada, John -agregó, frotándole el hocico, que ella le acercaba en actitud amistosa y confiada.

-Sí, señor, ha mejorado maravillosamente, no es la misma de antes. Es la receta de Birtwick le contestó John, riendo.

Era ésta una broma de John, quien, solía decir que la receta de Birtwick podía curar a cualquier caballo mañoso. Según decía él, esa receta se componía de paciencia y suavidad, firmeza y caricias; un kilo de cada una, mezclado con un litro de sentido común, para darse al caballo todos los días.

CAPITULO 4
PATAS ALEGRES

El señor Blomefield, el vicario, tenía muchos hijos e hijas, que a veces iban a jugar con las señoritas Jessie y Flora. Una de las muchachas tenía la edad de la señorita Jessie; dos de los muchachos eran mayores, y había varios pequeños. Cuando ellos estaban de visita, había tarea de sobra para Patas Alegres, pues nada les complacía más que montarlo por turno, y pasearse con él por todo el huerto y el cercado durante horas. Una tarde en que se ausentó con ellos largo rato, cuando James lo llevó de vuelta y le puso el cabestro, le dijo:

-Bueno, pillo, a ver si te portas bien, o nos veremos en aprietos.

Yo le pregunté:

-¿Qué hiciste, Patas Alegres?

-¡Oh! -exclamó él, meneando la cabecita -di una lección a esos jovencitos, nada más. No supieron ver cuándo era suficiente para ellos ni para mí, de modo que los arrojé de espaldas; de otra manera no entendían.

-¡Cómo! -me extrañé.- ¿Volteaste a las niñas? ¡Nunca te creí capaz de tal cosa! ¿Fue a la señorita Jessie o a la señorita Flora?

Muy ofendido al parecer, me contestó:

-¡Claro que no! No haría semejante cosa por la mejor avena del mundo... Si tengo tanto cuidado con nuestras damitas como podría tenerlo el amo, y en cuanto a los pequeños, soy yo quien les enseña a montar. Cuando parecen un poco asustados o vacilan un poco al montarme, yo ando con tanta suavidad y tan en silencio como la vieja gata cuando persigue un pájaro; cuando se tranquilizan, vuelvo a darme prisa, de modo que se acostumbren. Así que, no te molestes en sermonearme; soy el mejor amigo y maestro de equitación de

esos niños. No se trata de ellos, sino de los muchachos. Ellos son otra cosa continuó, sacudiendo la crin- hay que domarlos, como nos domaron a nosotros cuando éramos potros, y enseñarles a conducirse. Cuando los otros niños me habían montado casi dos horas, los muchachos consideraron llegado su turno; así era, y yo no tuve inconveniente alguno. Me montaron por turno, y los hice galopar por el campo y el huerto durante una hora entera. Cada uno de ellos se había cortado una gran vara de avellano, y la utilizaban con demasiada frecuencia, pero yo lo toleré de buen grado, hasta que por fin, considerando que ya teníamos suficiente, me detuve dos o tres veces, a modo de indirecta. Tú ya sabes; los muchachos creen que un caballo o un pony es lo mismo que una locomotora de vapor o una trilladora, y que puede funcionar durante todo el tiempo y con toda la rapidez que a ellos se les ocurra. Ni siquiera piensan que un pony puede cansarse o tener sentimientos de ninguna clase; por eso, como el que me azotaba no quería entender, me levanté sobre las patas traseras y lo dejé deslizarse por detrás... nada más. Cuando me volvió a montar, repetí lo mismo. Entonces subió el otro, y en cuanto comenzó a utilizar su vara, lo eché sobre el pasto, y así hasta que llegaron a entender. Eso fue todo. No son malos muchachos ni se proponen ser crueles. Yo les tengo gran afecto, pero ya ves que tuve que darles una lección. Cuando me condujeron a presencia de James y le contaron lo sucedido, me parece que se disgustó mucho al ver esos palos tan grandes. Dijo que eran adecuados tan sólo para vaqueros o gitanos, y no para caballeritos.

-En tu lugar -intervino Bravía -yo les habría dado una buena patada, y con ella una lección.

-No me cabe duda de que lo habrías hecho -replicó Patas Alegres -pero yo, por mi parte, no soy tan tonto, y discúlpame, como para enojar al amo o hacer que James se avergüence de mí. Además, esos niños están a mi cargo mientras montan; les digo que me los confían a mí. Pero si el otro día, no más, oí que nuestro amo decía a la señora Blomefield: "Mi estimada señora, no tiene por qué inquietarse por los niños; mi buen Patas Alegres los cuidará tan bien como lo haríamos usted o yo; le aseguro que no vendería ese caballito por nada, tan buen carácter tiene y tan de fiar es". ¿Me crees una bestia tan desagradecida como para olvidar el trato bondadoso que he recibido aquí durante cinco años, y toda la confianza que depositan en mí, y volverme mañoso porque un par de muchachos ignorantes me tratan mal? ¡No, no!, tú no has tenido nunca un buen hogar, donde fueran bondadosos contigo, y por eso no sabes. Yo no apenaría a nuestra gente por nada; los adoro -continuó Patas Alegres, resoplando por la nariz, como solía hacerlo por la mañana, al oír acercarse los pasos de James.- Además, si me diera por patear, ¿adónde iría a parar? Vaya, me venderían en un santiamén sin ninguna recomendación, y podría encontrarme esclavizado por el mandadero de un carnicero, o muerto de trabajo en algún sitio de veraneo, donde a nadie le importara de mí, salvo para averiguar lo rápido que puedo andar; o tirando de alguna carreta, llevando a tres o cuatro gordos de juerga, como vi con frecuencia en el sitio donde vivía antes venir aquí. No -concluyó, meneando la cabeza -espero no llegar jamás a esa situación.

Bravía y yo no éramos de esa raza de caballos altos, aptos para llevar carruajes; más bien teníamos sangre de carrera. Como nuestra altura era de unas quince cuartas y media, servíamos tanto para montar como para

conducir. Nuestro amo solía decir que no le agradaban los caballos ni personas capaces de hacer sólo una cosa, y como no pretendía pavonearse en los parques londinenses, prefería un tipo de caballo más activo y útil.

En cuanto a nosotros, hallábamos nuestro mayor placer cuando nos enjaezaban para una cabalgata: Bravía llevaba al amo, yo a la señora, y las niñas iban sobre Sir Oliver y Patas Alegres. Era tan alegre andar todos juntos al trote o al medio galope, que siempre nos ponían fogosos. Yo era el que mejor lo pasaba, pues siempre llevaba a la señora. Pesaba poco, tenía voz dulce, y manejaba la rienda con tanta suavidad, que me conducía casi sin que lo sintiera.

¡Ah!, si supiera la gente qué alivio es para los caballos una mano liviana, cómo les conserva la boca sana y el humor parejo, seguramente no tironearían como suelen hacerlo. Tenemos bocas tan sensibles que, cuando un trato malo o ignorante no las ha estropeado o endurecido, sentimos el menor movimiento de la mano del jinete, y en un instante comprendemos lo que se nos pide. A mí nadie me había estropeado la boca, y creo que por eso el ama me prefería a Bravía, aunque su andar era, sin duda, tan bueno como el mío. Con frecuencia ella me envidiaba, diciendo que por culpa de su entrenamiento, y del bocado que le habían puesto en Londres, su boca no era tan perfecta como la mía. Entonces, el viejo Sir Oliver solía decirle:

-¡Vamos, vamos!, no te enojes; tuyo es el honor más grande; una yegua capaz de llevar a un hombre de la estatura de nuestro amo, con todo tu vigor y soltura de movimientos, no tiene por que avergonzarse de no llevar a la señora. Nosotros, los caballos, debemos aceptar las cosas como se presentan, y estar siempre satisfechos y bien dispuestos con tal de que nos traten bondadosamente.

A menudo me había preguntado por qué Sir Oliver tendría una cola tan corta. No tenía, en realidad, más de doce a trece centímetros de largo con una borla de pelo pendiente, y durante uno de nuestros días de descanso en el huerto me atreví a preguntarle en qué accidente había perdido su cola.

-¿Accidente? ¡No fue ningún accidente!

-resopló, con fiera expresión.- ¡Fue un acto cruel,vergonzoso y deliberado! Cuando era joven, me lle

varon a un sitio donde se hacían esas cosas crueles. Me ataron, sujetándome de modo que no pudiera moverme, y entonces cortaron mi cola, hermosa y larga, por la carne y él hueso, y me la quitaron.

-¡Qué espantoso! -exclamé.

-¡Espantoso, sí! Pero no sólo por el dolor, aunque fue terrible y duró mucho tiempo, no sólo por la indignidad de que me quitaran mi mejor adorno, aunque eso fue malo, sino esto... ¿cómo podía volver a espantarme las moscas de los ijares y de las patas traseras? Ustedes, con sus colas, las ahuyentan sin pensarlo, y no saben qué tormento es que se les posen encima, y piquen sin cesar, sin tener nada para ahuyentarlas. Te digo que es un perjuicio y una pérdida para toda la vida. Pero, gracias a Dios, los hombres ya no lo hacen.

-¿Para qué lo hacían antes? -quiso saber Bravía.

-¡Por la moda! -explicó el viejo caballo. -¡Por la moda!, no sé si sabrán lo que eso significa. En mis tiempos, no había caballo joven bien criado al que no se le cortara la cola de esa manera vergonzosa, como si el buen Dios que nos creó no supiera lo que deseamos y lo que luce mejor.

-Supongo que será la moda lo que los impulsa a sujetarnos la cabeza con esos horribles bocados con que me torturaban en Londres -comentó Bravía.

-Lo es, no te quepa duda -aseguró él.- A mi modo de ver, la moda es una de las peores cosas que existen. Fíjense ahora, por ejemplo, la manera en que tratan a los perros, cortándoles las colas para que parezcan animosos, y recortándoles las orejitas en punta, acaso para que parezcan despiertos. Una vez tuve una gran amiga, una terrier parda, a la que llamaban "Syke". Tanto afecto me tenía, que no dormía sino en mi establo. Armaba su lecho bajo el pesebre, y fue allí donde tuvo cinco cachorros, de lo más bonitos. Como eran de raza, no ahogaron a ninguno, ¡y ella estaba tan complacida con ellos! Y cuando abrieron los ojos, y comenzaron a arrastrarse por todos lados, eran lindos de ver. Pero un día vino el hombre y se los llevó a todos. Pensé que acaso temiera que yo pudiera pisarlos, pero no era así. Al anochecer, la pobre Syke los llevó a todos de vuelta, uno por uno, con la boca, todos ensangrentados y llorando de modo lastimoso. A todos les habían cortado un trozo de la cola, y recortado la lengüeta blanda de las orejitas. ¡Cómo los lamía su madre, y qué apenada estaba, pobrecita! Nunca pude olvidarlo. Con el tiempo sus heridas curaron, y olvidaron el dolor; pero la lengüeta suave, destinada por supuesto a proteger la parte delicada de sus orejas del polvo y las heridas, estaba perdida para siempre. ¿Porqué no cortan en punta las orejas de sus propios hijos para que parezcan despiertos? ¿Por que no les cortan las puntas de las narices, para que parezcan animosos? Una cosa sería tan lógica como la otra. ¿Qué derecho tienen de atormentar y desfigurar a los animalitos de Dios?

-Todo eso es verdad -admitió con tristeza Patas Alegres- y donde vivía antes vi suceder eso con los perros una y otra vez, pero aquí no debemos hablar de ello. Ustedes saben que el amo, John y James son siempre buenos con nosotros, y hablar contra los hombres en un sitio como éste no me parece justo ni agradecido. Ya saben que hay otros amos y mozos buenos, además de los nuestros, aunque claro está que los nuestros son los mejores.

Con este sensato discurso, cuya veracidad conocíamos, el pequeño Patas Alegres nos tranquilizó a todos, especialmente a Sir Oliver, que abrigaba gran afecto por su amo. Para cambiar de tema, pregunté:

-¿Alguno puede decirme para qué sirven las anteojeras?

-¡No! -exclamó secamente Sir Oliver.- Porque no sirven para nada.

Con su tranquilidad habitual, intervino Justice:

-Se supone que impiden a los caballos asustarse y sobresaltarse, provocando así accidentes.

-Entonces, ¿por qué razón no se los ponen a los caballos de montar, especialmente a los de mujeres? -pregunté.

-No existe razón alguna, salvo la moda -continuó él.- Dicen que un caballo se asustaría tanto de ver detrás las ruedas de su propio carruaje, que se espantaría con toda seguridad, aunque lo cierto es que cuando lo montan, las ve por todas partes, en las calles transitadas. Admito que, a veces

se acercan demasiado, y resulta desagradable, pero no escapamos, nos habituamos a ellas y comprendemos. Si nunca nos pusieran anteojeras, jamás nos harían falta; veríamos lo que hay, sabríamos qué es, y nos asustaríamos mucho menos que al ver sólo trozos de cosas que no entendemos. Claro que puede haber caballos asustadizos, que han sido lastimados o atemorizados en

su juventud; acaso a ellos les convengan, pero como nunca lo fui, no sabría decirlo.

-Por mi parte -intervino Sir Oliver- opino que las anteojeras son peligrosas de noche. Nosotros, los caballos, vemos mejor en la oscuridad que los hombres, y habríamos evitado más de un accidente, de haber podido utilizar bien nuestros ojos. Recuerdo que hace unos años, en una noche oscura, regresaba un carruaje tirado por dos caballos, y cerca de la casa del granjero Sparrow, donde el camino pasa cerca de la laguna, las ruedas se acercaron demasiado a la orilla, y el carruaje volcó en el agua. Se ahogaron los dos caballos y el conductor escapó a duras penas. Claro, después de este accidente colocaron una baranda blanca y resistente, fácil de ver, pero si esos caballos no hubieran estado parcialmente cegados, se habrían alejado solos de la orilla, y no habría habido accidente alguno. Cuando volcó el carruaje del amo, antes de que ustedes llegaran, se dijo que de no haberse apagado el farol de la izquierda, John habría visto el gran agujero dejado por los peones camineros, y es verdad. Pero si el viejo Colin no hubiera tenido anteojeras puestas, lo habría visto, con farol o sin él, pues era un caballo experto y sabía evitar el peligro. De ese modo, se lastimó mucho, el carruaje quedó destrozado, y cómo se salvó John, nadie lo sabe.

-Me parece -dijo Bravía dilatando las fosas nasales -que estos hombres tan sabios harían mejor en dar órdenes de que, en el futuro, todo caballo naciera con los ojos en plena mitad de la frente, en vez de al costado. Los hombres siempre creen poder mejorar a la Naturaleza y corregir la obra de Dios.

La discusión volvía a enardecerse, cuando Patas Alegres levantó su carita sensata y declaró:

-Les diré un secreto: creo que John no aprueba las anteojeras; un día le oí hablar con el amo al respecto. El amo decía que en algunos casos, si los caballos se habituaban a ellas, podría ser peligroso sacárselas, y John le contestó que en su opinión, sería bueno que se domara a todos los potrillos sin ellas, como se hace en otros países. De modo que, alegrémonos y demos una carrera hasta el otro extremo del huerto...

A medida que transcurría el tiempo de mi vida en Birtwick, más orgulloso y feliz me sentía de vivir en un lugar así. Nuestros amos eran respetados y queridos por todos cuantos los conocían; eran bondadosos y amables con todos, no solamente con los hombres y las mujeres, sino también con caballos y borricos, perros y gatos, ganado y aves. No existía ser oprimido o maltratado que no los considerara como amigos, y sus criados compartían la misma cualidad. Si llegaba a saberse que algún niño del poblado trataba con crueldad a algún animal, no tardaba en tener noticias de la Casa.

El señor Gordon y el granjero Grey habían colaborado, como solían decir, durante más de veinte años para eliminar las riendas tensas en los carruajes. Pocas veces se las veía por allí; pero si el ama llegaba a encontrarse con algún caballo demasiado cargado y con la cabeza tirada hacia atrás, detenía su carruaje, bajaba y razonaba con el conductor, con su voz dulce y seria, procurando demostrarle lo estúpido y cruel que era.

No creo que ningún hombre pudiera enfrentar a nuestra ama. Ojalá todas las damas fueran como ella.

Por su parte, el amo solía expresar su opinión con toda franqueza. Recuerdo que una mañana me conducía a casa, cuando vio a un hombre corpulento que venía en nuestra dirección en un coche liviano, tirado por un hermoso pony bayo, de patas esbeltas y cuya cabeza y cara denotaban buena crianza y sensibilidad. Llegaban a la entrada del parque cuando el pobrecito se volvió hacia ella.

Entonces aquel hombre, sin una palabra de aviso, tiró de las riendas con tal fuerza y brusquedad que estuvo a punto de derribar al pony, y cuando éste reanudó su marcha, comenzó a propinarle furiosos latigazos. El pony quiso entonces apresurar el paso, pero aquel sujeto lo retuvo con tal brutalidad que podía haberle quebrado la mandíbula, mientras que continuaba castigándolo. Para mí fue un espectáculo espantoso, pues sabía el dolor terrible que estaría experimentando el caballito. En ese momento, mi amo me dio una orden, y en un segundo alcanzamos al individuo.

-Sawyer, ¿no sabe que ese pony es de carne y hueso? -lo interpeló entonces con severidad.

-De carne, hueso y mal carácter. Le gusta demasiado hacer su voluntad, y no lo voy a permitir -replicó, alterado, el otro, que era un constructor que solía ir al parque por negocios.

-¿Y le parece que tratándolo así lo aficionará a seguir sus órdenes? -insistió el amo, con igual severidad.

-¡No tenía por qué virar, si su ruta era recta! -repuso Sawyer en tono áspero.

-Usted lo condujo a menudo a mi casa, y esto demuestra la memoria e inteligencia del animal -continuó mi amo.- ¿Cómo podía saber que usted no se dirigía allí de nuevo? Pero eso poco tiene que ver. Debo decirle, señor Sawyer, que nunca tuve la desgracia de ver tratar de esa manera a un animal, y que al portarse de esa manera lastima usted su propio prestigio tanto o más que a su caballo. Recuerde que todos seremos juzgados por nuestras obras, tanto hacia los hombres como hacia las bestias.

Dicho esto, el amo me condujo a casa con lentitud, muy apenado, como lo denunciaba su tono.

Y se dirigía con tanta franqueza a los caballeros de su misma categoría que a sus inferiores, ya que otro día, al salir, nos encontramos con cierto capitán Langley, un amigo del amo, que conducía una es pléndida yunta de tordillos que tiraban de un coche. Al cabo de una breve conversación, el capitán inquirió:

-Señor Gordon, ¿qué opina usted de mi nueva yunta? Se lo tiene por el experto en caballos de esta zona y, me gustaría conocer su opinión...

-Son animales de una belleza habitual, y si son en todo tan buenos como en su aspecto, no podría desear nada mejor... pero veo que, sigue ateniéndose a ese sistema suyo para molestar a sus caballos disminuir su vigor.

-¿Se refiere a las riendas tensas? ¡Ah, sí!, ya sé que es su tema preferido. Bueno, el caso es que me gusta ver mis caballos con la cabeza alta.

-Y a mí también, tanto como a cualquiera, pero no me gusta ver que se la sostienen alta, pues así pierde todo mérito. Usted es militar, Langley; sin duda le gustará que su regimiento luzca en los desfiles, con las cabezas erguidas y demás. ¡Pero no recibiría muchos elogios por la forma de preparar a sus hombres si todos llevaran la cabeza sujeta a una tabla! En un desfile eso no

causaría mucho daño, fuera de molestarlos y fatigarlos, pero ¿qué sería en un ataque a la bayoneta contra el enemigo, cuando necesitan utilizar libremente cada músculo y recurrir a todo su vigor? No daría gran cosa por su posibilidad de victoria... y lo mismo pasa con los caballos: de ese modo les desgasta los nervios y disminuye la fuerza. No les permite poner todo su peso en la faena, de modo que deben esforzar demasiado sus músculos y coyunturas, cosa que, por supuesto, los fatiga con mayor rapidez. Créame cuando se lo digo: los caballos fueron hechos para tener las cabezas libres, tanto como los hombres, y si nos dejáramos guiar más por el sentido común y menos por la moda, veríamos cómo muchas cosas se desenvuelven con mayor facilidad. Además, sabe tan bien como yo que cuando un caballo da un paso en falso, tiene mucha menos posibilidad de recobrarse si tiene sujeta hacia atrás la cabeza y el pescuezo. Bueno, ya ventilé bastante mi tema favorito -concluyó, riendo mi amo- ¿no quiere probarlo usted también, capitán? Su ejemplo surtiría gran efecto.

-Me parece que tiene razón en teoría -admitió el otro -y eso que dijo de los soldados es un tanto duro de tragar, pero... está bien, lo pensaré.

Con estas palabras se despidieron.

Un día de fines de otoño, mi amo tuvo que hacer un largo viaje por asuntos de negocios. Me ataron al cochecillo y John subió junto a su amo.

Siempre me gustaba tirar del cochecillo, pues era muy liviano, y sus grandes ruedas giraban de manera sumamente agradable. Había llovido mucho; el viento soplaba con fuerza, arrastrando consigo las hojas secas de un lado a otro del camino. Muy contentos, llegamos a la barrera de peaje y el puente bajo de madera. Como las riberas eran bastante altas, el puente, en lugar de elevarse, lo cruzaba justo a nivel, de modo que en el medio si el río estaba crecido, sus aguas tocaban casi las tablas. Pero como a cada lado había sólidas barandas, eso a la gente no le importaba.

El encargado de la barrera comentó que el río estaba creciendo con rapidez, y que temía que la noche fuera mala. El agua cubría gran parte de las praderas, y en una zona baja del camino me llegó a las rodillas. Pero el fondo era bueno, y el amo conducía con suavidad, de modo que pude seguir adelante sin problemas.

Llegado al pueblo, me alimentaron bien, por supuesto. Pero, como el amo estuvo mucho tiempo ocupado en sus asuntos, no partimos de regreso a casa hasta entrada la tarde. Ya el viento soplaba con mayor fuerza. Oí que mi amo decía a John que nunca había salido con semejante tormenta, y lo mismo pensé yo mientras bordeábamos un bosque, donde los troncos de árboles se sacudían como ramitas y el aullido del viento era terrible.

-Ojalá salgamos pronto de este bosque -dijo el amo no lo pasaríamos bien si se nos cayera encima alguna de esas ramas -asintió John.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando se oyó un chasquido, un estrépito de algo que se partía, y un roble, arrancado de raíz, se precipitó entre los demás árboles para ir a caer en el camino, delante mismo de nosotros. No diré que no me asusté, pues lo estaba; me detuve, inmóvil, y creo que temblando. Claro está que no di la vuelta ni eché a correr; mi crianza me lo impedía. John bajó de un salto y en un segundo estuvo a mi lado.

-Nos salvamos por poco -declaró el amo.- ¿Y ahora, qué hacemos?

-No podemos pasar por encima de ese árbol ni darle la vuelta... no nos queda otra alternativa que volver a la encrucijada, y de ese modo tendremos que recorrer más de seis kilómetros antes de llegar de nuevo al puente de madera. Nos retrasaremos, pero el caballo está descansado... -repuso John.

Así que volvimos hasta la encrucijada, pero cuando llegamos al puente ya era casi de noche. El

agua lo cubría en el medio, pero, como eso solía ocurrir durante las crecientes, el amo no me detuvo.

Avanzábamos a buen paso, pero en cuanto toqué con las patas la primera parte del puente, advertí que algo andaba mal. Sin atreverme a seguir adelante, me detuve de pronto.

-Vamos, Azabache -dijo mi amo, tocándome apenas con el látigo.

Pero yo no me atreví a moverme. Entonces me azotó con más fuerza; di un salto, pero no avancé.

Algo raro pasa, señor -declaró John, mientras bajaba del coche, se acercaba a mí y miraba a todos lados, tratando de conducirme hacia adelante.- Vamos, Azabache, ¿qué ocurre?

Aunque, por supuesto, no podía explicárselo, yo sabía que el puente no era seguro.

En ese preciso momento, el encargado de la ba

rrera de peaje del lado opuesto salió corriendo de su

casa, agitando una antorcha como enloquecido. -¡Oigan, oigan, deténganse! -vociferaba. -¿Qué ocurre? -gritó a su vez mi amo.

-El puente se rompió en el medio; si avanzan,

caerán al río.

-¡Gracias a Dios! -murmuró mi amo.

-¡Este Azabache! -agregó John mientras me tomaba por la brida para conducirme con suavidad hacia el camino de la derecha, junto al río.

Durante largo rato, ni el amo ni John dijeron palabra. Por fin, el amo comenzó a hablar con voz seria. Aunque no entendí gran parte de lo que dijeron, me enteré de que pensaban que, si yo hubiese avanzado como mi amo quería, sin duda habría cedido el puente, y entonces caballo, carruaje, amo y criado hubiéramos caído al río. Como las aguas corrían con mucha fuerza, y no había luz ni nadie que nos ayudara, lo más probable habría sido que nos ahogáramos todos. Dijo el amo que Dios había dotado a los hombres de razón, que les permitía descubrir cosas por sus propios medios, pero que a los animales les había concedido una sabiduría que no dependía de la razón, que era mucho más rápida y perfecta a su modo, y mediante la cual salvaban con frecuencia las vidas de los hombres.

Por fin llegamos a la entrada del parque, donde nos encontramos con el jardinero, que nos buscaba. Dijo que el ama estaba muy angustiada, temerosa de que hubiera sucedido algún accidente, y que había enviado a James con Justice, el ruano, rumbo al puente de madera, para que preguntara por nosotros.

Vimos luz en la puerta de la sala y en las ventanas de arriba, y cuando llegábamos, el ama corrió a nuestro encuentro, diciendo:

-Querido mío, ¿estás realmente a salvo? ¡Oh!, estaba de lo más ansiosa, imaginándome toda clase de cosas... ¿Tuvieron algún accidente?

-No, amor mío, pero si tu Azabache no hubiera sido más sabio que nosotros, el río nos habría arrastrado a todos junto al puente de madera.

No pude oír más, ya que se dirigieron a la casa, mientras John me conducía al establo. ¡Ah!, qué sabrosa cena me sirvieron esa noche... una buena cantidad de afrecho pisado, avena con habas... y después, un lecho de paja bien grueso, de lo cual me alegré, ya que estaba cansado.

Un día en que John y yo habíamos salido por encargo del amo, cuando volvíamos sin prisa por un largo camino recto, vimos desde cierta distancia un muchacho que intentaba hacer saltar un pony por encima de un cercado. El pony no quería saltar, y cuando el muchacho lo azotaba con el látigo, se limitaba a volverse de costado. Volvía el jinete a castigarlo, y el caballo se volvía del otro lado. Por fin el muchacho desmontó y lo vapuleó con fuerza, golpeándole la cabeza; luego volvió a montar e insistió en sus intentos de hacerlo saltar el cercado, sin dejar de talonearlo vergonzosamente. Pero el pony seguía negándose.

Llegábamos casi junto a ellos, cuando el pony bajó la cabeza, levantó las patas traseras y envió al muchacho limpiamente de cabeza en un denso seto espinoso. Hecho esto partió al galope con la rienda colgada de la cabeza.

-Merecido lo tiene -exclamó John, riendo.

-¡Ay, ay! -se lamentaba el jovencito, mientras forcejeaba entre las espinas -oiga, venga a ayudarme...

-Gracias, creo que está en el sitio adecuado, y tal vez unos cuantos arañazos le enseñen a no hacer saltar a un pony por encima de un cercado demasiado alto para él -le contestó John, antes de alejarse conmigo, mientras decía para sí- Es posible que ese joven sea tan mentiroso como cruel... volveremos a casa por la propiedad del granjero Bushby, y así, si alguien quiere saber qué pasó, tú y yo podremos decírselo, Azabache.

De modo que tomamos a la derecha, y no tardamos en llegar al depósito cercano a la casa. El

granjero se apresuró a salir a nuestro encuentro, mientras su esposa, de pie junto a la entrada, esperaba muy asustada.

-¿No vieron a mi hijo? -preguntó el señor Bushby cuando llegamos.- Salió hace una hora en mi pony negro, que acaba de volver sin jinete.

-Más le conviene ir sin jinete, señor, a menos que se lo monte como es debido -comentó John.

-¿Qué quiere decir? -quiso saber el granjero.

-Bueno, señor, es que vi cómo su hijo azotaba, golpeaba y pateaba a ese pobre animal de una manera vergonzosa, porque no quería saltar un cercado demasiado alto para él. El pony se portaba bien, sin maldad alguna, pero acabó por encabritarse y arrojar al jovencito en el seto espinoso. Quiso que lo ayudara, pero... y le ruego que me disculpe, señor, no quise hacerlo. No se le rompió ningún hueso, recibirá apenas algunos arañazos.

Al oírlo, la madre rompió a llorar, exclamando: -¡Ay!, mi pobre Bill. Tengo que ir en su busca, debe estar lastimado.

-Mejor será que vuelvas a casa -le indicó el granjero.- Bill merece una lección por esto y yo me ocuparé de que la reciba... No es la primera ni la segunda vez que maltrata a ese pony, y debo poner fin a esa conducta. Le agradezco mucho, Manly. Buenas noches.

Fue así como reanudamos la marcha, durante la cual John no cesó de reír por lo bajo. Cuando le contó a James lo sucedido, éste rió también, diciendo:

-Se lo merece... Conocí en la escuela a ese muchacho, que se daba mucho pisto por ser hijo de un terrateniente. Siempre alardeaba y maltrataba a los mas pequeños... Claro que los mayores no hacíamos caso de esas tonterías, y le hicimos entender que en la escuela y en el campo de juegos los hijos de ricos y los de jornaleros son todos iguales. Recuerdo que un día, poco antes de clase, lo descubrí junto a la ventana grande, atrapando moscas a las que arrancaba las alas. El no me vio, y yo le propiné tal bofetón que lo dejé tendido en el suelo. Furioso como estaba, casi me asusté, de tal manera bramaba y vociferaba... Los muchachos acudieron desde el campo de juegos, y el maestro desde la calle, para ver a quién asesinaban. Claro que enseguida conté lo sucedido; mostré al amo esas pobres moscas, algunas aplastadas y otras que se arrastraban, indefensas, y también las alas sobre el antepecho de la ventana. Nunca lo vi tan enojado como entonces, pero como Bill seguía gimiendo y chillando como cobarde que era, no lo castigó como había hecho yo, sino que lo hizo sentarse en una banqueta alta toda la tarde, y le prohibió salir a jugar durante toda la semana. Después nos habló a todos con mucha seriedad sobre la crueldad, explicándonos qué perverso y cobarde era dañar a los débiles e indefensos. Pero lo que más se me grabó en la mente fue esto: dijo que la crueldad era la marca del mismo demonio, y que si veíamos alguien que se complaciera en la crueldad, podíamos saber a quién pertenecía, ya que el demonio era un asesino desde el principio y un torturador hasta el fin. Por el contrario, donde viéramos personas que quisieran a sus vecinos y fueran bondadosos con hombres y bestias, reconoceríamos la marca de Dios, puesto que "Dios es Amor".

-Fue la verdad más grande que te enseñó tu maestro -asintió John -no existe religión sin amor. La gente puede hablar cuanto quiera sobre su religión, pero si ésta no les enseña a ser buenos con hombres y animales, no será más que una engañifa... nada más que una engañifa, que no tardará en descubrirse como tal.

CAPITULO 5
JAMES HOWARD

Una mañana de principios de diciembre, John acababa de conducirme a mi casilla después de mi ejercicio diario, y me ajustaba la tela con que me cubría. James venía del granero con un poco de avena, cuando entró en el establo mi amo, bastante serio y con una carta en la mano. John cerró la portezuela de mi casilla, se llevó una mano a la gorra y aguardó instrucciones.

-Buen día, John -lo saludó el amo -quiero saber si tienes alguna queja que presentar sobre James... -¿Queja, señor? No, ninguna.

-¿Es laborioso en su tarea, y respetuoso contigo?

-Sí, señor; siempre.

-¿Nunca lo sorprendiste abandonando sus tareas en cuanto le dabas la espalda? -Nunca, señor.

-Está bien, pero debo hacerte otra pregunta: ¿tienes alguna razón para sospechar que cuando sale a pasear los caballos, o lleva algún mensaje, se detiene a conversar con sus amigos, o entra en casas donde nada tiene que hacer, dejando afuera los caballos?

-No, señor, de ninguna manera, y si alguien ha estado diciendo eso de James, no lo creo, ni pienso creerlo hasta que lo haya visto demostrado ante testigos. No sé quién puede haber calumniado a James, pero sí puedo decirle que nunca tuve en este establo un ayudante más fiel, inteligente y tratable, en cuya palabra y trabajo puedo confiar. Es bondadoso y listo con los caballos, y preferiría dejarlos en sus manos antes que en las de la mitad de los jóvenes de encaje y librea que conozco. Si alguien quiere saber cómo es James Howard, que venga a verme -concluyó con un decidido movimiento de cabeza.

Mientras tanto, el amo lo escuchaba serio y atento, pero en cuanto John finalizó su discurso, sonrió ampliamente, y mirando cordialmente a James, que permanecía inmóvil en la puerta, exclamó:

-James, hijo mío, deja esa avena y ven aquí... Me alegro de comprobar que la opinión de John sobre ti concuerda de manera tan exacta con la mía propia. John es hombre cauteloso, cuya opinión sobre la gente no siempre es fácil obtener; por eso pensé que, si lo interrogaba, me enteraría pronto de lo que deseaba saber. De modo que, al grano... He recibido una carta de mi cuñado, Sir Clifford Williams, de Clifford Hall, pidiéndome que le encuentre un caballerizo joven y digno de confianza, que conozca su oficio. Su anciano cochero, que vive con él desde hace veinte años, se está debilitando, y le hace falta un hombre que lo ayude y aprenda sus tareas, de modo que pueda reemplazarlo cuando se jubile. Recibirías al principio dieciocho chelines semanales, un traje para el establo, otro para conducir, un dormitorio sobre la cochera, y un muchacho a tus órdenes. Sir Clifford es un buen amo, y si consigues el puesto, sería un buen comienzo para ti. Por otro lado, no quiero desprenderme de ti, y sé que si te vas, John perderá su mano derecha.

-Así es, señor, pero no me interpondría en su futuro por nada del mundo -declaró John.

-¿Qué edad tienes, James? -quiso saber el amo.

-En mayo que viene cumpliré diecinueve, señor.

-Eres muy joven... ¿Qué le parece, John?

-Bueno, señor, es joven, sí, pero tan responsable como un hombre, fuerte y bien desarrollado, y aunque no ha tenido mucha experiencia para conducir, tiene mano liviana y firme, mirada rápida y es cuidadoso. Estoy completamente seguro de que ningún caballo suyo quedará estropeado por descuidos de su parte.

-Tu palabra será decisiva, John -anunció el amo -ya que Sir Clifford añade en una posdata: "Si pudiera encontrar un hombre entrenado por John, lo preferiría a cualquier otro". Así que, piénsalo James; consulta a tu madre durante la cena, y luego comunícame tu decisión.

Pocos días después de esta conversación, quedó definitivamente establecido que James partiría para Clifford Hall un mes o un mes y medio

más tarde, como más conviniera a su amo. Mientras tanto, practicaría conduciendo todo lo posible.

Fue maravilloso ver entonces a cuántos sitios de la ciudad iba el amo el sábado, y por qué extrañas calles nos conducían. No dejaba de ir a la estación ferroviaria en el momento en que llegaba el tren, cuando berlinas y carruajes, carretas y ómnibus, pretendía pasar el puente al mismo tiempo. Cuando sonaba la campana del ferrocarril, ese puente requería buenos caballos y buenos conductores, ya que era estrecho y había un desvío brusco hacia la estación, donde no habría sido difícil chocar si no se andaba con tiento.

Días después mis amos decidieron visitar a unos amigos que habitaban a unos cincuenta kilómetros de casa, y James debía conducirlos. El primer día, recorrimos treinta y cinco kilómetros; hallamos algunas colinas largas y empinadas, pero James conducía con tanto cuidado y consideración, que no nos costó recorrerlas. Nunca olvidaba ponernos la rastra al ir cuesta abajo, ni quitárnosla en el sitio adecuado. Nos hacía pisar la parte más blanda del camino y, si la colina era muy larga, ponía las ruedas un poco atravesadas, de modo que el carruaje no resbalara hacia atrás, y nos daba tiempo para resollar. Todos estos pequeños detalles ayudan mucho al caballo, sobre todo si, además, se le habla con amabilidad.

Paramos una o dos veces en el camino y, cuando el sol se ponía, llegamos a la aldea donde íbamos a pasar la noche. Nos detuvimos frente al hotel principal, uno muy grande, cerca del Mercado. Por una arcada pasamos a un patio largo, a cuyo fondo se encontraban los establos y cocheras. Dos mozos de cuadra salieron a recibirnos. El principal era un hombrecillo agradable y activo, con una pierna deforme y un chaleco amarillo, a rayas. Nunca vi a nadie que desensillara con tanta rapidez como él. Después, con una palmada y una palabra de aliento, me condujo a un establo largo, que constaba de seis u ocho pesebres ocupados por dos o tres caballos. El otro llevó a Bravía; James aguardó mientras nos fregaban y limpiaban.

Nadie me limpió nunca tan suave y rápidamente como aquel viejecillo. Cuando hubo concluido, James se adelantó a palparme, como si no creyera posible que estuviera listo, pero comprobó que tenía la piel tan limpia y suave como una seda.

-¡Vaya! -exclamó entonces -me creía bastante rápido, y a John más rápido aún, pero usted supiera todo lo que conozco, en cuanto a ser veloz y concienzudo al mismo tiempo.

-La práctica hace la perfección... y si no fuera así, sería una lástima -declaró el viejo.- ¿Quién no sería perfecto con cuarenta años de práctica? ¡Ja, , ja!, eso sí que sería una vergüenza. En cuanto a rapidez, pues, ¡bendito sea!, sólo es cuestión de costumbre. Si uno se acostumbra a ser rápido, resulta tan fácil como ser lento... más fácil, diría. A decir verdad, no me resulta saludable demorarme en una tarea el doble del tiempo requerido. ¡Bendita sea!, no podría silbar si cumpliera mis tareas con lentitud, como hacen algunos. Mire, ando entre caballos desde que tenía doce años, en establos de caza y de carrera... Como soy pequeño, fui jockey durante varios años, pero en la pista de Goodwood el césped estaba muy resbaloso, mi pobre Larkspur tuvo una rodada y yo me quebré la rodilla. Por supuesto, ya no servía de nada allí... Pero, como no podía vivir sin caballos, me empleé en los hoteles y le digo que es un verdadero placer manejar un caballo como éste: bien criado, bien

acostumbrado, bien, sé bien cómo se trata a un cuidado. ¡Bendita sea!, yo caballo. Déjelo en mis manos veinte minutos, y yo le diré qué clase de caballerizo ha tenido. Fíjese en éste: placentero, tranquilo, se mueve como usted lo desea, ofrece las patas para que se las limpien o cualquier cosa que usted le pida. Otros, en cambio, se ponen nerviosos, no se mueven para el lado adecuado, corren por el establo, agitan la cabeza en cuanto uno se acerca a ellos, echan atrás las orejas y demuestran temor; o si no, intentan patear. ¡Pobrecitos!, yo sé cómo los han tratado. Si son tímidos, ese tratamiento los vuelve

asustadizos; si son briosos, los vuelve ariscos o pelisongrosos; su carácter se forma principalmente cuando jóvenes... ¡Bendita sea!, son como niños: que se les indique el camino que deben seguir, como dice la Biblia, y cuando mayores no se apartarán de él... si se les da la ocasión, claro está.

-Me gusta oírlo hablar; así decimos también en casa, en la del amo -declaró James.

-¿Quién es su amo, jovencito?, si me permite la pregunta. Por lo que veo, se diría que es una buena persona.

-Es el caballero Gordon, de Parque Birtwick, del otro lado de las colinas de Beacon -explicó James.

-¡Ah, sí, sí!, he oído hablar de él. Gran conocedor de caballos, ¿verdad? ¿El mejor jinete del país?

-Así lo creo, aunque ahora monta muy poco, desde que se mató su pobre hijo.

-Ah, ¡pobre caballero! Recuerdo haberlo leído en el diario en ese momento... También se mató un hermoso caballo, ¿verdad?

-Sí, un espléndido animal, hermano de éste, y muy parecido a él.

-¡Qué pena, qué pena! -exclamó el anciano-. Si mal no recuerdo, era un mal sitio para saltar... con un cerco delgado arriba, y una ribera empinada hasta el arroyo, ¿no? Ningún caballo podía haber visto por dónde iba. Bueno, yo soy tan partidario como cualquiera de cabalgar con audacia, pero así y todo hay ciertos saltos que sólo un cazador muy experimentado debe intentar. La vida de un hombre y la de un caballo valen más que la cola de un zorro; por lo menos, yo opino que así debe ser.

Mientras tanto, el otro hombre terminó con Bravía y nos llevó nuestro maíz, de modo que James y el anciano salieron juntos del establo.

Más tarde, al anochecer, el segundo mozo de cuadra llevó el caballo de un viajero, y mientras lo limpiaba, un joven con una pipa en la boca entró en el establo a conversar.

-Oye, Towler -le pidió el mozo-, acerca la escalera al pajar y baja un poco de heno para el pesebre de este caballo, ¿quieres? Pero antes deja la pipa.

-Bueno -aceptó el otro, que se dirigió a la puerta trampa. Poco después lo oí llegar arriba y bajar el heno.

Por fin, James fue a vernos, y luego la puerta quedó cerrada.

No sé cuánto tiempo dormí, ni qué hora de la noche era, cuando desperté muy incómodo, aunque sin saber por qué. Me levanté: el aire parecía denso y asfixiante. Oí toser a Bravía, y que uno de los otros caballos se paseaba, inquieto. La oscuridad, que era completa, me impedía ver nada, pero el establo estaba lleno de humo, que apenas me permitía respirar.

La puerta trampa había quedado abierta; me pareció que de allí provenía el humo. Aguzando el oído, percibí un ruido suave, una especie de ráfaga, acompañado de crujidos y chasquidos. Aunque no sabía qué era, algo en ese son1do tan extraño me hizo temblar de pies a cabeza. Todos los demás caballos estaban ya despiertos; unos tironeaban de sus cabestros, otros golpeaban el suelo con las patas.

Al fin oí pasos afuera, y el mozo de cuadra que había y acompañado al caballo del viajero irrumpió en el establo con una lámpara, y se puso a desatar los caballos, tratando de conducirlos afuera. Pero tanta prisa parecía tener, y tan asustado estaba él mismo, que me asustó aún más. El primer caballo no quiso seguirlo; probó con el segundo y -el tercero, pero tampoco ellos se movieron. Por fin se me acercó e intentó sacarme del establo a la fuerza; claro está que no lo consiguió.

Después de intentar con todos nosotros por turno, abandonó el establo.

Sin duda fuimos muy tontos, pero el peligro parecía rodearnos; no veíamos a nadie conocido en quien confiar, todo era extraño e incierto. El aire fresco que entraba por la puerta abierta hacía más fácil respirar, pero el ruido de arriba aumentaba, y al levantar la cabeza vi por entre las rejas de mi pesebre una trémula luz roja reflejada en la pared. Entonces oí que afuera alguien gritaba: ¡Fuego!, , y el viejo mozo de cuadra entró rápida y tranquilamente. Sacó un caballo y volvió en busca de otro, pero las llamas jugueteaban ya alrededor de la puerta trampa, y arriba el estrépito era espantoso.

En ese momento oí la voz de James, tranquila y alegre como siempre.

-Vamos, lindos, es tiempo de que partamos, así que despierten y vengan conmigo -decía, mientras se acercaba a mí, que estaba más cerca de la puerta-. Ven, Azabache, déjate poner la brida, muchacho, que pronto saldremos de este ahogo...

Me la puso sin perder tiempo; luego se quitó el pañuelo del cuello, con el cual me cubrió los ojos para sacarme del establo entre caricias y halagos. A salvo en el patio, me quitó el pañuelo de los ojos y gritó:

-¡A ver!, alguien que se ocupe de este caballo mientras yo voy en busca del otro.

Un hombre alto y corpulento se adelantó para hacerse cargo de mí, mientras James se precipitaba de vuelta en el establo. Al verlo alejarse, lancé un agudo relincho. Más tarde, Bravía me dijo que relinchar fue lo mejor que pude haber hecho, ya que, de no haberme oído afuera, jamás habría tenido valor para salir.

Poco después oí, entre todo aquel alboroto y estrépito, una voz clara y sonora, en la cual reconocí la de mi amo.

-¡James Howard! ¡James Howard! ¿Estás allí?

No hubo respuesta, pero oí el ruido de algo que caía en el establo, y al instante siguiente lancé un relincho fuerte y jubiloso, ya que vi a James que salía entre el humo, llevando consigo a Bravía. Esta tosía violentamente, y él no podía hablar.

-¡Mi valiente muchacho! -exclamó el amo, poniéndole una mano sobre el hombro-. ¿Estás herido?

James meneó la cabeza negativamente, sin poder hablar aún.

-Sí, es un joven valiente, sin duda alguna -comentó el hombrón que me sujetaba.

-Y ahora, James, en cuanto hayas recobrado el aliento, nos alejaremos de aquí lo más pronto posible -indicó el amo.

Nos dirigíamos a la entrada cuando, desde el Mercado, se oyó el redoble de un galope y el retumbar de ruedas.

-¡Es la bomba de incendios! ¡La bomba de in

cendios! -gritaron dos o tres voces-. ¡Apártense,dejen pasar!

Y con gran estrépito, irrumpieron en el patio dos caballos que arrastraban consigo la pesada bomba. Dos bomberos saltaron a tierra; no tuvieron que preguntar dónde era el incendio, pues una enorme llamarada brotaba del techo.

Tan rápido como podíamos, salimos a la amplia y silenciosa Plaza del Mercado. Brillaban las estrellas y, salvo por el ruido que dejábamos atrás, todo era quietud. El amo abrió la marcha hasta un gran hotel, del otro lado, y en cuanto llegó el mozo de cuadra, dijo:

-James, ahora debo volver junto a mi esposa; te confío enteramente los caballos, pide lo que haga falta.

Dicho esto, partió. No corría, pero nunca vi a nadie caminar tan rápido como a mi amo, aquella noche.

Antes de entrar en nuestros establos, oímos un sonido espantoso: ¡los bramidos de esos pobres caballos abandonados para morir quemados allá adentro eran terribles! Bravía y yo quedamos angustiados, pese a estar a salvo y bien cuidados.

La mañana siguiente, el amo fue a ver cómo estábamos y a hablar con James. No oí gran cosa, pues el mozo de cuadra me estaba fregando, pero noté que James parecía muy contento, y que el amo se mostraba orgulloso de él.

Tanta alarma había pasado por la noche el ama, que la partida fue postergada hasta la tarde. Con la mañana libre, James se dirigió primero a la hostería, para revisar nuestros arneses y el carruaje, y luego fue en busca de noticias sobre el incendio. Cuando regresó, le oímos hablar de él con el mozo de cuadra.

Al principio, nadie lograba explicarse cómo había comenzado el fuego. Por fin un hombre dijo haber visto que Dick TowIer entraba en el establo con una pipa en la boca, y que al salir no la tenía y fue a la taberna en busca de otra. Entonces, el se gundo mozo de cuadra declaró haber pedido a Dick que subiera la escalera en busca de un poco de heno, aunque indicándole que antes dejara la pipa. Dick negó haberla llevado consigo, pero nadie le creyó.

Recordando la regla de John Manly, de no permitir nunca una pipa en el establo, pensé que debería regir en todas partes.

James contó que el techo y el piso se habían hundido, y que sólo quedaban las paredes ennegrecidas. Los dos pobres caballos a los que no se pudo sacar quedaron enterrados bajo las vigas y baldosas quemadas.

El resto del viaje resultó muy fácil; poco después del crepúsculo llegamos a la residencia del amigo de mi amo. Allí nos condujeron a un establo limpio y espacioso, donde un bondadoso cochero nos acomodó. Cuando se enteró de lo del incendio, expresó una alta opinión de James, diciendo:

-Una cosa está clara, joven... Sus caballos saben en quién pueden confiar. Sacar a los caballos del establo cuando hay incendio o inundación es una de

las cosas más difíciles del mundo... No sé por qué se resisten a salir, pero ni siquiera uno en veinte lo hace...

Nos detuvimos dos o tres días en aquel lugar, y luego regresamos a casa. No hallamos inconvenientes en el trayecto, nos alegramos de estar de nuevo en nuestro establo, y John también se alegró de vemos.

Antes de alejarse, James comentó:

-Me pregunto quién me reemplazará... -El pequeño Joe Green -repuso John. -¡Joe Green! ¡Pero si es un niño!

-Tiene catorce años y medio -observó John. -Pero, ¡es tan pequeño!

-Sí pero también es rápido, voluntarioso y bueno; tiene muchas ganas de venir, a su padre le agradaría, y sé que al amo le gustaría darle esta oportunidad. Me dijo que si yo pensaba que no serviría él buscaría un muchacho más corpulento, pero le contesté que estaba dispuesto a probarlo durante seis semanas.

-¿Seis semanas? -repitió James-. ¡Vaya!, pasarán seis meses antes de que pueda serte de utilidad... Te dará mucho trabajo, John.

-Bueno, el trabajo y yo somos buenos amigos; nunca le he temido -rió John.

-Eres un hombre excelente; ojalá llegue a ser como tú -comentó James.

-No suelo hablar de mí mismo -declaró John -pero, ya que te alejas de nosotros en busca de fortuna, te diré cómo veo estas cosas. Tenía yo la misma edad de Joseph cuando mis padres murieron de fiebre, con diez días de diferencia, dejándome solo en el mundo con mi hermana inválida, Nelly, sin un pariente a quien pedir ayuda. Como criado de un terrateniente, yo no ganaba lo suficiente para mantenerme a mi mismo, mucho menos a los dos, y mi hermana habría tenido que ir a un asilo, de no haber sido por nuestra ama, a quien, con toda razón, Nelly llama su ángel. El ama le alquiló una habitación en la casa de la anciana viuda Mallet, le encomendó tejidos y bordados, en cuanto pudo hacerlos; cuando enfermaba, le enviaba comida y muchas cosas bonitas, y fue como una madre para ella. El amo, por su parte, me llevó al establo, a las órdenes del viejo Norman, que entonces era el cochero. Comía en la casa, dormía en el altillo y, además de un traje completo, ganaba tres chelines por semana, de modo que pude ayudar a Nelly. Norman podía haberse opuesto, aduciendo que a su edad no podía perder tiempo con un muchacho inexperto que sólo conocía las tareas de labranza, pero fue como un padre para mí, y se tomó muchas molestias conmigo.

Cuando murió el anciano, pocos años después, yo lo reemplacé; ahora, por supuesto, gano los mejores sueldos, que me permiten ahorrar para el futuro, y Nelly es muy feliz. Por eso, James, no soy yo quien va a desdeñar a un muchachito, ofendiendo a un amo tan bueno y amable. -¡No, no!, te echaré mucho de menos, James, pero ya saldremos adelante. No hay nada mejor que hacer una buena acción cuando se presenta la oportunidad, y me alegro de tenerla.

-Entonces, ¿no estás de acuerdo con ese dicho: "Cada uno cuídese de sí mismo, y los demás que se arreglen solos?

-Por cierto que no... ¿Adónde habríamos ido a parar Nelly y yo si el ama y el viejo Norman se hubieran ocupado sólo de lo suyo? ¡Ella estaría en el asilo, y yo, cosechando nabos! ¿Dónde estarían Azabache y Bravía si tú hubieras pensado nada más que en ti mismo? ¡Habrían muerto quemados! ¡No, Jim, no!,

ése es un dicho egoísta e impío, lo emplee quien lo emplee, y si alguien cree que no debe ocuparse sino de sí mismo, es una lástima que no lo hayan ahogado como a un cachorro o a un gatito antes de abrir los ojos. Así opino yo -concluyó John, con un decidido movimiento de cabeza.

James rió al oírlo, pero dijo con voz emocionada:

-Aparte de mi madre, has sido mi mejor amigo; espero que no me olvides.

-¡Claro que no, hijo mío!, y por mi parte, espero que tampoco me olvides, si alguna vez puedo serte útil.

El día siguiente, Joe fue al establo para aprender todo lo posible antes de la partida de James. Aprendió a barrer el establo, a llevarnos paja y heno, y empezó a limpiar los arneses y a lavar el carruaje. Como su escasa estatura le impedía cuidar de Bravía y de mí, James le enseñó con Patas Alegres, puesto que, bajo las órdenes de John, iba a tener a su cargo al pony. Era un muchacho simpático y avispado, que siempre emprendía sus labores silbando.

Al principio, Patas Alegres protestó mucho por verse manoseado por un muchacho ignorante como decía él, pero a fines de la segunda semana me dijo, confidencialmente, que, según su opinión, aquél aprendería bien.

Por fin llegó el día en que James debía abandonarnos; y alegre como solía ser, esa mañana se mostraba apesadumbrado.

-Es que dejo aquí muchas cosas -confesó a John.- A mi madre y a Betsy, a ti, a unos buenos amos, a los caballos y mi buen Patas Alegres. En mi nueva residencia no habrá nadie a quien conozca. Si no fuera porque voy a obtener un puesto más elevado, y así podré ayudar mejor a mi madre, creo que no habría podido decidirme. Me resulta difícil de veras, John.

-Así es, muchacho, pero no tendría muy buena opinión de ti si fueras capaz de abandonar tu hogar por primera vez sin lamentarlo. Anímate; allá te harás de amigos, y si cumples como sé que lo harás, tu madre se sentirá orgullosa de ti por haber llegado a ocupar una posición tan buena.

Así animó John a James, pero todos lamentábamos perderlo. En cuanto a Patas Alegres, lo lloró durante varios días, y casi perdió el apetito. Por eso John lo llevó junto conmigo a ejercitarse varias mañanas, hasta que, trotando y galopando, el pequeño Patas Alegres recobró su alegría.

El padre de Joe solía ir a ayudar, ya que conocía el oficio; Joe se esforzaba mucho por aprender, y John se sintió muy alentado.

CAPITULO 6
EN BUSCA DEL MEDICO

Una noche, pocos días después de la partida de James, acababa de comer mi heno y dormía profundamente sobre la paja cuando me despertó bruscamente el fuerte tañido de la campana del establo. Oí que John abría la puerta de su casa y corría hacia la mansión. No tardó en volver y, abriendo la puerta, entró llamándome:

-¡Despierta, Azabache, que tendrás que correr como nunca!

Antes de que tuviera tiempo de pensar, ya me había colocado la montura y la brida. Corrió en busca de su abrigo y luego me condujo, a trote rápido, hasta la puerta de la mansión, donde el caballero, que esperaba lámpara en mano, le dijo:

-Bueno, John, corre por tu vida... o mejor dicho, por la de tu ama, ya que no queda tiempo que perder. Entrega esta nota al doctor White. Deja que el caballo descanse un poco en la hostería y regresa lo antes posible.

-Sí, señor -repuso John, mientras me montaba sin tardanza.

El jardinero que ocupaba la cabaña y había oído sonar la campana, tenía ya abierto el portón. Así partimos atravesando el parque, cruzamos el poblado y bajamos la colina hasta llegar a la barrera de peaje. John llamó a gritos y golpeó la puerta hasta que el encargado salió y abrió la puerta de par en par.

-Bueno, tenga la barrera levantada para que pase el médico; aquí tiene el dinero -le Indicó John, antes de volver a partir.

Teníamos por delante un largo tramo de camino liso, junto a la orilla del río. John me dijo:

-Vamos, Azabache, haz lo mejor que puedas...

Así lo hice. No necesité látigo ni espuelas; por espacio de dos kilómetros galopé con toda la velocidad que me permitían mis patas. No creo que mi anciano abuelo, el que ganó la carrera de Newmarket, haya sido más veloz. Cuando llegábamos al puente, John me retuvo un poco, palmeándome el pescuezo mientras decía:

-¡Muy bien, Azabache! Eres una maravilla.

Me habría permitido seguir más despacio, pero yo, entusiasmado como estaba, partí a igual velocidad.

John tocó dos veces la campana, antes de golpear la puerta con estrépito. Se abrió una ventana; el doctor White, con gorro de dormir, asomó la cabeza e inquirió:

-¿Qué desea?

-La señora Gordon está muy enferma, doctor, y el amo quiere que vaya enseguida, pues cree que ella moriría sin su ayuda... aquí traigo un mensaje escrito.

-Espere, ya voy -asintió el médico, que, cerrando la ventana, no tardó en salir a la puerta.- Lo malo es que mi caballo anduvo todo el día y está agotado; mi hijo se llevó el otro... ¿Qué se puede hacer? ¿Puede prestarme el suyo?

-Galopó casi todo el trayecto, y debía hacerlo descansar aquí, si usted lo considera necesario, no creo que mi amo se oponga, señor.

-Está bien, enseguida estaré listo.

John se quedó a mi lado, acariciándome el pescuezo. Yo me sentía muy acalorado. Poco después salió el medico, con su látigo en la mano.

-Eso no le hará falta, señor -le hizo notar John.Azabache seguirá hasta que no dé más... De ser posible, cuídelo, señor; no quiero que sufra ningún daño. -¡Oh, no, John! Pierde cuidado -le contestó el médico, y en un minuto dejamos muy atrás a John.

No describiré el trayecto de regreso; el médico era más pesado que John y menos buen jinete.- Sin embargo, hice cuanto pude. El encargado de la barrera de peaje la tenía abierta, y cuando llegamos a la colina, el médico me sofrenó, diciendo:

-Bueno, amiguito, tómate un respiro.

Librodot

Me alegré de que lo hiciera, pues me sentía casi agotado, y aquel respiro me permitió seguir adelante, de modo que pronto llegamos al parque. Joe aguardaba junto al portón, y mi amo en la entrada de la residencia, ya que nos había oído llegar. No pronunció palabra, sino que entró junto con el médico, mientras Joe me conducía al establo.

Me alegré de llegar a casa, pues me temblaban las piernas, de tal modo que sólo pude quedarme inmóvil, jadeante. No tenía un pelo seco en el cuerpo, me corría el sudor por las patas, y despedía va por por todas partes, "como una olla en el fuego como solía decir Joe. ¡Pobre Joe!, era tan joven y pequeño, y aún sabía muy poco; y su padre, que podía haberlo ayudado, se encontraba en la aldea vecina, pero estoy seguro de que hizo cuanto pudo por mí.

Me frotó las patas y el pecho, pero no me cubrió con la manta caliente, suponiendo que, acalorado como estaba, no me iba a gustar. Luego me sirvió un balde lleno de agua, que bebí hasta la última gota, ya que estaba fría y muy sabrosa. Después me ofreció un poco de heno y de maíz, y, creyendo haber hecho bien, se marchó.

Pronto comencé a temblar y a estremecerme, con un frío mortal; me dolían las patas, los ijares y el

pecho, y sentía dolores en todo el cuerpo. ¡Ah!,mientras así temblaba, ¡cómo deseé mi manta gruesa

y caliente! Ansiaba que llegara John, pero éste debía recorrer nueve kilómetros a pie, de modo que me tendí en la paja y procuré dormir. Mucho después oí a John en la puerta, y lancé gemido bajo, pues me sentía muy enfermo. En un instante acudió a mi lado y se inclinó sobre mí. Aunque yo no podía explicarle lo mal que me sentía, pareció comprenderlo todo. Después de cubrirme con dos o tres mantas tibias, corrió a la casa en busca de agua caliente. Con ella me preparó no sé qué mezcla, que bebí. Por fin creo que me dormí.

John parecía muy disgustado, pues le oí decirse una y otra vez:

-¡Qué muchacho tonto! ¡Qué muchacho tonto! No le puso manta, y seguro que el agua también estaba fría. Estos jovencitos no sirven...

Sin embargo, Joe era un buen muchacho, al fin y al cabo.

Yo estaba ya muy enfermo, con los pulmones inflamados de tal modo que respirar me causaba dolor. John me cuidó día y noche; solía levantarse dos o tres veces para ir a verme.

-Mi pobre Azabache -me dijo un día -mi buen caballo, ¡salvaste la vida de tu ama! Sí, tú la salvaste.

Me alegré mucho de oírle decir esto, pues, según el médico, de haber demorado un poco más habría sido demasiado tarde. John contó al amo que nunca había visto correr tanto a un caballo, como si supiera que pasaba. Y yo lo sabía, por supuesto, aunque John creyera lo contrario. Por lo menos esto sabía: que John y yo debíamos ir a toda la velocidad posible, y que era por bien del ama.

No sé cuánto tiempo estuve enfermo. El señor Bond, el veterinario, venía a verme todos los días. Una vez me hizo una sangría, mientras John sostenía un balde para la sangre. Después me sentí muy débil y creí morir; me parece que todos los demás creyeron lo mismo.

Bravía y Patas Alegres fueron trasladados al otro establo, para que pudiera estar tranquilo, puesto que la fiebre aguzaba mucho mi oído.

Cualquier ruidito me parecía fuerte, y distinguía todos los pasos que entraban y salían de la casa. Yo sabía todo lo que pasaba. Una noche, John tuvo que darme una medicina, y Thomas Green fue a ayudarlo.

Una vez que la tomé, John me acomodó lo mejor posible y anunció que se quedaría media hora, a ver cómo me sentaba la medicina. Thomas dijo que se quedaría con él, de modo que fueron a sentarse en un banco instalado en la casilla de Patas Alegres, donde pusieron la lámpara en el suelo para que su luz no me molestara.

Ambos permanecieron un rato en silencio, al cabo del cual Tom Green dijo en voz baja:

-John, quisiera pedirte que digas una palabra amable a Joe, que de pura congoja no puede comer ni sonreír. Dice que sabe que todo fue culpa suya, aunque está seguro de haberse conducido como mejor sabía, y que si muere Azabache, nadie volverá a dirigirle la palabra nunca más. Me parte el corazón de oírlo, y pensé que podrías decirle algo, pues no es mal muchacho.

Tras una breve pausa, John repuso con lentitud:

-No seas demasiado severo comnigo, Tom. Ya sé que no se propuso ningún mal; jamás afirmé otra cosa, pero es que yo también estoy angustiado. Ese caballo es mi orgullo, sin hablar ya de que es el favorito de los amos, y me resisto a creer que pueda morir de esta manera. Pero si te parece que he sido demasiado duro con el muchacho, procuraré hablarle mañana... es decir, si Azabache mejora.

-¡Gracias, John, gracias! Yo sabía que no quisiste ser tan duro, y me alegro de que veas que fue sólo ignorancia.

Con un tono que casi me sobresaltó, John repuso:

-¡Sólo ignorancia! ¡Sólo ignorancia! ¿Cómo puedes decir sólo ignorancia? ¿No sabes que, después de la maldad, la ignorancia es lo peor que existe? Y sólo si Dios sabe cuál hace más daño. La gente cree que con decir: "¡Ah!, no sabía, no quise perjudicar a nadie", todo queda arreglado. Supongo que Martha Mulwash no se propuso matar a ese bebé cuando lo atosigó de jarabes calmantes, pero el caso es que lo mató y fue procesada por homicidio.

-Y merecido lo tuvo -agregó Tom.- Ninguna mujer debería ponerse a cuidar a un pequeñuelo sin saber qué es lo bueno y lo malo para él.

John prosiguió:

-Bill Starkey no se propuso provocar un ataque de terror a su hermano cuando se disfrazó de fantasma y lo persiguió a la luz de la luna, pero lo hizo, y ahora ese jovencito tan listo y bien parecido, que podía haber sido el orgullo de cualquier madre, no es más que un idiota, y no se curará más, aunque llegue a vivir ochenta años. Tú mismo te alteraste bastante hace dos semanas, cuando esas señoritas dejaron abierta la puerta de tu invernadero, dejando que entrara el viento frío; dijiste que mató unas cuantas de tus plantas...

-¿Unas cuantas? -repitió Tom.- No quedó un solo brote tierno sin arrancar... Tendré que plantar todo de nuevo, y lo peor es que no sé dónde conseguirlos nuevos. Casi enloquecí cuando entré y vi lo que hicieron.

-Sin embargo, estoy seguro de que esas señoritas no se propusieron hacer eso... ¡fue sólo ignorancia! -concluyó John.

No oí nada más de esta conversación, pues la medicina surtió efecto, haciéndome dormir, y por la mañana me sentí mucho mejor. Pero, cuando llegué a conocer mejor el mundo, pensé a menudo en las palabras de John.

Librodot

Joe Green adelantaba muy bien; aprendía con rapidez, y tan atento y cuidadoso era que John comenzó a encomendarle muchas cosas. Sin embargo, como ya dije, era pequeño para su edad, de modo que pocas veces se le permitía ocuparse de Bravía o de mí. Pero una mañana aconteció que John había salido con Justice en la carreta de los equipajes, y el amo quería hacer llegar inmediatamente un mensaje a la casa de un caballero, situada a unos tres kilómetros de distancia. De modo que envió órdenes a Joe para que me ensillara y llevara el mensaje, agregando la recomendación de que montara con cuidado.

Entregado el mensaje, regresábamos tranquilamente hasta que llegamos al horno de ladrillos. Allí vimos una carreta bien cargada de ladrillos, con las ruedas atascadas en el barro reseco de unos profundos surcos, y el conductor vociferaba y azotaba despiadadamente a sus dos caballos. Ante tan triste espectáculo, Joe se detuvo. Los dos caballos tiraban y forcejeaban con todas sus fuerzas para sacar de allí la carreta, pero sin poder moverla; el sudor les corría a raudales por patas y flancos, los costados les palpitaban, y tenían todos los músculos en tensión, en tanto que el hombre, sin dejar de tironear por la cabeza al caballo delantero, maldecía y los azotaba con suma brutalidad.

-Deténgase -le pidió Joe -no siga castigando así a los caballos, las ruedas atascadas no les permiten mover la carreta.

Sin prestarle oídos, aquel sujeto continuó castigándolos.

-¡Pare!, le ruego que pare -insistió Joe.- Yo le ayudaré a alivianar la carreta, pues ahora no pueden moverla.

-Pilluelo insolente, ocúpate de tus asuntos, queyo me ocuparé de los míos -gruñó el hombre, encolerizado y ebrio, mientras reanudaba sus latigazos.Joe me hizo volver la cabeza y partimos al instante a galope tendido hacia la casa del ladrillero.No sé si John habría aprobado nuestra velocidad,pero Joe y yo llevábamos igual propósito, y tan furiosos estábamos, que no habríamos podido ir más despacio.

La casa se encontraba junto al camino. Joe llamó a la puerta, gritando:

-¡Hola! ¿Está en casa el señor Clay?

Poco después salía el mismo señor Clay, quien exclamó:

-¡Hola, jovencito! Parece tener prisa; ¿hay algún pedido de su patrón esta mañana?

-No, señor Clay, es que en su ladrillal un sujeto está matando dos caballos a azotes. Le dije que se detuviera, pero no quiso. Le ofrecí ayuda para alivianar la carreta, y se negó de modo que vine a decírselo. Le ruego que vaya, señor -insistió Joe, con voz temblorosa por la emoción.

-Gracias, hijo mío -repuso el ladrillero, que corrió en busca de su sombrero antes de detenerse un momento.- ¿Prestarías declaración sobre lo que viste si hago citar a ese sujeto por un juez?

-Lo haría, y con mucho gusto -aseveró Joe.

El hombre se alejó, mientras nosotros partíamos hacia casa al trote vivo.

Cuando el muchacho saltó de la montura, John le preguntó.

-Vaya, ¿qué te ocurre, Joe? Pareces furioso.

-Lo estoy, y con motivo -admitió el jovencito, que luego pasó a contar lo sucedido.

Joe solía ser tan silencioso y tímido, que extrañaba verlo alterado.

-¡Muy bien, Joe! Hiciste lo que debías muchacho, lleven o no ante la justicia a ese individuo. Muchos habrían seguido de largo diciendo que no les correspondía intervenir. Por mi parte, sostengo que donde se vea crueldad y opresión, a todos nos corresponde intervenir. Hiciste bien, hijo mío.

Ya tranquilizado, Joe se enorgulleció de que John aprobara su conducta, y me limpió las patas y fregó con mano más firme que de costumbre.

Volvían a casa a cenar, cuando el lacayo entró en el establo para anunciar que Joe debía ir directamente a la habitación privada del amo; que un hombre había sido detenido por maltratar caballos, y que hacía falta una declaración de Joe. Este enrojeció hasta la frente, y con un resplandor en la mirada, aseguró:

-La tendrán...

-Arréglate un poco -le indicó John.

Joe se enderezó la corbata, se acomodó la chaqueta, y en un instante partió. Como nuestro amo era uno de los jueces del condado, solían llevarle casos para que los zanjara, o para que determinara qué hacer.

Durante un buen rato, nada más oímos en el establo, ya que era la hora de la cena de los hombres. Pero cuando volví a ver a Joe, lo noté muy animado. Me dio una palmada cariñosa, diciendo:

-No permitiremos tales cosas, ¿verdad, amigo mío?

Después oímos decir que había prestado declaración con tanta claridad, y que los caballos se encontraban tan exhaustos y daban señales de un trato tan brutal, que el carretero fue sometido a proceso, como resultado del cual podía ser sentenciado a dos o tres meses de prisión.

En cuanto a Joe, experimentó un cambio maravilloso. John decía, riendo, que en esa semana había crecido tres centímetros, y yo creo que así era. Aunque tan amable y dócil como siempre, actuaba con mayor decisión, como si de pronto hubiera pasado de niño ahombre.

CAPITULO 7
LA SEPARACION

Ya hacía tres años que vivía en aquel feliz paraje, pero se avecinaban tristes cambios para nosotros. De vez en cuando oíamos decir que el ama estaba enferma. El médico visitaba la casa con frecuencia, y el amo se mostraba serio y ansioso. Poco después nos enteramos de que la señora debía partir inmediatamente a un país cálido, durante dos o tres años. Semejante noticia nos sonó a todos como un fúnebre tañido de campana. Todos estábamos apenados, pues el amo comenzó enseguida a tomar medidas para desprenderse de sus propiedades y abandonar Inglaterra. En el establo hablamos de ello con frecuencia: en verdad, no hablábamos de otra cosa.

John cumplía sus tareas en medio de un triste silencio, en tanto que Joe ya no silbaba. Menudearon las idas y venidas; Bravía y yo tuvimos mucho que hacer.

Las primeras en marcharse fueron las señoritas Jessie y Flora, con su gobernanta. Antes de partir, fueron a despedirse de nosotros, y abrazaron al pobre Patas Alegres como a un viejo amigo, como en verdad lo era. Luego nos enteramos de lo dispuesto para nosotros. El amo nos había vendido a Bravía y a mí a su antiguo amigo, el conde de W... pues consideraba que allí tendríamos un buen hogar. En cuanto a Patas Alegres, se lo había regalado al Vicario, que deseaba un pony para la señora Blomefield, aunque a condición de que nunca lo vendieran y que, cuando ya no pudiera trabajar, se lo matara y enterrara.

Como Joe fue empleado para cuidar de él y ayudar en la casa, pensé que Patas Alegres quedaría bien instalado. A John se le ofrecieron varios buenos puestos, pero dijo que esperaría un poco antes de decidirse.

La noche antes de la partida, el amo fue al establo para dar algunas instrucciones y acariciar por última vez a sus caballos. Parecía muy abatido; su voz lo delataba. Pienso que los caballos comprendemos más por el tono de voz, que muchos hombres.

-¿Ya decidiste qué harás, John? -quiso saber.- Sé que no aceptaste ninguna de esas ofertas...

-No, señor; trataré de conseguir un puesto con algún entrenador de primera categoría. Son muchos los animales jóvenes a los que se asusta y estropea con malos tratos, cosa que no les ocurriría en manos de la persona adecuada. Siempre me llevé bien con los caballos, y si pudiera ayudar a algunos de ellos a empezar bien, me sentiría útil. ¿Qué opina usted, señor?

-No conozco a nadie más adecuado que tú para esa tarea -fue la respuesta del amo.- Entiendes a los caballos; ellos, de alguna manera, te entienden a ti, y acaso con el tiempo puedas instalarte por tu cuenta. Creo que no podrías haber elegido mejor. Si puedo ayudarte de alguna manera, escríbeme; yo hablaré con mi agente en Londres y le dejaré tu recomendación.

Después de preguntarle por sus planes, le agradeció sus prolongados y fieles servicios; pero eso ya fue demasiado para John, que exclamó:

-Basta, señor, se lo ruego; no puedo soportar más. Usted y mi querida ama han hecho tanto por mí que jamás podría pagarlo, pero nunca los olvidaré, y ruego a Dios que algún día veamos volver a la señora ya repuesta. Debemos conservar la esperanza, señor.

El amo dio la mano a John, aunque sin decir palabra, y entonces ambos salieron del establo.

Así, llegó el triste momento de la despedida. El lacayo había partido el día anterior con el pesado equipaje; sólo quedaban el amo, la señora y su criada. Por última vez, Bravía y yo arrastramos el carruaje hasta la puerta de la mansión. Los sirvientes sacaron cojines, alfombras y muchas otras cosas; una vez acomodado todo, el amo bajó la escalera llevando en brazos a la señora. Yo me encontraba del lado más cercano a la casa y podía ver cuanto ocurría. La depositó cuidadosamente en el carruaje, rodeado de los sirvientes de la casa, que lloraban.

-De nuevo, adiós -dijo al subir -no olvidaremos a ninguno de ustedes... vamos, John.

Joe subió de un brinco, y al trote lento pasamos por el parque y la aldea, cuyos pobladores se asomaron a sus puertas, para ver por última vez a los viajeros y decir: "¡Que Dios los bendiga!"

Cuando llegamos a la estación ferroviaria, creo que el ama caminó desde él carruaje hasta la sala de espera. La oí decir con esa dulce voz suya:

-Adiós, John... Que Dios te bendiga.

Sentí temblar la rienda, pero John nada contestó; quizás no podía hablar. En cuanto Joe sacó las cosas del carruaje, John le indicó que aguardara junto a los caballos, mientras él salía a la plataforma. ¡Pobre Joe!, se mantuvo bien cerca de nuestras cabezas para esconder sus lágrimas.

Muy pronto llegó el tren a la estación. Dos o tres minutos después se cerraron las puertas, el guarda sopló su silbato, y el tren se alejó, no dejando a su paso sino nubes de blanco vapor y algunos corazones muy acongojados.

Cuando ya se había perdido de vista, regresó John.

-Nunca volveremos a verla -dijo-; nunca.

Tomó las riendas, subió al pescante y nos condujo de vuelta a casa.

Pero ya no era nuestro hogar.

El día siguiente, después del desayuno, Joe unció a Patas Alegres a la calesa baja del ama, para llevarlo a la vicaría. Antes fue a despedirse de nosotros, mientras Patas Alegres nos saludaba relinchando desde el patio. Luego John colocó a Bravía la montura, y a mí la rienda de conducir, y nos condujo a campo traviesa hacia el Parque Earlshall, situado a unos quince kilómetros de distancia, y donde habitaba el conde de W... Allí vimos una casa muy hermosa y establos en abundancia.

Una vez que pasamos al patio por un portal de piedra, John preguntó por el señor York. Este, que tardó un poco en aparecer, era un hombre de edad mediana y buen aspecto, cuya voz indicaba que estaba acostumbrado a ser obedecido. Recibió a John con suma cordialidad, lo invitó a tomar un refrigerio, y después de echarnos una rápida ojeada, llamó a un caballerizo para que nos condujera a nuestros pesebres.

Nos llevaron a un establo bien iluminado y aireado, donde nos instalaron en pesebres contiguos; nos fregaron y alimentaron. Media hora más tarde, John y el señor York, que sería nuestro nuevo cochero, fueron a vernos.

Después de examinarnos minuciosamente, el segundo dijo:

-Bueno, señor Manly, no veo defecto alguno en estos caballos, pero todos sabemos que los caballos, tanto como los hombres, tienen sus peculiaridades,y que a veces requieren distintos tratamientos. Me gustaría saber si cualquiera de éstos tiene algo en especial que desee mencionar.

-Pues no creo que haya en el país mejor yunta que ésta, y me apena de veras separarme de ellos, pero no son iguales -admitió John.- El negro tiene el carácter más perfecto que haya conocido en mi vida; supongo que desde que nació no sabe lo que es una palabra dura ni un golpe, y parece complacerse en hacer lo que se le pide. En cuanto a la yegua, debe haber sido maltratada; algo nos dijo el tratante... Llegó a nosotros quisquillosa y desconfiada, pero cuando comprobó qué clase de casa era la nuestra, todo eso se le fue pasando. Hace tres años que no le veo la menor señal de mal carácter, y si aquí la tratan bien, no habrá animal mejor ni más dócil que ella; pero es naturalmente de constitución más irritable que el caballo negro...

-Por supuesto, entiendo muy bien -admitió York -pero usted sabe que en establos como éste no es fácil contar siempre con caballerizos adecuados. Hago lo posible y de allí no puedo pasar. Pero tendré en cuenta lo que me ha dicho sobre la yegua.

Salían del establo cuando John se detuvo para agregar:

-Será mejor que mencione que nunca les hemos puesto rienda tensa a ninguno de los dos; el caballo negro no la conoce, y en cuanto a la otra, el tratante dijo que fue el bocado-mordaza lo que le estropeó el carácter.

-Pues aquí tendrán que soportarlo -declaró York.- Por mi parte, prefiero la rienda suelta, y su señoría siempre es muy razonable respecto de los caballos, pero... la señora es otra cosa. Exige elegancia, y si los caballos de su carruaje no están sujetos con rienda bien tirante, ni siquiera los mira.

-Lo lamento, lo lamento mucho -comentó John -pero ahora debo irme o perderé el tren.

Se nos acercó a cada uno para palmearnos y hablarnos por última vez, con voz muy triste. Yo le acerqué la cara, ya que no podía decirle adiós de otra manera; por fin partió, y desde entonces no lo he vuelto a ver.

Al otro día fue a vernos Lord W... que se mostró muy complacido por nuestra apariencia.

-Tengo gran confianza en estos caballos -declaró -según la recomendación de mi amigo, el señor Gordon. Aunque su color no combina, pienso que vendrán muy bien para el carruaje mientras estemos en el campo. Antes de partir para Londres, tengo que tratar de emparejar a Barón; me parece que el caballo negro es perfecto para montar.

Entonces York le contó lo dicho por John sobre nosotros.

-Bueno, vigila bien a la yegua, y no le aprietes mucho la rienda tensa -concedió él -tal vez convenga acostumbrarlos de a poco. Se lo diré a la señora.

Por la tarde nos enjaezaron y uncieron al carruaje, y cuando el reloj daba las tres, nos condujeron al frente de la casa. Todo era muy imponente, y la casa tres o cuatro veces más grande que la antigua de Birtwick, pero no tan agradable ni mucho menos, si un caballo puede opinar. Dos lacayos de librea opaca, con pantalones de montar escarlata y medias blancas, aguardaban ya preparados.

Poco después oímos un rumor de sedas, anuncio de que la señora bajaba la escalera y daba vueltas a nuestro alrededor para observarnos. Era una mujer alta, de aspecto arrogante, que parecía insatisfecha por algo, pero nada dijo y subió al carruaje. Era la primera vez que me ponían rienda tensa, y debo decir que, aunque en verdad me fastidiaba no poder bajar de vez en cuando la cabeza, no me la tenía más alta que de costumbre. Me sentí ansioso por Bravía, pero ésta parecía tranquila y satisfecha.

Al día siguiente, a las tres, estábamos de nuevo frente a la puerta, y los lacayos allí, como antes. Oímos crujir las sedas cuando la señora bajó las escaleras, y su voz imperiosa al decir:

-York, tienes que levantar más la cabeza de estos caballos, son imposibles de ver.

York descendió y dijo con mucho respeto:

-Mil perdones, señora, pero estos caballos no conocen la rienda tensa desde hace tres años, y el señor dijo que sería más seguro ponérsela de a poco. Pero, si su señoría lo desea, puedo correrla un poco más.

-Hazlo -ordenó ella.

York se nos acercó y acortó la rienda un agujero, según creo. Cada pequeña diferencia influye, sea para bien o para mal, y ese día debíamos subir una colina empinada. Fue entonces cuando empecé a comprender lo que había

oído decir. Por supuesto, yo quería echar adelante la cabeza y arrastrar el carruaje con vigor, como estábamos habituados a hacer; pero no: tenía que tirar con la cabeza alta, y eso me desanimaba, obligándome a esforzar el lomo y las patas.

Cuando llegamos, dijo Bravía:

-Ahora ya sabes cómo es, pero esto no es tan malo, y si no empeora más, nada diré, porque aquí nos tratan muy bien. Pero si me ponen la rienda demasiado tirante, pues... ¡que se cuiden! No lo tolero y no lo toleraré.

Día a día, agujero tras agujero, nos acortaron las riendas tensas, de modo que, en vez de esperar con placer que me pusieran el arnés, comencé a temerlo. También Bravía parecía inquieta, aunque poco dijo. Por fin supuse que había pasado lo peor; hacía tres días que nadie nos acortaba las riendas, de manera que resolví soportarlo lo mejor posible y cumplir con mi deber, aunque en adelante sería un acoso continuo en lugar de un placer. Sin embargo, faltaba lo peor.

Un día la señora bajó más tarde que de costumbre, con más crepitar de sedas que nunca.

-Llévame a casa de la duquesa de B... -dijo, y al cabo de una pausa, agregó- York, ¿no piensas levantarle nunca la cabeza a esos caballos? Levántaselas ahora mismo, y basta de esas tonterías de llevarles la corriente.

Mientras el lacayo aguardaba junto a Bravía, York se me acercó primero; me echó atrás la cabeza y ajustó tanto la rienda que casi no podía tolerarla.

Hecho esto, se dirigió a Bravía, que sacudía la cabeza con impaciencia contra el freno, como solía hacer. Dándose cuenta de lo que se avecinaba, en cuanto York desabrochó su rienda para acortársela, aprovechó la oportunidad para encabritarse, tan súbitamente que York recibió un fuerte golpe en la nariz que le hizo caer el sombrero, mientras el lacayo rodaba por tierra.

Los dos se precipitaron enseguida sobre ella, que se resistió sin dejar de corcovear y encabritarse, mientras pateaba como desesperada. Por fin tropezó con la pértiga del carruaje y cayó, después de darme una fuerte coz en el cuarto más cercano a ella.

Imposible saber qué más habría hecho, si York no se hubiera apresurado a sentarse sobre su cabeza para impedirle forcejear, al tiempo que gritaba:

-¡Desaten al caballo negro! Traigan el manubrio y desenrosquen la pértiga; y si no pueden desprender el tirante, que alguien lo corte.

Uno de los hombres corrió en busca del manubrio, mientras otro traía un cuchillo desde la casa. El lacayo me apartó de Bravía y del carruaje para conducirme a mi pesebre, donde me dejó tal como estaba antes de correr junto a York.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que dos lacayos llevaran a Bravía, bastante maltratada y magullada. York, que llegó con ella, impartió algunas órdenes antes de acercárseme. No tardó entonces en soltarme la cabeza.

-¡Malditas riendas tensas! -murmuró para sí.- Ya imaginaba yo que tendríamos problemas... el amo se enojará muchísimo, pero, bueno... si el esposo de una mujer no puede dominarla, un criado menos, de modo que me lavo las manos, y si no llega a la fiesta de la duquesa, tanto peor.

York no dijo esto ante los demás criados, pues siempre hablaba respetuosamente en su presencia. Al palparme por todas partes, no tardó en

descubrir el sitio en donde había recibido la patada por encima del corvejón, y que tenía hinchado y dolorido. Ordenó entonces que me pasaran una esponja con agua caliente y me frotaran con alguna loción.

Cuando se enteró de lo sucedido, Lord W... se disgustó mucho, y culpó a York por ceder ante su ama, a lo cual repuso éste que en el futuro prefería recibir las órdenes directamente de su señoría. Sin embargo, creo que todo quedó en nada, pues la situación continuó igual. Me pareció que York podría

haber defendido más a sus caballos, pero acaso no esté en situación de juzgar.

Ya no volvieron a uncir a Bravía al carruaje; en cambio, cuando sus magullones curaron, uno de los hijos menores de Lord W... la pidió para él, pues estaba seguro de que sería buena para la caza. En cuanto a mí, seguí obligado a tirar del carruaje, ahora con otro compañero, llamado Max, que estaba acostumbrado de siempre a la rienda tensa. Cuando le pregunté cómo la toleraba, me contestó:

-Pues la tolero porque no tengo más remedio, pero está acortando mi vida, como acortará también la tuya, si la sigues usando.

-¿Crees que nuestros amos sabrán cuánto mal nos hacen? -quise saber.

-No sé decírtelo -me respondió -pero los tratantes y veterinarios lo saben muy bien.

Difícil me resultaría describir lo que sufrí durante cuatro largos meses con esa rienda, pero seguro estoy de que, si eso hubiera durado mucho más, habría perdido la salud o el buen carácter. Antes no sabía lo que era echar espuma por la boca, pero ahora la presión del afilado freno sobre la lengua y la mandíbula, así como la posición forzada de la cabeza y la garganta, me obligaban a hacerlo constantemente.

En mi antiguo hogar, sabía siempre que John y el amo eran mis amigos; en cambio allí, aunque en muchos aspectos me trataban bien, no tenía amigo alguno. York debía saber, y probablemente sabía, cómo me fastidiaba aquella rienda, pero parecía considerarlo inevitable. Fuera como fuere, nadie hizo nada por aliviarme.

A comienzos de la primavera, Lord W... y parte de su familia viajaron a Londres, llevándose consigo a York. Bravía, yo y algunos otros caballos quedamos en casa, a las órdenes del jefe de caballerizos.

La señora Harriet, que se quedó en la mansión, era una inválida que nunca salía en carruaje, mientras que Lady Anne prefería montar, en compañía de su hermano o sus primos. Era una amazona perfecta, tan alegre y gentil como bella, y me eligió como caballo suyo. Me agradaban mucho esos paseos al aire claro y frío, a veces con Bravía, otras con Lizzie, una yegua baya casi de pura sangre, gran favorita de los caballeros a causa de su porte y pujanza. Pero Bravía, que la conocía más que yo, me dijo que era un tanto nerviosa.

Un caballero apellidado Bantyre, que se alojaba en la mansión, montaba siempre a Lizzie, y tanto la elogió que un día Lady Anne ordenó que se colocara a ésta la silla para mujer, y a mí la otra montura. Cuando llegamos a la puerta, el caballero preguntó, muy inquieto:

-¿Qué pasa, se cansó de su buen Azabache?

-Oh, no, de ninguna manera -contestó ella pero por pura amabilidad le permitiré montarlo una vez, mientras yo pruebo a su encantadora Lizzie.

Deberá confesar que, en cuanto a tamaño y apariencia, es mucho más adecuada para una dama que mi propio favorito.

-Pemítame aconsejarle que no la monte insistió él -aunque es un animal cautivador, es demasiado nerviosa para una mujer. Le aseguro que no es completamente segura; permítame rogarle que haga cambiar las monturas.

-Querido primo, no se preocupe por mí, por favor -rió ella.- Sé montar desde pequeña, y he seguido muchas veces a los sabuesos, aunque sé que usted desaprueba que las mujeres vayan de caza. De todos modos, ése es el hecho, y me propongo probar a esta Lizzie a la cual son tan aficionados ustedes los hombres. De modo que, ayúdeme a montar como un buen amigo que es.

Nada quedaba por decir. Él la depositó cuidadosamente sobre la silla, se fijó en el freno y la barbada, le puso suavemente las riendas en la mano, y después me montó. En el momento en que nos alejábamos, llegó un lacayo con un papel y un mensaje de la señora Harriet: "Que el señor Blantyre haga el favor de preguntar esto en su nombre al doctor Ashley".

La aldea quedaba a un kilómetro de distancia, y en ella la casa del doctor era la última. Nuestro viaje fue bastante alegre hasta llegar a la entrada. Un corto sendero conducía a la casa por entre altos árboles. Blantyre desmontó ante la entrada y se disponía a abrirla para que pasara Lady Anne, pero ella le dijo:

-Lo espero aquí; puede colgar las riendas de Azabache en el portón.

-No tardaré ni cinco minutos -repuso él, dudoso.

-Oh, no hace falta que se apresure; Lizzie y yo no escaparemos.

Él colgó mi rienda sobre la verja de hierro, y no tardó en perderse de vista entre los árboles. Al costado del camino, y a pocos pasos de distancia, Lizzie aguardaba tranquilamente, de espaldas a mí. Mi joven ama, sentada con la rienda suelta, canturreaba una canción. Yo escuché los pasos de mi jinete hasta que llegó a la casa y llamó a la puerta.

Del otro lado del campo se extendía un prado con el portón abierto. En ese preciso momento algunos caballos de carreta y varios potros jóvenes aparecieron trotando de manera muy desordenada, seguidos por un muchacho que hacía restallar un gran látigo. Uno de esos potros, que eran salvajes y juguetones, cruzó de pronto el camino y fue a tropezar con las patas traseras de Lizzie. No sé si fue ese potro estúpido, o el sonoro chasquido del látigo, o las dos cosas juntas; el caso es que Lizzie, sobresaltada, se precipitó a galope tendido. Tan brusco fue todo, que Lady Anne estuvo a punto de caer, pero no tardó en recobrarse.

Yo lancé un relincho fuerte y agudo, pidiendo socorro. Una y otra vez relinché, mientras pateaba el suelo con impaciencia, y agitaba la cabeza para soltar la rienda que me sujetaba. No tuve que esperar mucho, pues Blantyre acudió corriendo, miró ansioso a su alrededor y alcanzó a divisar a la figura fugitiva, ya muy alejada. Entonces saltó en un instante a la montura. Tampoco a mí me hizo falta látigo ni espuela, ya que me sentía tan ansioso como mi jinete. Él, que lo advirtió, me dio rienda suelta; un poco tendidos hacia adelante, nos precipitamos en pos de la yegua desbocada y su jinete.

El camino se extendía recto por espacio de un kilómetro y medio antes de doblar a la derecha, donde se bifurcaba. Mucho antes de que llegáramos a esa curva, Lady Anne se había perdido de vista. ¿Hacia dónde habría ido? En la

entrada de su jardín, una mujer miraba ansiosamente camino arriba, protegiéndose los ojos con la mano.

Blantyre apenas si tiró de las riendas para preguntarle:

-¿Hacia dónde?

-A la derecha -gritó a su vez la mujer, señalando en esa dirección.

Continuamos, pues, nuestra carrera, y al cabo de un momento divisamos a Lady Anne; otra curva la ocultó de nuevo. Varias veces las entrevimos, para luego volver a perderlas de vista. No parecíamos poder ganar terreno.

Cerca de un montón de piedras, un anciano que trabajaba en el camino soltó su pala para hacer señas de que deseaba decirnos algo. Cuando Blantyre sofrenó un poco, le gritó:

-A la pradera, señor, a la pradera; fue para allá.

Yo conocía bien esa pradera, compuesta en su mayor parte de terreno muy desparejo, cubierto de brezos y matas de retama, con uno que otro espino raquítico. También había espacios abiertos de pasto fino y corto, con hormigueros y madrigueras por todas partes; el peor sitio que conozco para un galope tendido.

Apenas llegábamos, cuando divisamos de nuevo el vestido verde, que volaba delante de nosotros. Lady Anne había perdido su sombrero; su largo cabello castaño flameaba a sus espaldas. Tenía la cabeza y el cuerpo echados hacia atrás, como si, casi exhausta, estuviera tirando con todas las fuerzas que le quedaban. Era evidente que lo desparejo del suelo había obligado a Lizzie a disminuir la velocidad; tal vez pudiéramos alcanzarla.

En el camino, Blantyre me había dejado correr a gusto, pero ahora, con mano liviana y mirada experta, me condujo por el terreno de manera tan magistral, que apenas si disminuí el paso, y ya las íbamos alcanzando.

En medio del brezal habían abierto hacía poco una ancha zanja, amontonando del otro lado la tierra de la excavación. ¡Eso tenía que detenerlas! Pero no; Lizzie apenas si vaciló antes de saltar, tropezar en los terrones y caer. Blantyre lanzó un gemido antes de animarme:

-¡Vamos, Azabache, esfuérzate más!

Me dio rienda firme, yo me preparé, y con un solo salto decidido traspuse tanto la zanja como la orilla. Inmóvil entre los brezos, de cara al suelo, yacía mi pobre amita. Arrodillándose, Blantyre la llamó por su nombre, sin lograr respuesta.

Entonces la volvió suavemente boca arriba: la joven estaba espantosamente pálida, con los ojos cerrados.

-¡Anne, mi querida Anne, hábleme! -repitió él, sin resultado.

Le desabrochó el vestido, le aflojó el cuello y le tocó las manos y muñecas; por fin se irguió, para mirar a su alrededor en busca de auxilio.

A no mucha distancia, dos hombres que cortaban el pasto habían interrumpido su tarea para detener a Lizzie, que corría sin jinete. El llamado de Blantyre los atrajo enseguida. El que llegó primero se mostró muy apenado al ver lo sucedido, y preguntó que podía hacer.

-¿Sabe montar?

-Bueno, señor, no soy muy buen jinete, pero arriesgaré el cuello por Lady Anne, que tan bien se portó con mi esposa en invierno.

-Pues monte este caballo, amigo; su cuello estará bien seguro. Vaya en busca del médico, y pídale que venga al instante; luego diríjase a la casa de

Lady Anne, cuénteles lo que pasa y pídales que envíen el carruaje, con la doncella de Lady Anne y otros auxilios, yo esperaré aquí.

-Muy bien, señor, haré cuanto pueda, y ruego a Dios que la querida señorita abra pronto los ojos -repuso el jornalero, que al ver a su compañero pidió.- ¡Oye, Joe, trae un poco de agua, y dile a mi mujer que venga enseguida junto a Lady Anne!

Dicho esto, subió como pudo a la montura, y gritándome "¡Arre! y apretándome los costados con ambas piernas, inició su viaje, con un pequeño rodeo para evitar la zanja. Al principio se mostró inquieto por no tener látigo, pero mi velocidad no tardó en tranquilizarlo, ya que descubrió que lo mejor que podía hacer era aferrarse a la montura y sujetarse bien. Yo lo sacudí lo menos que pude, aunque una o dos veces, sobre terreno desparejo, me gritó: "¡Quieto! ¡So! ¡Quieto!" En el camino anduvimos bien; y en casa del doctor y en la mansión cumplió su misión como hombre bueno y fiel. Cuando lo invitaron a beber algo, exclamó:

-¡No, no!, volveré al lado de ellos por un atajo del campo, y así llegaré antes que el carruaje.

Al conocerse la noticia, hubo muchas corridas y alboroto. A mí me condujeron a mi pesebre, me quitaron la montura y la brida y me echaron encima una manta. Ensillaron a Bravía, enviaron a toda prisa en busca de Lord George, y poco después oí que el carruaje abandonaba el patio.

Pareció transcurrir largo rato antes de que regresara Bravía y nos dejaran solos; entonces ella me contó cuanto había visto.

-No puedo decirte gran cosa declaró -galopamos casi todo el trayecto, y llegamos al mismo tiempo que el doctor. Una mujer, sentada en el suelo, sostenía la cabeza de la señorita en su regazo. El doctor le echó algún líquido en la boca, pero no le oí decir más que: "No está muerta". Al cabo de un rato condujeron a la señorita al carruaje, y volvimos juntos a casa. Oí que mi amo decía a un caballero, que lo detuvo para interrogarlo, que esperaba que

no tuviera ningún hueso roto, aunque todavía no hablaba.

Cuando Lord George se llevó a Bravía de caza, York meneó la cabeza, diciendo que para entrenar un caballo para la primera temporada hacía falta una mano firme, no un jinete casual como Lord George.

Por lo general, a Bravía le gustaba mucho, pero a veces, cuando regresaba, daba muestras de fatiga, y de vez en cuando lanzaba una breve tos. Era demasiado animosa para quejarse, pero yo no pude evitar el sentirme ansioso por ella.

Dos días después del accidente, Blantyre fue a visitarme. Mientras me acariciaba y elogiaba, dijo a Lord George que estaba seguro de que yo había comprendido el peligro que corría Lady Anne, tan bien como él.

-Aunque hubiera querido, no habría podido retenerlo declaró- Anne ya no debería montar ningún otro caballo.

Su conversación me permitió enterarme de que mi joven ama se encontraba ya fuera de peligro, y pronto podría montar de nuevo. Estas eran buenas noticias para mí, y preví una vida feliz.

Ahora debo decir algo sobre Reuben Smith, quien quedó a cargo de los establos cuando York se

fue a Londres. Nadie conocía mejor su oficio que él, y cuando se encontraba bien, no existía nadie más fiel ni valioso. Manejaba caballos con

Librodot

suma suavidad e inteligencia, y era capaz de curarlos casi tan bien como un veterinario, ya que había vivido dos años con uno de ellos. Era un conductor de primera, capaz de conducir un coche de cuatro caballos o un tándem con tanta facilidad como una yunta.

Era bien plantado, educado y de modales muy agradables. Todos parecían estimarlo, en especial los caballos. Lo único extraño era que se encontrara en situación inferior, y no en el puesto de un jefe de cocheros, como York; pero es que tenía un gran defecto: le gustaba la bebida. No era como algunos, que beben sin cesar; a veces se mantenía sobrio durante semanas o meses, pero después cedía y sufría un "ataque como decía York. Entonces se cubría de ignominia, aterrorizaba a su mujer y fastidiaba a todos los relacionados con él. Sin embargo, tan útil era que en dos o tres ocasiones York había silenciado el asunto, evitando que se enterara el conde.

Pero una noche en que Reuben debía llevar un grupo de vuelta de un baile, tan ebrio estaba que no podía sujetar las riendas, al punto que uno de los caballeros tuvo que subir al pescante y conducir a las damas de regreso a casa. Claro está, esto no fue posible ocultarlo. Reuben fue despedido inmediatamente, y su pobre esposa e hijitos tuvieron que abandonar la linda cabaña contigua a la entrada del parque e irse donde pudieron.

Fue el viejo Max quien me contó todo esto, ya que había ocurrido tiempo atrás, pero poco después de mi llegada y la de Bravía, Reuben había sido empleado otra vez. York había intercedido por él ante el conde, que era muy bondadoso, y Smith prometió solemnemente no beber una gota mientras viviera allí. Tan bien cumplió su palabra Smith, que York lo consideró de confianza para reemplazarlo en su ausencia. Su inteligencia y honestidad lo hacían más adecuado que ninguno para esa tarea.

Estábamos a principios de abril, y se esperaba a la familia para cualquier día de mayo. Como era necesario reparar el carruaje liviano, y el coronel Blantyre debía regresar a su regimiento, se dispuso que Smith lo llevaría en él al pueblo, y que luego volviera montado. A este fin se llevó consigo la montura, y yo fui elegido para ese viaje.

Llegados a la estación, el coronel puso dinero en la mano de Smith, al tiempo que se despedía de él, diciéndole:

-Smith, cuida a tu joven ama, y no dejes que ningún mozalbete cualquiera estropee a Azabache... consérvalo para ella.

Dejamos el carruaje en el taller, y Smith me condujo al León Blanco, donde indicó al mozo de cuadra que me alimentara bien y me tuviera listo para él a las cuatro. Durante el trayecto, se había soltado un clavo de una de mis herraduras, pero el mozo de cuadra no Io advirtió hasta eso de las cuatro. Smith llegó recién a las cinco, y entonces dijo que no saldría hasta las seis, pues se había encontrado con algunos amigos. Entonces el caballerizo le mencionó el clavo y le preguntó si debía hacer revisar la herradura.

-No, aguantará hasta llegar a casa -repuso Reuben.

Lo dijo en tono muy sonoro e indiferente, y yo pensé que no era propio de él no ocuparse de mi herradura, puesto que solía ser muy minucioso en esos detalles. No regresó a las seis, a las siete ni a las ocho, y recién cerca de las nueve me llamó, con voz fuerte y áspera. Parecía de muy mal humor e insultó al mozo de cuadra, aunque no logré comprender el motivo.

Desde la puerta, el posadero le dijo:

-¡Señor Smith, tenga cuidado!

Pero él le contestó furioso, con una blasfemia. Casi antes de salir del pueblo comenzó a galopar, propinándome frecuentes latigazos, pese a que yo iba a toda velocidad.

Aún no había salido la luna, y estaba muy oscuro. Los caminos, reparados hacía poco, estaban duros, y al recorrerlos a ese paso, mi herradura se aflojó aun más, hasta que cuando nos acercábamos al portón de peaje, se soltó.

De haber estado en su sano juicio, Smith habría advertido por mi paso que algo andaba mal, pero su ebriedad le impidió notar nada.

Más allá del portón se extendía un largo tramo de camino, cubierto desde hacía poco con piedras nuevas: piedras grandes y afiladas, sobre las cuales ningún caballo podía andar rápido sin correr peligro. Por este camino, y con una herradura de menos, me vi obligado a galopar a toda velocidad, en tanto que mi jinete me azotaba con su látigo y, con salvajes maldiciones, me apremiaba para que fuera más rápido. Claro está, mi pata sin herradura me dolía espantosamente; tenía el casco roto y partido hasta la carne, y la parte interior terriblemente cortada por el filo de las piedras.

No podía seguir así; no hay caballo capaz de mantener el equilibrio en semejantes circunstancias, pues el dolor era muy grande. Tropecé y caí con violencia de rodillas. Smith salió despedido, y sin duda con gran violencia, debido a la velocidad de mi carrera. Yo no tardé en volver a incorporarme y cojear al costado del camino, libre de piedras.

A la luz de la luna, que acababa de levantarse por encima del seto, pude ver a Smith que yacía a pocos metros de mí, y que tras un débil intento de levantarse, lanzó un gran gemido y no se movió más. Yo también podía haberme quejado, pues sufría intenso dolor en la pata y las rodillas, pero los caballos estamos habituados a tolerar el dolor en silencio. No emití sonido alguno, sino que me quedé allí, escuchando.

Smith lanzó otro gemido más, pero aunque la luz de la luna lo iluminaba de lleno, no vi que se moviera. Yo nada podía hacer, ni por él, ni por mí mismo. Pero, ¡ah!, cómo ansiaba oír un caballo, un carro o pasos humanos. Aquel camino era poco frecuentado, de modo que podíamos pasar horas allí antes de que nos auxiliaran.

Debía ser casi medianoche cuando oí a gran distancia un ruido de cascos. A veces aquel sonido

se alejaba; luego volvía, más claro y cercano. Provenía de las plantaciones pertenecientes al conde, y yo rogué que fuera alguien que venía a buscarnos. A medida que el sonido se aproximaba, me sentí casi seguro de reconocer el paso de Bravía; un poco más cerca, y supe que era ella quien tiraba del coche. Lancé un fuerte relincho y, lleno de júbilo, oí otro de respuesta de Bravía, así como voces humanas. Los hombres llegaron lentamente sobre las piedras, hasta detenerse junto a suelo.

Uno de ellos desmontó de un salto y fue a agacharse junto a ella.

-Es Reuben, y no se mueve -anunció.

El otro lo siguió y se inclinó a su lado.

-Está muerto -dijo enseguida -fíjate qué frías tie

ne las manos.

Librodot

Lo levantaron, aunque sin vida, y con el cabello empapado de sangre. Entonces volvieron a tenderlo y, al acercarse a mirarme, vieron mis rodillas cortadas.

-Vaya, ¡el caballo cayó y lo derribó! ¿Quién habría creído capaz de tal cosa al caballo negro? Nadie pensaba que pudiera caer. ¡Reuben debe estar tendido allí desde hace horas! Por otra parte, es raro que el animal no se haya alejado.

Dicho esto, Robert intentó conducirme; yo di un paso, pero estuve a punto de caer de nuevo.

-¡Hola!... también tiene lastimada la pata. Fíjate... tiene el casco hecho pedazos; ¡con razón se cayó, el pobre! ¿Sabes una cosa, Ned? Me temo que Reuben anduviera descarriado... Date cuenta, ¡conducir un caballo con una herradura de menos por estas piedras! De haber estado en su sano juicio, tanto podría haber intentado llevarlo a la luna. Me temo que

haya vuelto a lo mismo de antes. ¡Pobre Susana!estaba terriblemente pálida cuando fue a mi casa, a

preguntarme si él había vuelto.

Siguió a esto una conversación, al cabo de la cual acordaron que Robert, el mozo de cuadra, me guiaría, y que Ned llevaría el cadáver. Costó mucho subirlo al coche, porque no había nadie que retuviera a Bravía, pero ésta, que sabía tan bien como yo lo que pasaba, se quedó inmóvil como una estatua. Lo noté porque, si tenía un defecto, era su impaciencia al estar inmóvil. Ned partió a paso lento con su lúgubre carga, mientras que Robert me revisaba de nuevo la pata. Luego sacó el pañuelo, con el cual la vendó bien, y de ese modo me condujo de vuelta a casa. Jamás olvidaré aquella recorrida nocturna: eran más de tres kilómetros. Robert me guiaba con suma

lentitud, y yo lo seguía cojeando como podía, entre fuertes dolores. Estoy seguro de que me compadecía, puesto que con frecuencia se detenía y me palmeaba, hablándome con suavidad.

Al fin llegué a mi pesebre, donde comí un poco de maíz. Después de envolverme las rodillas con trapos mojados, Robert me ató la pata con una cataplasma de afrecho para extraer el calor y limpiarla antes de que la viera el veterinario, por la mañana. Entonces logré tenderme en la paja y dormir, pese al dolor.

Al día siguiente el herrador, después de examinar mis heridas, dijo que esperaba que no tuviera lastimada la coyuntura. En tal caso, no quedaría estropeado para el trabajo, pero jamás perdería ese defecto. Creo que hicieron lo posible por curarme bien, pero fue una cura prolongada y penosa. Me creció carnosidad sobre las rodillas, que me quemaron con cáusticos; cuando por fin sanaron, les echaron encima un fluido ardiente para sacar todo el pelo. Para hacer esto tenían no sé qué motivo; supongo que habría una razón para ello.

Como la muerte de Smith había sido tan súbita y sin testigos, se llevó a cabo una investigación. El hotelero y el mozo de cuadra del León Dorado, así

como varios de los suyos, declararon que estaba embriagado al salir del hotel; el encargado de la barrera de peaje relató cómo había pasado por allí al galope, y fue hallada mi herradura entre las piedras. Con eso todo quedó claro, y yo libre de culpa y cargo.

Todos compadecían a Susana, que, casi enloquecida, no cesaba de repetir:

-¡Oh, y él era tan bueno!... Tan bueno... Fue ese maldito alcohol; ¿por qué lo venderán? ¡Oh, Reuben, Reuben!

Así continuó hasta que lo enterraron. Luego, como no tenía hogar ni parientes, se vio de nuevo obligada a abandonar, junto con sus seis hijitos, aquella placentera casa entre los robles, para dirigirse al lúgubre asilo.

CAPITULO 8
ESTROPEADOS Y EN DECADENCIA

En cuanto sanaron suficientemente mis rodillas, me soltaron por un mes o dos en un pequeño prado. No hallé allí ningún otro animal, y pese la libertad y del sabroso pasto, hacía tanto que estaba acostumbrado a la compañía que me sentía muy solitario. Bravía y yo habíamos llegado a ser grandes amigos, de modo que ahora echaba mucho de menos su compañía.

Aunque con frecuencia relinchaba al oír pasos de caballos en el camino, pocas veces obtuve respuesta. Por fin, una mañana, abrieron el portón, y apareció la mismísima Bravía. El hombre que la conducía le quitó el cabestro y la dejó allí. Con un relincho de júbilo, troté a su encuentro. Aunque nos alegramos de vernos, no tardé en descubrir que no era por causarnos placer que nos reunían. Relatar su historia llevaría demasiado tiempo, pero el final era que los malos tratos la habían estropeado, y que ahora la soltaban para ver si el descanso la beneficiaba.

Lord George era joven y no escuchaba consejos. Aunque mal jinete, iba de caza cada vez que podía, sin cuidarse para nada de su caballo. Poco después de mi partida del establo tuvo lugar una carrera de obstáculos, en la cual decidió participar. Pese a que el mozo le dijo que la yegua estaba un poco resentida, y no debía participar en carreras, no le hizo caso, y el día de la carrera aguijoneó a Bravía para que alcanzara a los jinetes más adelantados. Ella, animosa como siempre, se esforzó cuanto pudo y llegó entre los tres primeros, pero sin aliento. Para colmo, él era demasiado pesado para ella, cuyo lomo quedó resentido.

-Henos aquí, pues -concluyó Bravía -estropeados en lo mejor de nuestra juventud y vigor... tú por un borrachín, yo por un tonto. Es muy duro.

Un día vimos llegar al prado al conde, acompañado por York. Al ver quiénes eran, nos quedamos quietos bajo el tilo, dejando que se acercaran. Nos examinaron minuciosamente, y el conde se mostró muy enojado.

-He aquí trescientas libras esterlinas malgastadas

declaró- pero lo que más me duele es que estos caballos de mi viejo amigo, que creyó que con nosotros hallarían un buen hogar, han quedado estropeados. Dejaremos descansar doce meses a la yegua, a ver sí así se

repone, pero al negro habrá que venderlo. Es una lástima grande, pero no puedo tener rodillas como esas en mis establos.

-No, señor, por supuesto -admitió York -pero podría conseguir un sitio donde no den mucha importancia a la apariencia, sin dejar de tratarlo bien. Conozco en Bath a un hombre, propietario de algunas caballerizas, que suelen buscar buenos caballos por poco precio; sé que los cuida bien. En cuanto al animal, la investigación lo salvó de responsabilidad en la muerte de Smith, y la recomendación de su señoría, o la mía, serían garantía suficiente.

-Será mejor que le escribas, York. Me interesa más el sitio que el dinero que podamos obtener por él.

Dicho esto, se alejaron.

-No tardarán en llevarte lejos -comentó Bravía -entonces perderé al único amigo que tengo, y lo más probable es que no volvamos a vemos. ¡Qué mundo malvado!

Más o menos una semana después, llegó Robert con un cabestro, que me puso para conducirme afuera. No pude despedirme de Bravía; nos relinchamos uno al otro mientras me llevaban, y ella trotó ansiosamente a lo largo del seto, llamándome mientras oyó el ruido de mis cascos.

Mediante la recomendación de York, me adquirió el dueño de las caballerizas para coches de alquiler. Tuve que ir en tren, lo cual fue para mí una nueva experiencia, que al principio me exigió mucho coraje; pero no tardé en tranquilizarme, al ver que esos bufidos, embestidas, silbidos y, sobre todo, las sacudidas del vagón en que me encontraba, no me hacían daño alguno.

Llegado al final de mi viaje, me encontré en un establo bastante cómodo, y bien atendido. Esos establos no eran tan aireados ni agradables como los que ya conocía.

De todos modos, me alimentaban y limpiaban bien, de modo que, en suma, creo que nuestro amo nos cuidaba lo mejor que podía. Guardaba muchos caballos y vehículos de diferentes clases, para alquilarlos. Unas veces los conducían sus propios hombres; otras, se alquilaban el caballo y la calesa a caballeros o damas que guiaban por su cuenta.

Hasta ese momento, siempre me habían conducido personas que, por lo menos, sabían hacerlo. En aquel sitio, en cambio, iba a conocer todo tipo de conductores malos e ignorantes, pues era yo un "caballo de alquiler", a disposición de cualquier persona, que lo deseara y como era de natural apacible, creo que me alquilaban con mayor frecuencia que otros caballos a los conductores ignorantes, porque podían confiar en mí. Llevaría mucho tiempo explicar todos los estilos diferentes en que fui conducido; sin embargo, mencionaré unos cuantos.

Primero estaban los conductores de rienda tensa: hombres que parecían creer que todo dependía de sujetar las riendas con la mayor fuerza posible, sin aflojar jamás ni dar al caballo la menor libertad de movimiento. Estos siempre hablaban de "mantener al caballo bien dominado" y "sostener al caballo como si éste no supiera mantenerse solo.

Tal vez algunos pobres caballos arruinados, con bocas endurecidas e insensibilizadas por conductores como ésos, puedan hallar algún apoyo en ello.

Pero para un caballo de patas firmes, boca sensible y fácil de conducir, eso no sólo es una tortura, sino una estupidez.

Después están los conductores de rienda suelta, que las echan como al descuido en el lomo, y apoyan la mano sobre las rodillas. Claro está que, si llega a suceder algo imprevisto, esos caballeros no tienen control alguno sobre su cabalgadura. Si el caballo se espanta, sobresalta o tropieza, no pueden evitarlo, ni ayudar al caballo ni a sí mismos hasta que el mal está hecho.

En cuanto a mí, por supuesto, no tenía objeción alguna, ya que no acostumbraba sobresaltarme ni tropezar, y estaba habituado a depender del jinete sólo para guía y aliento. Sin embargo, a uno le gusta sentir un poco la rienda al ir cuesta abajo, y saber que el conductor no está dormido.

Por añadidura, esos conductores suelen ser completamente descuidados, y prestan atención a cualquier cosa antes que a sus caballos. Un día salí en el faetón con uno de ellos, que llevaba detrás una señora y dos niños. Cuando partimos, sacudió las riendas, y, por supuesto, me propinó varios latigazos inútiles, aunque yo ya estaba en marcha. Como habían reparado el camino hacía poco, abundaban las piedras sueltas. Mi conductor bromeaba y charlaba con la dama y los niños, comentándoles el paisaje a derecha e izquierda, pero sin preocuparse nunca por vigilar al caballo, o conducirlo por las partes más lisas del camino. Fue así como entró una piedra en una pata.

De haber estado allí el señor Gordon, John o cualquier buen conductor, se habría dado cuenta de que algo andaba mal antes de que yo diera tres pasos. Incluso si hubiera sido de noche, una mano experta habría sentido, por medio de la rienda, que yo no pisaba bien, y se habría bajado para sacarme la piedra. Ese hombre, en cambio, siguió riendo y charlando, mientras a cada paso la piedra se me introducía más entre la herradura y la ranilla del casco. Era una piedra afilada por dentro y redonda por fuera, de la peor clase que puede recoger un caballo, porque le corta la pata al mismo tiempo que lo pone en peligro de tropezar y caer.

No sé si aquel sujeto era un poco ciego, o simplemente muy descuidado; el caso es que me condujo con esa piedra en la pata por espacio de medio kilómetro antes de advertir que algo andaba mal. Yo ya cojeaba tanto por el dolor, que al fin se dio cuenta y gritó:

-Bueno, ¡qué me dicen! ¡Nos han enviado un caballo rengo! ¡Qué vergüenza! Vamos, vamos, no te hagas el lisiado conmigo; hay que seguir viaje de nada sirve hacerse el rengo y el perezoso.

En ese preciso momento pasó montado en una jaca parda, un granjero que se quitó el sombrero al detenerse y dijo:

-Disculpe, señor, pero me parece que a su caballo le pasa algo. Anda como si tuviera una piedra en la herradura... Si me permite, le examinaré las patas; estas piedras sueltas y dispersas son muy peligrosas para los caballos.

-Es un caballo alquilado -explicó el conductor.No sé qué le pasa, pero es una vergüenza enviar un animal rengo como éste.

El granjero desmontó, se echó la rienda al brazo y me levantó enseguida la pata dolorida.

-Vaya, vaya; aquí está la piedra. ¿Rengo? ¡De ninguna manera!

Al principio intentó extraerla con la mano, pero como ya estaba muy atascada, sacó del bolsillo una herramienta con la cual, con sumo cuidado y cierta dificultad, logró sacarla. Entonces la mostró, diciendo:

-Mire, ésta es la piedra que recogió su caballo. ¡Me extraña que no haya caído, quebrándose además las rodillas!

Librodot

-Bueno, ¡qué me dice! -exclamó mi conductor.¡Qué cosa rara! No sabía que los caballos recogieran piedras.

-¿Ah, no? -repuso el granjero, un tanto despectivo.- Sin embargo, así es; los mejores lo hacen, sin poder evitarlo a veces, en caminos como éste. Y quien no quiera dejar rengo a su caballo, tiene que avisparse y sacárselas enseguida. Tiene la pata muy magullada -agregó, mientras me la soltaba con suavidad y me palmeaba.- Si me permite un consejo, señor, será mejor que lo conduzca con suavidad; está bastante lastimado, y la renguera no se le pasará enseguida.

Dicho esto montó su jaca y, quitándose el sombrero ante la señora reanudó su camino.

En cuanto se hubo marchado, mi conductor se puso a agitar las riendas y dar latigazos sobre el arnés, con lo cual entendí que debía seguir camino, cosa que hice, por supuesto, contento de no tener ya la piedra, aunque aún bastante dolorido.

Este era el tipo de experiencia que solíamos tener los caballos de alquiler.

Existe, además, un modo de conducir que llamo de locomotora se trata de conductores generalmente llegados de las ciudades, que nunca han tenido caballo.

Estos siempre parecían creer que un caballo era algo parecido a una locomotora, sólo que más pequeño. De cualquier manera, suponen que si lo pagan, el caballo está obligado a ir tan lejos, tan rápido y con una carga tan pesada como les plazca. Y estén los caminos pesados y lodosos, o secos y buenos; pétreos o lisos, cuesta arriba o cuesta abajo, todo da lo mismo: ¡adelante, adelante!, hay que seguir al mismo paso, sin alivio ni consideración.

A tales personas nunca se les ocurre bajar para subir a pie una cuesta empinada. ¡Oh, no! Han pagado para ir cómodos y lo harán. ¿El caballo? ¡Bueno, está acostumbrado! ¿Para qué sirven los caballos, sino para arrastrar a la gente cuesta arriba? ¡Caminar! ¡Vaya broma! De modo que agitan el látigo, y sacuden la rienda, y a menudo gritan con voz áspera y tono airado: "¡Vamos, bestia perezosa!" Y luego viene otro latigazo, cuando nosotros nos estamos esforzando todo lo posible por seguir, dóciles y obedientes, aunque con frecuencia sumamente abatidos y fatigados.

Este estilo de conducir desgasta más rápido que cualquier otro. Preferiría recorrer veinte kilómetros con un conductor hábil y considerado, que diez con algunos de los otros; me agotaría menos.

Otra cosa: casi nunca colocan la rastra, por empinada que sea la cuesta, y es así como a veces ocurren accidentes graves. Y si la colocan, suelen olvidarse de quitarla al pie de la cuesta. Más de una vez he tenido que seguir hasta la mitad de la cuesta siguiente con una de las ruedas atascada, antes que al conductor se le ocurriera recordarlo. Esto requiere al caballo un esfuerzo terrible.

También esos hombres de la ciudad, en vez de comenzar a paso lento, como lo haría un caballero, suelen arrancar a toda velocidad desde el mismo patio del establo; y cuando quieren parar, primero nos azotan y después sofrenan tan bruscamente que casi nos derriban lastimándonos la boca con el freno.. ¡A eso le llaman sofrenar airosamente! Y cuando dan vuelta a una esquina, lo hacen con tal brusquedad como si la calle no tuviera derecha ni izquierda.

Recuerdo bien un atardecer de primavera, en que Rory y yo habíamos estado ausentes todo el día. Rory era el caballo que con mayor frecuencia me acompañaba cuando alguien pedía una yunta, y era bueno y honesto como el que más. Teníamos nuestro propio conductor, y como éste siempre era considerado y amable con nosotros, lo pasamos muy bien. Cerca del anochecer, regresábamos a casa a paso vivo. Nuestro camino viraba bruscamente a la izquierda, pero como íbamos cerca del seto, de nuestro propio lado, y quedaba sitio de sobra para pasar, nuestro conductor no nos retuvo. Cuando llegábamos a la esquina, oí un caballo y dos ruedas que bajaban rápidamente la cuesta en nuestra dirección. El seto, que era alto, no me permitía ver nada, pero en un instante estuvimos unos encima de otros. Por suerte para mí, me encontraba del lado cercano al seto. En cambio, Rory se encontraba del lado derecho de la vara, sin nada que lo protegiera.

El hombre que conducía lo hacía derecho hacia la esquina, y cuando nos vio no tuvo tiempo para apartarse hacia su propio lado. Rory recibió todo el choque; la vara de la calesa se le hundió en el pecho, haciéndolo trastabillar con un grito que jamás olvidaré. El otro caballo cayó sentado, y una vara se quebró. Resultó ser de nuestros propios establos, con la calesa ruedas altas tan apreciada por los jóvenes.

El conductor era uno de esos individuos ignorantes y descuidados que ni siquiera saben por qué lado del camino deben ir, y si lo saben, no les importa. Allí estaba el pobre Rory, con la carne desgarrada, sangrando a raudales. Dijeron que, de haber sido herido un poco más a un costado, habría muerto; y más le habría valido que así fuera al pobrecito.

En cambio, su herida tardó mucho tiempo en sanar, y después lo vendieron para transportar carbón. Solamente los caballos saben lo que es eso, subiendo y bajando esas empinadas cuestas. Me entristece ahora el sólo recordar algunos espectáculos que allí vi, cuando un caballo tenía que bajar una cuesta tirando de una carreta de dos ruedas cargada hasta el tope, a la que no se podía colocar rastra.

Cuando Rory quedó imposibilitado, solía yo tirar del carruaje junto con una yegua llamada Peggy, que se alojaba en la casilla vecina a la mía. Era un animal fuerte y bien formado, de color pardo brillante, con crin y cola castaño oscuras. Aunque no de raza, era muy bonita, además de tener un carácter notablemente dulce y dócil. Sin embargo, una expresión ansiosa en su mirada me advirtió que tenía algún problema. La primera vez que salimos juntos, pensé que su andar era muy extraño; parecía ir en parte al trote y en parte al medio galope: tres o cuatro pasos, luego un saltito adelante.

Era algo muy desagradable para cualquier caballo que fuera en yunta con ella, y que me puso muy nervioso. Llegados a casa, le pregunté por qué andaba de esa manera tan rara e incómoda.

-¡Ah, ya sé que mi andar es muy malo! -replicó, muy turbada -pero ¿qué puedo hacer para evitarlo? En realidad no es culpa mía, se debe únicamente a que mis patas son tan cortas. Aunque soy casi tan alta como tú, tus patas tienen siete centímetros más que las mías por sobre las rodillas, lo cual te permite dar pasos mucho más largos e ir más rápido. No me hice sola, ¿comprendes? ¡Ojalá hubiera podido hacerlo, entonces habría tenido patas largas, pues todos mis pesares provienen de mis patas cortas! -agregó, abatida.

Librodot

-¿Cómo se explica eso, teniendo tan buen carácter como tienes? -le pregunté.

-Bueno, es que los hombres siempre quieren ir rápido, y si una no puede seguir el paso a otros caballos, recibe latigazo tras latigazo. Por eso tuve que adaptarme como pude, y así adquirí este andar tan feo y arrastrado. No siempre fue así; cuando vivía con mi primer amo, siempre seguía un trote regular, pero es que él no se daba tanta prisa. Era un joven clérigo rural, y un buen amo, muy bondadoso. Atendía dos iglesias, bastante alejadas, y que le daban mucho trabajo; sin embargo, nunca me regañó ni azotó por no andar rápido. Me tenía mucho afecto. Ojalá estuviera todavía con él, pero tuvo que irse a una ciudad más grande, y entonces me vendieron a un granjero. Tú sabes que algunos granjeros son amos de lo mejor, pero éste me parece que era un hombre de baja estofa. No le importaba nada de un buen caballo ni de conducir bien; solamente ir rápido. Yo iba lo más deprisa que podía, pero no le bastaba y me azotaba sin cesar. Así fue como adoptó esta manera de dar un salto adelante para mantener la velocidad... En las noches de mercado solía quedarse en la taberna hasta muy tarde; después me conducía, a casa al galope. Una noche oscura, en que galopábamos de vuelta como de costumbre, la rueda chocó de pronto con no sé qué cosa grande y pesada en el camino, y el coche se volcó. El rodó por el suelo y se le quebró un brazo, así como algunas costillas, según creo. Como quiera que sea, así terminó mi vida con él, y no lo lamenté. Pero ya ves que en todas partes me pasará lo mismo, si los hombres insisten en ir tan rápido. ¡Ojalá tuviera patas más largas!

¡Pobre Peggy! La compadecí mucho sin poder consolarla, pues sabía lo difícil que resulta para los caballos lentos seguir el paso de los más veloces. Todos los latigazos los reciben ellos, y sin poder evitarlo.

A menudo la uncían al faetón, y algunas damas la apreciaban mucho, por ser tan mansa. Al cabo de un tiempo fue vendida a dos señoras que conducían ellas mismas y querían tener un caballo seguro y bueno.

Varias veces la encontré en el campo, andando a buen paso firme, de lo más alegre y satisfecha. Me alegré mucho de verla, pues merecía un buen hogar. Cuando se marchó, fue a reemplazarla otro caballo, que era joven y tenía fama de espantadizo, por lo cual había perdido un buen puesto. Le pregunté por qué se espantaba.

-La verdad es que apenas si lo sé -repuso.Cuando joven, era temeroso, y solía asustarme bastante. Si veía algo raro, me volvía a mirarlo... tú sabes que con las anteojeras puestas, no se ve ni entiende qué es algo a menos que uno se vuelva; entonces mi amo siempre me azotaba, lo cual, por supuesto, me sobresaltaba sin quitarme el temor. Creo que, si me hubiera dejado mirar las cosas tranquilamente y comprobar que no podían hacerme daño, todo habría ido bien, pues yo me habría habituado a ellas. Un día en que lo acompañaba un anciano caballero, un pedazo grande de papel o trapo blanco voló a un costado. Cuando me espanté y me abalancé hacia adelante, mi amo, como de costumbre, me azotó con fuerza, pero el anciano exclamó: "¡No haga eso! Nunca debe azotar a un caballo por espantarse: se espanta porque se asusta; y usted lo asusta más y empeora su hábito". Así que ya ves, no todos los hombres hacen lo mismo. Ten por seguro que no quiero espantarme porque sí, pero ¿cómo saber qué es peligroso y qué no lo es si no se le permite a uno habituarse a nada? Nunca tengo miedo de lo que conozco. Me crié en un sitio

Librodot

donde había ciervos. Yo, por supuesto, los conocía tan bien como a las vacas y a los caballos, pero no son comunes, y sé de muchos caballos sensatos que se asustan de ellos y alborotan una enormidad antes de pasar por delante de un cercado donde los haya.

Sabiendo que lo que decía mi compañero era verdad, deseé que todo caballo joven tuviera tan buenos amos como el estanciero Grey y el caballero Gordon.

Claro está que a veces hallábamos buenos conductores... Recuerdo que una mañana me uncieron al coche liviano, y me condujeron a una casa de la calle Pulteney. De allí salieron dos caballeros, el más alto de los cuales se me acercó. Observó el bocado y la brida, y movió apenas el collar con la mano, para ver si me ajustaba cómodamente.

-¿Cree usted que este caballo necesita barbada? -preguntó al mozo de cuadra.

-En mi opinión -contestó éste -me parece que éste puede pasarse muy bien sin ella, pues su boca muy bien, y aunque brioso, no tiene vicios, pero por lo general comprobamos que la gente prefiere usar barbada.

-Pues a mí no me gusta -repuso el caballero.Por favor, quítesela y póngale la rienda junto a la mejilla. Tener la boca cómoda, es una gran cosa durante un largo viaje, ¿verdad, amigo? -agregó, palmeándome el pescuezo.

Luego tomó las riendas y los dos subieron. Recuerdo aún con qué suavidad me hizo dar la vuelta, y así, con un leve toque de rienda y una pasada del látigo por el lomo, partimos.

Arqueé el pescuezo y eché a andar con mi mejor paso. Descubrí que tenía detrás alguien que sabía cómo conducir un buen caballo. Me pareció volver otra vez a los viejos tiempos, y eso me puso muy contento.

Este caballero se aficionó tanto a mí, que después de probarme varias veces con la montura, convenció a mi amo para que me vendiera a un amigo suyo que deseaba un caballo seguro para montar. Fue así como, en el verano, me vendieron al señor Barry.

CAPITULO 9
UN LADRON

Mi nuevo amo era un hombre soltero, que vivía en Bath y se ocupaba de negocios. Su médico le aconsejó ejercitarse a caballo, y para este fin me compró. Alquiló también un establo a corta distancia de su morada, y empleó como mozo de cuadra a un tal Filcher. Mi amo sabía muy poco de caballos, pero me trataba bien, y yo habría tenido un buen hogar, muy cómodo, de no haber sido por circunstancias que él desconocía. Ordenó que se me proporcionara el mejor heno, con mucha avena, habas pisadas y afrecho, así como centeno o cebada, según consideraba necesario aquel hombre. Oyendo que el amo daba esas órdenes, comprendí que la buena comida abundaría, y me creí afortunado.

Durante unos días, todo anduvo bien, pues según comprobé, el caballerizo conocía su oficio. Mantenía el establo limpio y ventilado, me aseaba minuciosamente y nunca me trataba sino con suavidad. Había sido caballerizo de uno de los grandes hoteles de Bath, y después de abandonar ese puesto, cultivaba frutas y vegetales para el mercado, mientras que su esposa criaba y engordaba aves de corral y conejos para venderlos.

Al cabo de un tiempo, me pareció que la avena comenzaba a escasear demasiado. Tenía habas, pero el afrecho venía mezclado con ellas y un poco de avena. Sin duda no recibía más de una cuarta parte de la avena que tendría que haber recibido. En dos o tres semanas, esto comenzó a incidir en mi vigor y mi ánimo. El pasto con que me alimentaba, aunque sabroso, no bastaba para mantenerme en condiciones. Sin embargo, no podía quejarme para hacer conocer mis necesidades. Así transcurrieron casi dos meses; y me extrañaba que mi amo no advirtiera que algo andaba mal.

Sin embargo, una tarde fue al campo conmigo, para visitar a un amigo suyo, un terrateniente que vivía junto al camino a Wells. Este, que tenía buen ojo para caballos, una vez que dio la bienvenida a su amigo, me miró y dijo:

-Barry, me parece que tu caballo no tiene tan buen aspecto como al principio; ¿está bien de salud?

-Supongo que sí -repuso mi amo -aunque no es tan vivaz como antes, ni mucho menos. Según mi caballerizo, los caballos siempre están apagados y débiles en otoño, y es cosa previsible.

-¿En otoño? ¡Disparates! -exclamó el estanciero.- Si recién estamos en agosto... y además, con trabajo liviano y buena comida no tendría que decaer así, aunque fuera otoño. ¿Cómo lo alimentas?

Cuando mi amo se lo explicó, el otro meneó la cabeza con lentitud, mientras se ponía a palparme.

-Mi querido amigo, no sé quién se come tu maíz, pero mucho me extrañaría que fuera tu caballo. ¿Cabalgaste muy rápido?

-En absoluto.

-Pues pon la mano aquí -continuó el granjero, pasándome la suya por el pescuezo y los hombros.Está tan caliente y húmedo como si acabara de pastar. Te aconsejo que vigiles un poco más tu establo. Detesto ser desconfiado y, gracias al Cielo, no tengo motivo para ello, pues puedo confiar en mis hombres, esté presente o ausente; pero ciertos bribones mezquinos son tan perversos que serían capaces de robar su comida a una pobre bestia. Tienes que fijarte en ello -y, volviéndose a su criado, que acudía a recibirme, le dijo:

-Dale a este caballo una buena porción de avena, y no la mezquines.

¿"Pobres bestias"? Si, lo somos, pero de haber sabido hablar, podría haber dicho a mi amo adónde iba su avena. Mi mozo de cuadra acostumbraba llegar cada mañana, a las seis, en compañía de un niño que siempre llevaba consigo una cesta cubierta. Junto con su padre, el muchacho pasaba al depósito de arneses, donde se guardaba el cereal, y cuando la puerta quedaba entreabierta los veía llenar una bolsita con avena que sacaban del cajón, tras lo cual el muchacho se marchaba.

Cinco o seis mañanas más tarde, poco después de que el niño saliera del establo, se abrió la puerta y entró un policía que lo llevaba sujeto por el brazo. Los siguió otro policía que, cerrando la puerta por dentro, ordenó:

-¡Muéstrame dónde guarda tu padre el alimento para sus conejos!

El niño, muy asustado, comenzó a llorar, pero, sin poder escapar, abrió la marcha hacia el cajón del cereal. Allí encontró la policía otra bolsa vacía, igual a la que hallaron llena de avena en la cesta del muchacho.

No tardaron en descubrir a Filcher, que me estaba limpiando las patas, y aunque fanfarroneó mucho, lo condujeron a la cárcel, junto con su hijo. Más tarde me enteré que no consideraron culpable al niño, pero el hombre fue sentenciado a dos meses de prisión.

Mi amo no consiguió reemplazante enseguida, pero pocos días después, llegó mi nuevo mozo de cuadra. Era un individuo alto, bastante bien parecido, pero si alguna vez hubo un farsante en forma de hombre, ése era Alfred Smirk. Conmigo era muy amable, y jamás me trató mal; lejos de ello, me acariciaba y palmeaba en abundancia, sobre todo cuando su amo estaba presente para verlo. Para que tuviera aspecto elegante, me cepillaba siempre con agua la crin y la cola, y los cascos con aceite antes de conducirme hasta la puerta; pero en cuanto a limpiarme las patas por dentro, revisarme las herraduras o asearme a fondo, me hacía tan poco caso como si yo hubiera sido una vaca. Me dejaba el bocado enmohecido, la montura húmeda y el anca tiesa.

Alfred Smirk se consideraba muy buen mozo y se pasaba mucho tiempo ante un espejito, en el depósito de arneses, examinándose el cabello, los bigotes y la corbata. Cuando su amo le hablaba, repetía: "Sí, señor, sí señor", tocándose el sombrero a cada palabra; y todos lo tenían por un joven muy simpático, y al señor Barry por afortunado de tenerlo a su servicio. Por mi parte, opino que era el sujeto más perezoso y vanidoso que he tenido cerca en mi vida.

Claro que no ser maltratado era una gran cosa, pero es que un caballo desea algo más que eso. Tenía una casilla "libre en la cual podría haber estado muy cómodo si él no hubiera sido demasiado indolente para limpiarla. Como jamás retiraba toda la paja, el hedor de la de abajo era espantoso, los fuertes vapores que de ella se elevaban me inflamaban los ojos, y mi apetito no era ya el mismo.

Un día entró el amo y dijo:

-Alfred, el establo huele bastante mal; ¿por qué no friega bien esa casilla, echando bastante agua?

-Bueno, señor -repuso él, tocándose la gorra -así lo haré si lo desea, señor, pero es un poco peligroso echar agua en el pesebre, porque los caballos son muy propensos a resfriarse. No me gustaría perjudicarlo, señor, pero lo haré si usted quiere.

-Pues, no me gustaría que se resfriara, pero tampoco me agrada el olor del establo. ¿Funcionarán bien los desagües?

-Ya que lo menciona, señor, me parece que a veces la alcantarilla echa olor; puede que algo ande mal, señor.

-En tal caso, haga venir al albañil para que la revise.

-Sí, señor, así lo haré.

Cuando llegó el albañil, retiró muchos ladrillos sin encontrar nada fuera de lugar, de modo que puso un poco de cal y cobró cinco chelines al amo, pero el olor de mi pesebre siguió peor que nunca. Eso no fue todo. Como tenía que pararme sobre un montón de paja húmeda, se resintieron mis patas, al punto que el amo solía decir:

-No sé qué le pasa a este caballo; se ha vuelto muy vacilante... A veces temo que tropiece.

-Sí, señor -confirmaba Alfred -yo también lo noté mientras lo ejercitaba.

Ahora bien; la verdad era que pocas veces me ejercitaba, y que cuando el amo estaba ocupado, solía yo pasar días enteros sin estirar para nada las patas, pese a lo cual se me alimentaba tanto como si trabajara duro. Esto trastornaba a menudo mi salud, dejándome a veces pesado y embotado, pero con mayor frecuencia inquieto y febril.

Un día tenía las patas tan sensibles que, mientras trotaba sobre piedras recién colocadas, llevando a lomos al amo, sufrí dos tropezones tan graves que al llegar a la ciudad, el amo se detuvo a preguntar al veterinario qué me pasaba. Este me levantó las patas una, por una, para examinarlas, tras lo cual se irguió y, mientras se frotaba las manos anunció:

-Su caballo sufre de mal de la ranilla, y bien fuerte; tiene las patas muy sensibles, y no ha caído por pura suerte. Me extraña que su caballerizo no lo haya advertido antes; es el tipo de cosas que hallamos en establos sucios, donde no se limpian adecuadamente los despojos. Si me lo envía mañana, me ocuparé del casco, y daré instrucciones a su empleado para que le aplique cierto linimento que le voy a dar.

Al día siguiente, me limpió minuciosamente los vasos, que me rellenó con estopa empapada en alguna loción fuerte; bien desagradable que fue.

El veterinario dispuso que toda la basura fuera retirada de mi pesebre día a día, y que el piso fuera mantenido bien limpio. Además, debían servirme afrecho molido, un poco de grano verde y no tanto cereal, hasta que mis patas sanaran. Con este tratamiento, no tardé en recobrar mis bríos, pero el señor Barry se disgustó tanto al verse engañado dos veces por sus caballerizos que resolvió abandonar la idea de tener caballo propio y alquilar uno cuando lo deseara. Por consiguiente, me conservó allí hasta que mis cascos quedaron bien, y luego me vendió.

CAPITULO 10
FERIA DE CABALLOS

Sin duda alguna, una feria de caballos es cosa muy divertida para quienes nada tienen que perder. Por lo menos, hay mucho para ver: largas hileras de jóvenes caballos del campo, recién llegados de los pantanos; manadas de peludos caballitos galeses, no mas altos que Patas Alegres; cientos de caballos de tiro de toda clase, algunos con las largas colas trenzadas y atadas con cinta escarlata; y muchos otros, como yo mismo, hermosos y bien criados, pero caídos en la clase media a causa de algún accidente, insuficiencias respiratorias o cualquier otro defecto.

Había algunos animales espléndidos, en lo mejor de sus fuerzas y adecuados para cualquier cosa, que movían las patas y mostraban su paso en gran estilo, conducidos con una rienda por el mozo de cuadra, que corría a su

lado. Pero más atrás se agrupaban otros pobrecitos, arruinados por ardua labor, con nudos en las rodillas y agitando las patas traseras a cada pago; algunos eran caballos viejos, de aspecto muy abatido, con el labio inferior colgante y las orejas pegadas, como si ya no hallaran placer ni esperanza en la vida.

Abundaban los regateos, las carreras y los azotes; y si un caballo puede expresar su opinión según su entendimiento, diría yo que en esa feria se mentía y se engañaba más de lo que podría contarse. Me colocaron junto a otros tres caballos vigorosos, de buen aspecto, y muchas personas acudieron a vernos. Los caballeros siempre se apartaban de mí al ver mis rodillas quebradas, aunque el hombre que me ofrecía juraba que era sólo un resbalón en el pesebre.

Para examinarme, los compradores me abrían la boca, me miraban los ojos, me palpaban las patas de arriba abajo, me frotaban con rudeza la piel y la carne, y, por último, probaban mi andar. ¡Qué diferencia había en la manera de hacer todo esto! Algunos lo hacían con aspereza e indiferencia, como si yo hubiera sido un pedazo de madera. Otros, en cambio, me pasaban la mano por el cuerpo con suavidad, con una que otra palmada, como si me dijeran: "Con tu permiso". Yo, por supuesto, también juzgaba a los compradores por sus modales.

Hubo un hombre de quien pensé que, si me compraba, sería feliz. Aunque no era un caballero, tampoco era uno de esos ruidosos y ostentosos que se hacen pasar por tales. Era un hombre más bien bajo, pero bien formado, y de movimientos rápidos. Enseguida comprendí, por su manera de tratarme, que aquel hombre conocía de caballos: hablaba con suavidad, y había en sus ojos grises una expresión bondadosa y alegre. Aunque parezca extraño, es verdad también que su olor limpio y fresco, me atrajo hacia él. No olía a cerveza ni tabaco viejos, cosa que detesto, sino como si recién saliera de un henal. Ofreció por mí veintitrés libras, pero, como su oferta fue rechazada, se alejó. Yo lo seguí con la mirada hasta que se perdió de vista.

Después llegó un hombre de aspecto recio y voz estentórea. Tuve un miedo espantoso de que me comprara, pero siguió de largo. Vinieron uno o dos más, que no pensaban comprar. Luego regresó el hombre de rostro duro, que ofreció veintitrés libras. El regateo fue arduo, pues mi vendedor comenzaba a pensar que no lograría obtener el precio que pedía y tendría que rebajarlo; pero en ese preciso momento volvió el de los ojos grises. No pude contenerme de tender hacia él cabeza, que palmeó bondadosamente.

-Bueno, mi viejo, creo que nos llevaremos bien -declaró.- Ofrezco por él veinticuatro libras.

-Digamos veinticinco y es suyo.

-Veinticuatro diez, y ni un penique más -insistió mi amigo, en tono muy decidido.- ¿Sí o no?

-Trato hecho -aceptó el vendedor -y puede contar con que en ese caballo hay muchísima calidad. Si lo quiere para tirar de un coche de plaza, es una ganga.

Mi nuevo amo pagó el precio allí mismo, me tomó del cabestro y me sacó de la feria rumbo a una hostería, adonde ya tenía preparada montura y brida. Me alimentó bien con avena, y mientras yo comía permaneció a mi lado, hablando consigo mismo y conmigo. Media hora más tarde nos hallábamos en

Librodot

camino, por bellas rutas campestres, hasta que llegamos a la gran carretera que conducía a Londres, la que recorrimos sin pausa hasta que, al crepúsculo, llegamos a la gran ciudad. Ya brillaban los faroles de gas; había canes a la derecha, calles a la izquierda, y calles que se entrecruzaban kilómetro tras kilómetro. Creí que nunca llegaríamos al final. Por fin, al cruzar una, llegamos a una larga parada para berlinas, donde mi jinete exclamó en tono animado:

-¡Buenas noches, Patrón!

-¡Hola! -se oyó responder.- ¿Conseguiste uno bueno?

-Me parece que sí -fue la respuesta de mi propietario.

-Te deseo suerte con él.

-Gracias, Patrón -agregó mi jinete antes de seguir camino.

No tardamos en virar por una calle lateral, a medio camino de la cual doblamos de nuevo por otra muy angosta, con caballos de bastante mal aspecto de un lado, y del otro, lo que parecían ser cocheras y establos.

Mi propietario sofrenó frente a una de esas casas y lanzó un silbido. Se abrió entonces la puerta, y salió corriendo una mujer joven, seguida por un niño y una niñita. Al desmontar mi jinete, todos lo recibieron ruidosamente.

-Bueno, Harry, hijo mío, abre el portón, mientras tu madre trae la lámpara.

Un minuto después todos me rodeaban en el patiecito de un establo.

-¿Es manso, papá?

-Sí, Dolly, tanto como tu gatito; ven a acariciarlo. Al pronto aquella manecita me acariciaba el

hombro por todas partes. ¡Qué linda sensación!

-Le traeré afrecho molido mientras tú lo friegas

-propuso la madre.

-Hazlo, Polly; es precisamente lo que le hace falta, y yo sé que me tienes una hermosa comida...

-Salchichas y pastel de manzana -gritó el niño, lo cual provocó la risa de todos.

Me condujeron a un pesebre cómodo, que olía a limpio, con paja seca en abundancia; tras una opípara cena, me tendí, pensando que allí sería feliz.

Mi nuevo amo se llamaba Jeremiah Barker, pero como todos lo llamaban Jerry, yo haré lo mismo. Su esposa Polly era la mejor pareja que un hombre pudiera desear: una mujercita regordeta, pulcra, ordenada, de cabello suave y negro, ojos oscuros y boca pequeña y alegre. El niño, que tenía casi doce años, era alto, sincero y de buen carácter; la pequeña Dorothy y a quien llamaban Dolly, era igual a su madre a los ocho años. Todos se tenían un cariño maravilloso; nunca, antes ni después, conocí una familia tan feliz y alegre.

Jerry era dueño de un coche de plan y dos caballos, que él mismo conducía y cuidaba. Su otro caballo era un animal blanco, alto, de huesos bastante grandes, llamado Capitán. Ya estaba viejo, pero cuando joven debía haber sido espléndido: aún conservaba esa manera orgullosa de alzar la cabeza y arquear el pescuezo.

Me contó que en su temprana juventud había tomado parte en la guerra de Crimea, ya que pertenecía a un oficial de caballería, y que solía encabezar el regimiento; a esto volveré a referirme luego.

El día siguiente, cuando estuve bien aseado, Polly y Dolly fueron al establo para verme y trabar amistad. Harry, que ayudaba a su padre desde

temprano en la mañana, había declarado su opinión de que yo resultaría ser "una verdadera maravilla . Polly me ofreció una tajada de manzana, y Dolly un trozo de pan, con tantos agasajos como si yo hubiera sido el Azabache de antes. Verme de nuevo mimado y escuchar otra vez voces suaves fue un verdadero festín; les hice ver como pude que deseaba ser su amigo. Polly me consideró muy bello y demasiado bueno para un coche de plaza, de no haber sido por las rodillas quebradas. Jerry comentó:

-Por supuesto, nadie puede decirnos de quién fue la culpa, y por mi parte, le otorgaré el beneficio de la duda, pues jamás he montado caballo de pisada más firme y precisa. Lo llamaremos Jack , como al viejo, ¿eh, Polly?

-Sí, pues me gusta conservar un buen nombre -replicó ella.

Capitán salió toda la mañana con la berlina. Después de clase, Harry fue a alimentarme y darme agua. Por la tarde me uncieron a la berlina. Jerry se preocupó tanto por comprobar que el collar y la brida me quedaban cómodos, como si hubiera sido el mismo John Manly. No me puso rienda tensa ni barbada; nada más que un simple bridón de anillo. ¡Qué bendición fue eso!

Una vez recorrida la calle lateral, llegamos a la amplia parada para coches de plaza, donde Jerry había saludado la noche anterior. A un lado de esta ancha calle se elevaban casas altas, con bellas fachadas de tiendas; del otro, una vieja iglesia con un camposanto, rodeados por verjas de hierro. Junto a dichas verjas se alineaba una cantidad de coches de plaza, a la espera de pasajeros. En el suelo se veían esparcidos trozos de paja. Algunos hombres conversaban; otros, sentados en sus pescantes, leían diarios; uno o dos alimentaban sus caballos con paja y agua. Nosotros nos unimos a la fila, detrás del último coche. Dos o tres hombres se acercaron para observarme y comentar.

-Muy bueno para un funeral -declaró uno.

-Tiene demasiado buen aspecto -agregó otro, meneando la cabeza con aire sabihondo -uno de estos días descubrirás que tiene algún defecto, o no me llamo Jones.

-Bueno, mientras no lo descubra, no tengo por qué inquietarme, ¿verdad? -repuso Jerry sin alterarse.

Siendo así, conservaré el buen ánimo un poco más.

Poco después llegó un hombre cariancho, ataviado con un gran abrigo gris con grandes esclavinas grises y grandes botones blancos; sombrero gris y una bufanda azul al cuello. Aunque de cabello también gris, era de aspecto jovial, y los demás le abrieron paso. Me examinó como si fuera a comprarme y después, irguiéndose, comentó:

-Es del tipo que te conviene, Jerry; no sé cuánto habrás pagado por él, pero lo vale.

Así quedó establecido mi prestigio en la parada.

Ese hombre se apellidaba Grant, pero lo llamaban "Grant el gris" o "Patrón Grant". Era el más antiguo de todos los que concurrían a aquella parada y se tomaba la tarea de zanjar disputas y resolver problemas.

Mi primera semana de vida como caballo de coche de plaza me resultó muy ardua; como no estaba acostumbrado a Londres, el ruido, el trajín, la multitud de caballos, carretas y carruajes entre los cuales tenía que abrime camino, me causaban ansiedad e inquietud.

Librodot

Sin embargo, no tardé en comprobar que podía confiar por completo en mi conductor; entonces me tranquilicé y me habitué a la tarea.

Jerry era tan buen conductor como el que más, y para mejor, pensaba tanto en sus caballos como en sí mismo. Pronto descubrió que estaba dispuesto a trabajar y esforzarme cuanto podía; jamás utilizaba el látigo conmigo, salvo para pasarme la punta suavemente por el lomo cuando deseaba que me pusiera en marcha. Generalmente yo me daba cuenta de esto enseguida, por su manera de tomar las riendas; me parece que llevaba el látigo más al costado que en la mano.

En poco tiempo, mi amo y yo nos entendíamos tan bien como es posible para un caballo y un hombre. También en el establo hacía cuanto podía para que yo estuviera cómodo. Los pesebres eran de estilo antiguo, demasiado en declive, pero él hizo instalar dos barrotes movibles al fondo, de modo que de noche, cuando descansábamos, nos quitaba los cabestros y levantaba los barrotes. De esta manera podíamos movernos y pararnos donde queríamos, lo cual es un gran alivio.

Jerry nos mantenía bien limpios, nos daba comida lo más variada posible, y siempre abundante. No sólo eso, sino que siempre nos proporcionaba bastante agua fresca y limpia, que dejaba a nuestro alcance noche y día, salvo, por supuesto, cuando llegábamos acalorados.

Hay quienes dicen que un caballo no debe beber tanto como desea, pero yo sé que si se nos permite beber cuando queremos, lo hacemos de a poco, lo cual nos beneficia mucho más que tragarnos medio balde por vez, como hacemos cuando nos quitan el agua hasta dejarnos sedientos y desdichados.

Algunos mozos de cuadra se van a casa a beber cerveza dejándonos durante horas con heno y avena secos, sin nada para mojarlos. Después, claro está, tragamos demasiada agua de una vez, lo cual sirve para estropearnos el aliento y a veces nos enfría el estómago.

Pero lo mejor que teníamos allí era el descanso de los domingos. Durante la semana trabajábamos tan duro que no creo que hubiéramos podido seguir sin aquel día de descanso. Además, entonces teníamos tiempo para gozar de nuestra mutua compañía. Fue en uno de esos días cuando me enteré de la historia de mi compañero.

Capitán había sido preparado y entrenado como caballo para el ejército y su primer dueño fue un oficial de caballería que partía para la guerra de Crimea. Según decía, le agradó mucho entrenarse con todos los demás caballos: trotando juntos, girando juntos a derecha o izquierda, deteniéndose a una voz de orden, o precipitándose a toda velocidad al toque del clarín o a una señal del oficial. Cuando joven, era un tordillo rosado oscuro, considerado muy hermoso. Su amo, un joven caballero muy valiente, le tenía mucho afecto, y lo trató desde un primer momento con el mayor cuidado y gentileza. Me contó que consideraba muy agradable la vida de un caballo del ejército, pero que cuando llegó el momento de viajar al extranjero en un gran barco, por mar, estuvo a punto de cambiar de idea.

-Esa parte fue espantosa -declaró.- Por supuesto, no podíamos caminar de la tierra al barco, de modo que tuvieron que pasarnos fuertes correas por debajo del cuerpo, levantarnos así pese a nuestros forcejeos, y trasladarnos por aire, por encima del agua, hasta la cubierta del navío. Allí nos colocaron en pequeñas casillas cerradas, desde donde por largo tiempo no pudimos ver el

cielo ni estirar las patas. A veces, cuando soplaban vientos fuertes, el barco se bamboleaba, y nosotros nos golpeábamos y enfermábamos. Sin embargo, por fin acabó el viaje, y volvieron a izarnos y trasladarnos a tierra. Cuando de nuevo sentimos tierra firme bajo las patas, resoplamos y relinchamos de alegría. Pero no tardamos en comprobar que el país adonde acabábamos de llegar era muy diferente del nuestro, y que deberíamos soportar muchas penurias además del combate. Claro que muchos soldados nos tenían tanto cariño, que se esforzaban por ponernos cómodos, pese a la nieve, la humedad y el hecho de que todo estaba en desorden.

-Pero ¿y el combate? -inquirí.- ¿No era peor que todo lo demás?

-Pues no lo sé... -fue su respuesta.- Siempre nos agradaba oír sonar el clarín; nos impacientábamos por partir, aunque a veces debíamos esperar horas enteras a la orden de ataque. Pero cuando nos la daban, solíamos saltar adelante con tanta alegría y entusiasmo como sino hubiera cañones, bayonetas ni balas. Creo que mientras sintiéramos al jinete firme en la montura, y su mano en la rienda, ninguno de nosotros cedía al miedo, ni siquiera cuando las terribles bombas volaban por el aire y estallaban en mil pedazos. Junto a mi noble amo, participé en muchas acciones sin recibir una sola herida, y aunque vi caballos baleados, otros atravesados por lanzas o tajados por sables, aunque los dejé muertos o agonizantes en el campo de batalla, no creo haber temido por mí mismo. La alegre voz de mi amo, que alentaba a sus soldados, me hacía sentir como si no pudieran matarnos, ni a él ni a mí. Confiaba de tal modo en él, que mientras me condujera estaba dispuesto a arremeter hasta la misma boca del cañón. Vi morir a muchos valientes, y a otros caer de sus monturas mortalmente heridos. Oí los gritos y gemidos de los moribundos, galopé por terreno que la sangre hacía resbaloso, y con frecuencia tuve que apartarme para no pisotear un hombre o un caballo herido. Sin embargo, hasta un día espantoso, jamás experimenté terror. Ese día no lo olvidaré jamás -continuó Capitán, después de tomar aliento.- Fue una mañana de otoño.

Como de costumbre, una hora antes del amanecer nuestra caballería se había presentado equipada y lista para la tarea del día, ya fuera combatir o esperar. Junto a sus caballos, los soldados aguardaban órdenes. Al aumentar la luz, notamos cierta excitación entre los oficiales, y antes de que el día comenzara del todo oímos disparos de armas enemigas. Poco después, uno de los oficiales se acercó a dar orden a los soldados de que montaran; en un segundo cada uno estuvo sobre su montura, y cada caballo esperaba un toque de rienda o una presión de los talones de su jinete; todos animosos, todos entusiastas. Sin embargo, tan bien preparados estábamos, que salvo mordisquear el freno y agitar la cabeza de vez en cuando, podría decirse que no nos movíamos. Mi querido amo y yo encabezábamos la línea. Mientras todos aguardaban, inmóviles y vigilantes, él me alisó la crin, me palmeó el pescuezo y dijo: "Hoy tendremos una jornada difícil, mi hermoso Bayardo, pero cumpliremos nuestro deber como siempre". Creo que esa mañana me acarició el pescuezo como nunca, en silencio y sin cesar, como si pensara en otra cosa. Aunque me encantaba sentir su mano, permanecí inmóvil, pues conocía todos sus estados de ánimo y sabía cuándo le gustaba que me quedara quieto, y cuándo que demostrara alegría. No puedo contar lo que sucedió ese día, pero relataré nuestra última carga juntos; fue a través de un valle, frente mismo al cañón enemigo. Ya estábamos habituados al tronar de armas pesadas, al

Librodot

retumbar de mosquetes y a los disparos cercanos, pero jamás había estado bajo un fuego tan intenso como ese día. Desde la derecha, desde la izquierda y adelante, nos llovían disparos. Muchos valientes cayeron, muchos caballos rodaron, arrojando al suelo a sus jinetes; muchos caballos sin jinete abandonaron, espantados, las filas, para luego, aterrados al sentirse solos sin una mano que los condujera, ir a apretujarse entre sus antiguos compañeros, para galopar con ellos a la carga. Por espantoso que era aquello, nadie se detuvo, nadie retrocedió. A cada instante disminuían las filas, pero al caer nuestros camaradas, nosotros nos apresurábamos para reunir a los demás. En lugar de vacilar, galopamos cada vez con mayor rapidez a medida que nos aproximábamos al cañón, todo envuelto en humo blanco a través del cual resplandecía rojo fuego. Mi amo, mi querido amo, alentaba a sus camaradas, con el brazo derecho en alto, cuando una de esas balas silbó junto a mi cabeza y lo golpeó. Lo sentí tambalearse por el impacto, aunque sin lanzar un grito. Procuré contenerme, pero él dejó caer la espada, soltó la rienda y, deslizándose por detrás de la montura, cayó por tierra. Los demás jinetes pasaron a nuestro lado como una exhalación, y el ímpetu de su arremetida me alejó del sitio donde él había caído. Yo quería conservar mi sitio a su lado, no abandonarlo bajo las patas de los caballos, pero fue en vano. Entonces, sin amo mi amigo, quedé solo en aquel gran campo de matanza. Me dominó el miedo y temblé como nunca había temblado. También yo, como había visto hacer a otros caballos, intenté unirme a las filas y galopar junto a los demás, pero las espadas de los soldados me alejaron. En ese preciso instante, un soldado que acababa de perder su caballo me sujetó por la brida y me montó, y con este nuevo amo avancé otra vez. Pero nuestra brava compañía fue cruelmente derrotada, y los que quedaban vivos tras la fiera batalla por los cañones regresaron galopando por el mismo terreno. Algunos caballos estaban tan malheridos, que la pérdida de sangre apenas les permitía moverse; otros nobles animales procuraban arrastrarse en tres patas, mientras otros se esforzaban por levantarse sobre sus patas traseras, ya que las descargas les habían destrozado las delanteras. Jamás olvidaré sus gemidos lastimeros, ni las miradas implorantes que lanzaban a los que, al escapar, pasaban a su lado abandonándolos a su sino. Después de la batalla recogieron a los hombres heridos y enterraron a los muertos.

-¿Y los caballos heridos? -pregunté.- ¿Los abandonaron para morir?

-No; los veterinarios del ejército recorrieron el terreno con sus pistolas, matando a todos los que estaban arruinados. Llevaron de vuelta algunos cuyas heridas eran leves, y los curaron, pero la mayoría de esos nobles y animosos animales que salieron aquella mañana, jamás volvieron. De nuestros establos, apenas si regresó uno cada cuatro. Nunca volví a ver a mi querido amo, y creo que cayó muerto de la montura. Jamás quise tanto a ningún otro amo. Participé en muchos otros combates, pero sólo fui herido una vez, y no de gravedad. Terminada la guerra, volví a Inglaterra, tan sano y fuerte como al partir.

-He oído que algunas personas hablan de la guerra como si fuera algo magnífico -observé.

-Pues será porque no la han visto nunca -replicó él.- Sin duda es magnífica cuando no hay enemigo, sino sólo ejercicios, desfiles y maniobras. Sí, entonces es muy lindo, pero cuando miles de hombres y caballos buenos y

valerosos mueren o quedan inválidos para toda la vida, la cosa cambia de aspecto.

-¿Sabes por qué peleaban? -inquirí.

-No; eso es más de lo que un caballo puede entender, pero los enemigos deben haber sido muy perversos para que se cruzara todo el mar con el solo fin de ir a matarlos.

Nunca conocí hombre mejor que mi nuevo amo: bondadoso y amable, tan partidario de la justicia como John Manly, y de humor tan parejo y alegre que pocas personas lograban provocarlo a una disputa. Era muy aficionado a componer cancioncitas que cantaba para sí, de las cuales su favorita era ésta:

Vengan, padre y madre, hermana y hermano, vengan todos, manos a la obra y a ayudarse los unos a los otros.

Y así lo hacían. Harry era tan hábil para las tareas del establo como un muchacho mucho mayor, y siempre estaba dispuesto a hacer lo que podía.

Polly y Dolly, por su parte, solían ir por la mañana a ayudar con la berlina; a cepillar y sacudir los cojines y fregar los vidrios, mientras Jerry nos aseaba en el patio y Harry limpiaba los arneses. Reían y bromeaban mucho entre ellas, lo cual nos animaba a Capitán y a mí mucho más que si hubiéramos oído regaños y palabrotas. Siempre se levantaban temprano, pues Jerry solía decir:

Quien por la mañana desperdicie minutos, durante el día no los recobrará. Por más que se apresure los perdió para siempre, para siempre jamás.

Un día, dos jóvenes de aspecto alocado salieron de una taberna cercana a la parada y llamaron a Jerry:

-¡A ver, cochero!, despabílate, porque se nos ha hecho tarde; acelera, ¿sabes?, y llévanos a la estación Victoria a tiempo para tomar el tren de la una. Recibirás un chelín de más.

-Caballeros, los llevaré a la velocidad habitual, pues no hay chelín que compense acelerar así.

Larry, cuyo coche se encontraba junto al nuestro, abrió de un tirón la portezuela, diciendo:

-¡Yo soy la persona que buscan, caballeros! Tomen mi coche, mi caballo los hará llegar a tiempo. Su conciencia no le permite ir más rápido que al trote de perro -agregó, con un guiño en dirección a Jerry, y, dando un fuerte latigazo a su cansado caballo, partió a la mayor velocidad posible.

Jerry me palmeó el pescuezo, mientras me decía:

-No, Jack; ningún chelín pagaría esa clase de cosas, ¿verdad, viejo?

Aunque se oponía firmemente a acelerar para complacer a gente descuidada, Jerry siempre conducía a buena velocidad, y no era contrario a darse prisa con tal de saber el motivo. Recuerdo bien una mañana en que esperábamos clientes en la parada, cuando un joven que llevaba un pesado bolso resbaló en una cáscara de naranja y cayó con gran violencia.

Jerry fue el primero en correr a su lado y levantarlo. El joven parecía muy atontado, y al ser conducido a una tienda cercana, caminaba como si estuviera muy dolorido. Jerry, por supuesto, volvió a la parada, pero unos diez minutos más tarde lo llamó uno de los tenderos, de modo que se acercó.

-¿Puede llevarme al Ferrocarril del Sudeste? -rogó el joven.- Me temo que esta desgraciada caída me haya retrasado, pero es de importancia primordial

Librodot

que no pierda el tren de las doce. Si logra conducirme allá a tiempo, se lo agradeceré muchísimo, y con gusto le pagaré tarifa extra.

-Haré cuanto pueda, si usted se siente bien, señor -declaró Jerry, pues el desconocido estaba muy pálido y parecía enfermo.

-Tengo que ir -insistió éste.- Por favor, abra la portezuela, y no perdamos tiempo.

En un segundo Jerry subió al pescante, y agitó las riendas mientras me decía:

-¡Vamos mi buen Jack! Ahora les mostraremos cómo sabemos correr, con tal de que, haya un motivo. Siempre resulta difícil conducir rápido por la ciudad en pleno día, cuando es más denso el tránsito de vehículos por las calles. Sin embargo, hicimos cuanto pudimos, y es maravilloso lo que son capaces de hacer un buen conductor y un buen caballo cuando se entienden y llevan el mismo propósito. Yo tenía muy buena boca; vale decir, que podía ser conducido mediante levísimos toques de rienda, lo cual es una gran cosa en Londres, entre carruajes, ómnibus, carretas, coches de plaza y carretones que circulan a paso de hombre, unos para un lado, otros para otro, unos lentamente, otros procurando pasarlos; ómnibus que se detienen de pronto cada pocos minutos para permitir el ascenso de un pasajero, obligando al caballo que va detrás a detenerse también, o a adelantárseles; a veces intenta uno pasar, pero en ese preciso momento alguna otra cosa se precipita por la estrecha abertura, y hay que seguir detrás del ómnibus. Al rato cree uno ver una oportunidad, y se las arregla para avanzar, pasando tan cerca de las ruedas de cada lado, que al desviarse un centímetro más las rozaría. Bueno, así sigue uno un rato, pero no tarda en hallarse en una larga fila de carretas y carruajes, todos obligados a andar al paso.

Jerry y yo estábamos acostumbrados al tránsito más denso, y nadie nos superaba en cuanto a pasar cuando estábamos decididos a hacerlo. Yo era rápido y audaz, y podía confiar siempre en mi conductor; Jerry era tan veloz como paciente, y podía confiar en su caballo, lo cual es también una gran cosa. Pocas veces empleaba el látigo; con la voz y con chasquiditos de lengua me indicaba cuándo debía apresurar el paso, y con la rienda cuándo debía reanudar la marcha, de modo que no hacían falta latigazos.

Aunque aquel día las calles se encontraban colmadas, las recorrimos a bastante buena velocidad hasta llegar al fondo de Cheapside, donde hubo un taponamiento que duró tres o cuatro minutos. Nuestro pasajero sacó la cabeza para decir, inquieto:

-Tal vez sea mejor que baje y siga a pie; si esto sigue así, no llegaré nunca.

-Haré cuanto sea posible, señor -repuso Jerry.Creo que llegaremos a tiempo; este taponamiento no puede durar mucho más, y su equipaje es demasiado pesado para que lo lleve.

En ese preciso momento se puso en marcha la carreta que teníamos delante, y entonces tuvimos un golpe de suerte. Seguimos entrando y saliendo, entrando y saliendo, a la mayor velocidad posible para un caballo, y por una de esas casualidades, pudimos cruzar el Puente de Londres sin dificultad, pues toda una fila de coches de plaza y carruajes iba para el mismo lado al trote rápido, acaso para alcanzar aquel mismo tren. Como quiera que sea, llegamos con muchos otros a la estación cuando el gran reloj indicaba las doce menos ocho minutos.

Librodot

-¡Gracias a Dios!, hemos llegado a tiempo -exclamó el joven- y también gracias a usted, amigo mío, y a su buen caballo. Me ha hecho un favor que no se puede pagar con ningún dinero; tome esta media corona de más.

-No, señor; se lo agradezco. Me alegro mucho de que hayamos llegado a tiempo, pero ahora no se retrase, está sonando la campana. ¡A ver, mozo de cuerda!, lleve el equipaje de este caballero... el tren de las doce, que va a Dover, eso es -y, sin esperar una palabra más, Jerry me hizo virar para dejar sitio a otras berlinas que llegaban en el último instante y apartarme a un lado hasta que pasaran todas.- ¡Me alegro tanto!- repetía -¡me alegro tanto! ¡Pobre joven!

Vaya a saber por qué estaba tan inquieto.

Cuando regresamos a la fila, Jerry fue objeto de muchas burlas y risas por conducir deprisa hasta la estación por una paga adicional, según decían, y todo contra sus principios. Le preguntaron cuánto había ganado.

-Mucho más de lo que suelo recibir -repuso él, con expresión socarrona.- Lo que me dio me mantendrá el ánimo durante varios días.

-¡Mentiras! -dijo uno.

-¡Es un farsante! -agregó otro.- Nos predica a nosotros y después hace lo mismo.

-¡Óiganme bien, compañeros! -continuó, Jerry.Ese caballero me ofreció media corona de más, pero no la acepté. Fue paga suficiente para mí ver cómo se alegraba de alcanzar ese tren, y si a Jack y a mí se nos ocurre dar una carrera de vez en cuando por puro gusto, es asunto nuestro, y no de ustedes.

-Pues nunca serás rico -comentó Larry.

-Es muy probable -admitió mi amo -pero no creo ser menos feliz por eso. He leído muchas veces los diez mandamientos y jamás vi ninguno que dijera: "Serás rico". Además, en el Nuevo Testamento se dicen muchas cosas curiosas sobre los ricos que, francamente, me incomodarían si fuera uno de ellos.

Mirándonos por sobre el hombro, desde lo alto de su coche, el Patrón Grant intervino:

-Si alguna vez te haces rico, Jerry, será porque lo mereces, y no recibirás ninguna maldición junto con tu fortuna. En cuanto a ti, Larry, morirás pobre, porque gastas demasiado en látigos.

-Y bien ¿qué puedo hacer si mi caballo no marcha? -protestó Larry.

-Jamás te tomas la molestia de comprobar si marcha o no sin él; siempre agitas el látigo como si tuvieras el baile de San Vito en el brazo, y si eso no te agota, agota a tu caballo. Tú sabes que siempre estás cambiando de caballos, y ¿por qué? Porque nunca les das descanso ni aliento.

-Es que nunca tuve suerte, no más -insistió Larry.

-Ni la tendrás -agregó el Patrón.- La suerte es muy exigente en cuanto a compañía, y suele preferir a quienes tienen sentido común y buen corazón. Esa, por lo menos, es mi experiencia.

CAPITULO 11
EL DESCANSO DEL DOMINGO

Una mañana, cuando Jerry acababa de colocarme entre las varas y estaba ajustando las riendas, entró en el patio un caballero.

-Para servirlo, señor -lo saludó Jerry.

-Buenos días, señor Barker -contestó el recién llegado.- Me gustaría llegar con usted a algún arreglo para que llevara a la señora Briggs a la iglesia los domingos por la mañana. Ahora vamos a la Nueva Iglesia, y es demasiado lejos para que ella vaya a pie.

-Le agradezco, señor, pero sólo tengo licencia seis días semanales, y por ello no podría tomar clientes en domingo; sería ilegal.

-¡Ah! -exclamó el otro.- No sabía que su coche fuera de seis días pero sería muy fácil modificar su licencia. Yo me ocuparía de que usted no saliera perdiendo; el caso es que la señora Briggs prefiere que usted la lleve.

-Con mucho gusto la complacería, señor, pero una vez tuve licencia para toda la semana, y el trabajo resultó demasiado duro para mí y sobre todo para los caballos. Año tras año, sin un día de descanso, ni un domingo para dedicar a mi esposa e hijos, sin poder concurrir jamás a la iglesia, cosa que siempre solía hacer antes de hacerme conductor. Por eso, desde hace cinco años, sólo saco licencia para seis días, y me resulta mejor.

-Bueno, ya sé que cada persona debe descansar, e ir a la iglesia los domingos, pero pensé que no le importaría una distancia tan corta para el caballo, y sólo una vez por día; le quedaría toda la tarde y la noche para usted... y además, ya sabe que somos muy buenos clientes.

-Sí, señor, es verdad, y yo agradezco todos los favores, y haría contento y orgulloso cuanto pudiera por complacerlo a usted o a su señora, pero lo cierto es que no puedo renunciar a mis domingos, de veras que no. Según leí, Dios creó al hombre, y a los caballos y todos los otros animales; y en cuanto los hubo creado, tomó un día de descanso, y dispuso que todos descansaran uno de cada siete días. El debe haber sabido lo que les convenía a ellos, y estoy seguro de que lo es para mí. Me siento más fuerte y saludable ahora que tengo un día de descanso; también los caballos están descansados y no se fatigan con tanta rapidez. Todos los conductores de seis días me dicen lo mismo; tengo más dinero que antes en la Caja de Ahorro, y en cuanto a mi esposa e hijos, señor... pues, ¡Dios me valga! ellos no aceptarían que volviera a trabajar siete días por nada del mundo.

-¡Oh, está bien! -replicó el caballero.- No se moleste más, señor Barker; se lo pediré a otro -y se alejó.

Jerry me dijo:

-Bueno, mi buen Jack, no podemos evitarlo; necesitamos nuestros domingos. ¡Polly! -agregó.- Polly, ven aquí.

Ella no tardó en acudir.

-¿Qué pasa, Jerry?

-Querida, el señor Briggs quiere que lleve a su esposa a la iglesia todos los domingos por la mañana. Cuando le dije que sólo tenía licencia para seis días, insistió: "Saqué una licencia de siete días, que yo se lo compensaré"; y tú sabes, Polly, que son muy buenos clientes para nosotros. Con frecuencia, la señora Briggs sale durante horas de compra, o de visita, y luego paga lo justo, como una dama, sin pedir rebaja ni hacer pasar tres horas por dos horas y media, como algunos. Además, es tarea fácil para los caballos, no como la de correr para alcanzar trenes para gente que siempre llega un cuarto de hora tarde. Si no la complazco en esto, lo más probable es que los perdamos del todo. ¿Qué te parece, mujercita mía?

A lo cual ella respondió con lentitud:

-Pues me parece, Jerry, que aunque la señora Briggs te pagara un soberano cada domingo, no aceptaría que volvieras a trabajar los siete días de la semana. Ya conocimos lo que era no tener nuestros domingos, y ahora sabemos lo que es tenerlos. Gracias a Dios, ganas lo suficiente para mantenernos, pese a que a veces cuesta pagar toda la avena y la paja, además de la licencia y el alquiler. Pero Harry comenzará pronto a ganar algo, y yo prefiero esforzarme más que antes y no volver a esa época horrible en que apenas tenías un minuto para mirar a tus hijos, y nunca podíamos ir juntos a la iglesia, ni gozar de un día feliz de tranquilidad. ¡Dios no permita que volvamos jamás a esos tiempos! Eso es lo que me parece, Jerry.

-Y eso es, precisamente, lo que dije al señor Briggs, amor mío, y a eso pienso atenerme. Así, pues, no te inquietes más, Polly -continuó mi amo, ya que su esposa se había puesto a llorar -no volvería a esos tiempos aunque ganara el doble, de modo que está decidido. Alégrate, ahora, que yo me voy a la parada.

Tres semanas transcurrieron después de esta conversación, sin que hubiera ningún pedido del señor Briggs, de modo que no quedó otro recurso que acudir a la parada. Jerry lo tomó muy a pecho, ya que, claro está, la tarea era más pesada para nosotros y para él. Pero su esposa lo animaba diciéndole:

-No te preocupes, no te preocupes...

Haz cuanto puedas y deja lo demás, que un día de éstos todo se arreglará.

No tardó en saberse que Jerry había perdido su mejor cliente, y por qué motivo; la mayoría de los cocheros lo llamaron tonto, pero dos o tres lo apoyaron. Truman declaró:

-Si los trabajadores no hacen respetar sus domingos, pronto no les quedará ninguno; es derecho de todo hombre y de todo animal. Por la ley de Dios y por la de Inglaterra tenemos un día de descanso, y yo digo que debemos atenernos a los derechos que esas leyes nos dan, y conservarlos para nuestros hijos.

-Para ustedes, los creyentes, todo eso está bien -objetó Larry -pero yo seguiré ganándome un chelín cada vez que pueda. No creo en la religión, pues no veo que la gente religiosa sea mejor que los demás.

-Si no son mejores, quiere decir que no son religiosos- intervino Jerry.- Lo mismo podrías decir que las leyes del país no sirven, porque algunos las quebrantan. Si un hombre da rienda suelta al mal humor, o habla mal de su vecino, o no paga sus deudas, no es religioso, por más que vaya a la iglesia. El que algunos sean falsarios y farsantes no desmienten la religión. La verdadera

Librodot

religión es lo mejor y más real del mundo, y lo único que puede hacer realmente feliz a un hombre, o mejorar el mundo.

Jones insistió:

-Si la religión sirviera para algo, impediría que los creyentes nos hicieran trabajar los domingos, como muchos hacen, y por eso digo que la religión no es más que una farsa... Vaya, si no fuera por los concurrentes a Iglesias y capillas, no valdría la pena que viniéramos un domingo, pero ellos tienen sus privilegios, como los llaman, y yo me privo de ellos. Espero que respondan por mi alma, si yo no tengo oportunidad de salvarla.

Varios hombres aplaudieron esto, hasta que Jerry dijo:

-Puede que eso suene bastante bien, pero no sirve; cada uno debe cuidar de su propia alma, a la que no se puede dejar en la puerta de otro como a un niño abandonado, esperando que él la cuide. ¿No te das cuenta? Si te ven siempre sentado en tu pescante, esperando clientes, dirán: "Si no lo tomamos nosotros, lo hará otro, y a él no le importan los domingos. Claro que no analizan el problema a fondo, pues en tal caso verían que si ellos no vinieran en busca de coche, de nada te serviría esperar. Pero la gente no siempre medita sobre estas cosas, ya que suele no convenirles hacerlo; en cambio, si ustedes, los cocheros dominicales, exigieran un día de descanso, todo se arreglaría.

-¿Y qué haría la buena gente si no puede llegar hasta su predicador favorito? -inquirió Larry.

-No me corresponde trazar planes para los demás -repuso Jerry -pero si no pueden camina tan lejos, que vayan más cerca, y si llueve, que se pongan los impermeables como en cualquier día de semana. Lo que está bien se puede hacer, y lo que está mal se puede omitir; quien sea bueno hallará el modo de hacerlo, y eso vale tanto para nosotros, los cocheros, como para los feligreses.

Dos o tres semanas después, una noche en que llegábamos al patio, Polly acudió corriendo con una lámpara.

-¡Todo salió bien, Jerry! -exclamó.- La señora Briggs envió esta tarde a su criada para pedir que la pases a buscar mañana a las once. Le contesté que sí, que suponía que podrías, aunque creíamos que ella ya empleaba a otra persona. Bueno", me explicó él, "la verdad es que el patrón estaba enojado porque el señor Barker no quiso ir los domingos, y estuvo probando otros cocheros, pero todos tienen algún defecto: unos van demasiado rápido, otros demasiado despacio, y dice la señora que no hay coche tan limpio y agradable como el de ustedes, de modo que nada la satisface sino viajar de nuevo en la berlina del señor Barker".

Polly estaba casi sin aliento, y Jerry lanzó una alegre carcajada antes de comentar:.

-"Un día de éstos, todo se arreglará." Como siempre tenías razón, querida. Ve a servir la cena, mientras yo quito el arnés a Jack y lo dejo cómodo y contento en un minuto.

Después de esto, la señora Briggs pidió el coche de Jerry tan a menudo como antes, aunque nunca en domingo. Sin embargo, llegó un domingo en que tuvimos que trabajar. Pasó así:

El sábado por la noche, todos llegamos muy fatigados y satisfechos de pensar que al día siguiente no haríamos más que descansar, pero no fue así.

El domingo por la mañana, Jerry me aseaba en el patio, cuando se le acercó Polly, muy preocupada.

-¿Qué ocurre? -le preguntó él.

-Es que la pobre Dinah, Brown acaba de recibir una carta que dice que su madre se halla gravemente enferma y que, si la quiere ver con vida, debe ir ahora mismo. Queda a diez kilómetros de aquí, en pleno campo, y dice Dinah que aunque tomara el tren, le quedarían cuatro kilómetros de caminata, lo cual sería imposible, débil como está y con el bebé de apenas seis semanas. Pregunta si la llevarías en tu coche, y promete pagar sin falta en cuanto tenga dinero.

-Bueno, bueno; eso ya lo veremos. No pensaba en dinero, sino en perder el domingo; los caballos están cansados, y yo también... Eso es lo malo.

-Lo es para todos, en realidad, pues el domingo no es lo mismo sin ti -insistió Polly.- Pero tú sabes que debemos conducirnos con los demás como quisiéramos que ellos se condujeran con nosotros. Bien sé lo que desearía hacer si mi madre estuviera moribunda, y sé que así no violarías el descanso dominical, pues si sacar de un pozo a una pobre bestia no estropea el domingo, estoy segura de que llevar a la pobre Dinah, tampoco.

-¡Vaya, Polly! Hablas tan bien como el sacerdote... Y bien, ya que hoy he oído temprano mi sermón dominical, puedes ir a decirle a Dinah que estaré listo para llevarla cuando el reloj dé las diez. ¡Espera un momento!... Ve a casa del carnicero Braydon, dale mis saludos, y pídele que me preste un coche liviano; sé que nunca lo utiliza el domingo, y para el caballo sería mucho mejor.

Ella se alejó y no tardó en volver, anunciando que el carnicero le prestaba el coche con todo gusto.

-Muy bien -repuso él -prepárame ahora un poco de pan y queso, que volveré por la tarde, lo antes posible.

-Y yo tendré el pastel de carne listo para tomar temprano el té, en lugar de la cena -agregó Polly, antes de marcharse.

Mientras tanto, él iniciaba sus preparativos, sin dejar de cantar Polly toda una mujer , canción a la cual era muy aficionado. Fui elegido para el viaje, que iniciamos a las diez en una calesa liviana, de ruedas altas, tan fácil de llevar en comparación con la berlina de cuatro ruedas, que parecía nada.

Los familiares de Dinah habitaban en una pequeña casa de campo, cercana a un prado con árboles de buena sombra, donde pastaban dos vacas. Un joven pidió a Jerry que condujera su coche al prado, y él me alojaría en el cobertizo de las vacas, aunque habría querido tener un establo mejor que ofrecernos.

-Si sus vacas no se ofenden -repuso Jerry -a mi caballo nada le gustaría más que gozar de una hora o dos en este hermoso prado. Es tranquilo y para él sería un verdadero festín.

-Pues déjelo allí, y que le aproveche -replicó aquel joven.- Lo mejor que tengamos está a su disposición por la amabilidad que tuvo hacia mi hermana; dentro de una hora cenaremos algo, y espero que nos acompañe, aunque estando mamá tan enferma estamos un poco desorganizados.

Jerry le agradeció cortésmente, pero agregó que llevaba consigo algo de comer y prefería caminar por el prado.

En cuanto me quitaron el arnés, no supe qué hacer primero: si comer pasto, rodar por el suelo, echarme a descansar, o galopar por todo el prado de puro entusiasmo al verme libre; acabé por hacerlo todo por turno. En cuanto a Jerry, parecía tan contento como yo. Sentado en una orilla, a la sombra de un

árbol, escuchó cantar los pájaros; luego cantó para sí, y leyó en el librito que tanto le gusta; después vagabundeó por el prado hasta un arroyuelo, donde recogió flores y espinos que ató con largas tiras de hiedra; por último me alimentó bien con avena que había llevado consigo. Pero el tiempo transcurría con demasiada rapidez... no había estado en el campo desde que me despidiera de la pobre Bravía, en Earlshan.

Volvimos a casa a paso tranquilo, y cuando llegamos al patio, las primeras palabras de Jerry fueron:

-Bueno, Polly, al fin y al cabo no perdí mi domingo, pues las aves cantaban himnos en cada arbusto, y yo tomé parte en la ceremonia; en cuanto a Jack, parecía un potro joven.

Cuando obsequió las flores a Polly, ésta brincó de alegría.

El invierno llegó temprano, con mucho frío y humedad. Durante semanas, nevó, neviscó o llovió casi todos los días, alternado con fuertes vientos o penetrantes heladas. Fue muy penoso para todos nosotros. Cuando el frío es seco, un par de mantas bien gruesas nos mantienen calientes, pero cuando nos empapa la lluvia, éstas no tardan en mojarse y no sirven para nada. Algunos conductores tenían una cubierta impermeable, con la cual nos cubrían; esto era una gran cosa.

Pero algunos eran tan pobres, que no podían protegerse ellos mismos ni a sus caballos, y muchos de ellos sufrieron bastante aquel invierno. Una vez que trabajábamos medio día, los caballos regresábamos a nuestros establos secos y podíamos descansar; los conductores, por el contrario, debían permanecer sentados en sus pescantes, a veces hasta la una o dos de la mañana, si tenían que esperar a alguien.

Lo peor para nosotros, los caballos, era cuando las calles estaban resbalosas por la helada o la nieve; recorrer así un kilómetro, teniendo que arrastrar un peso y sin poder afirmarnos, nos agotaba más que cuatro por buen camino. Para conservar el equilibrio, tenemos que poner en tensión cada nervio y músculo del cuerpo; además, el temor de caer agota más que ninguna otra cosa. Si los caminos son muy malos, nos colocan herraduras labradas, pero esto al principio nos pone nerviosos.

Cuando el tiempo era muy malo, muchos hombres iban a sentarse en la taberna cercana, dejando alguien que vigilara por ellos, pero de este modo solían perder clientes. Además, como decía Jerry no podían permanecer allí sin gastar dinero.

El no iba nunca al "Sol Naciente . Había una cafetería cercana donde iba de vez en cuando; si no, compraba, algo a un anciano que recorría nuestra fila con latas de café caliente y pasteles. Según opinaba Jerry, los licores y la cerveza daban más frío después; en cambio, ropas secas, buena comida, alegría y una esposa comprensiva en casa eran lo mejor para mantener confortable a un cochero.

Cuando no podía volver a casa, Polly siempre le alcanzaba algo para comer. A veces se veía a la pequeña Dolly asomarse a la esquina, para ver si "papá" se encontraba en la parada. Si lo veía, echaba a correr y no tardaba en regresar nevando en una lata o cesta, alguna sopa o budín caliente que Polly tenía preparados.

Era maravilloso ver cómo aquella pequeña era capaz de cruzar sana y salva esa calle con frecuencia atestada de caballos y carruajes; pero era una

mujercita muy valiente, que consideraba todo un honor llevar a papá "su primer plato como decía él. Era la favorita de todos en la parada, donde no había nadie que no la hubiera ayudado a cruzar la calle, si Jerry no hubiese podido hacerlo.

Un día frío y ventoso, Dolly acababa de llevar a Jerry un cuenco con algo caliente, y esperaba a su lado que él lo comiera. Recién había comenzado, cuando un caballero que se nos acercaba a paso vivo levantó su paraguas. A su vez, Jerry se tocó el sombrero, entregó el cuenco a Dolly, y me quitaba la manta cuando el caballero se apresuró a exclamar:

-¡No, no, termine esa sopa, amigo mío; aunque no me sobra mucho tiempo, puedo esperar a que haya concluido y acompañado a sus hijita hasta la acera!

Diciendo esto, se sentó en la berlina. Jerry le agradeció cortésmente antes de dirigirse a la niña:

-¿Ves, Dolly?, ése es un verdadero caballero, que dispone de tiempo y consideración para un pobre cochero y su hijita.

Una vez que acabó su sopa y dejó a su hija sana y salva en la acera opuesta, Jerry recibió órdenes de llevar a su pasajero hasta Clapharn. En varias ocasiones posteriores, este mismo caballero tomó nuestro coche. Creo que le gustaban mucho los perros y los caballos, pues cada vez que lo llevábamos hasta su casa, dos o tres perros salían brincando a recibirlo. A veces me palmeaba diciendo con voz serena y agradable:

-Este caballo tiene un buen amo y lo merece.

No era habitual que alguien se fijara en el caballo que había estado trabajando para él. Sé de damas que lo hacen de vez en cuando, y este caballero, así como uno o dos más, me han dado una palmada y una palabra de aliento; pero para noventa y nueve de cada cien, eso sería corno palmear la locomotora que tira del tren.

Un día, él y otro caballero tomaron nuestro coche para ir a una tienda de la calle R..., ante cuya puerta esperamos mientras su amigo entraba. Poco más adelante, del otro lado de la calle, había una carreta con dos hermosos caballos detenida ante una bodega. No los acompañaba el carretero, ni sé cuánto tiempo hacía que estaban allí detenidos; el caso es que, creyendo al parecer que ya hacía mucho que esperaban, comenzaron a alejarse. Antes que alcanzaran a dar muchos pasos, acudió corriendo el carretero, que los sujetó y, aparentemente furioso, se puso a castigarlos brutalmente con látigo y rienda, golpeándoles incluso la cabeza.

Nuestro caballero, que lo vio todo, cruzó la calle con rapidez para decir en tono resuelto:

-Si no deja inmediatamente de hacer eso, lo haré arrestar por abandonar sus caballos y por conducta brutal.

Aquel sujeto, que evidentemente había estado bebiendo, barbotó algunos insultos, pero cesó de aporrear a los caballos y, tomando las riendas, subió a su carreta. Nuestro amigo, entre tanto, había sacado del bolsillo una libreta, en la cual, anotó algo, después de fijarse en el nombre y dirección pintados en la carreta.

-¿Para qué es eso? -gruñó el carretero, mientras se alejaba haciendo chasquear su látigo.

No recibió otra respuesta que un movimiento de cabeza y una severa sonrisa. De regreso al coche, nuestro amigo se reunió con su acompañante, que comentó, riendo:

-Wright, yo creía que tenía bastantes problemas propios sin necesidad de molestarse por los caballos y sirvientes ajenos.

Nuestro amigo permaneció en silencio un momento, al cabo del cual irguió un poco la cabeza y preguntó:

-¿Sabe por qué anda tan mal el mundo? -No...

-Pues se lo diré... Es porque la gente piensa únicamente en sus propios asuntos y no se molesta en defender a los oprimidos ni en descubrir a los malhechores. Nunca dejo pasar una perversidad como ésta sin intervenir como puedo, y muchos patrones me han agradecido por comunicarles cómo se trata a sus caballos.

-Ojalá hubiera más caballeros como usted, señor -intervino Jerry -pues bastante falta hacen en esta ciudad.

Después continuamos viaje, y al bajar de la berlina, nuestro amigo concluía.

-Mi doctrina en la vida es la siguiente: si vemos cometer una crueldad o un acto deshonesto que podamos impedir, y sin embargo no nos molestamos en intervenir, compartimos así la responsabilidad del que mal obra.

Opino que, para ser caballo de cochero, mi situación era realmente buena. Como mi conductor era también mi dueño, su interés residía en tratarme bien y no recargarme de trabajo, aunque no hubiera sido tan bueno cómo era. En cambio, muchos caballos pertenecían a los grandes propietarios de coches de plaza, quienes los alquilaban a sus conductores por una suma diaria de dinero. Como esos caballos no pertenecían a sus conductores, a éstos no les interesaba sino extraerles dinero, primero para pagar al propietario, y después para ganarse la vida. Algunos de estos caballos lo pasaban muy mal. Aunque no entendía mucho, solía oír hablar de ello en la parada, donde el Patrón, hombre de buen corazón y aficionado a los caballos, expresaba a veces su opinión cuando veía llegar alguno muy cansado o maltratado.

Un día un conductor desaseado, de aspecto miserable, a quien llamaban "Sam el Andrajoso apareció con su caballo, que parecía agotado. El Patrón comentó:

-Tú y tu caballo deberían estar en la comisaría, y no en esta fila.

El otro cubrió al caballo con su harapienta manta, antes de encararse con el Patrón y decirle, en tono casi desesperado:

-De intervenir, la policía tendría que hacerlo ante los propietarios, que nos cobran tanto, o respecto de nuestras tarifas, que son tan bajas. Cuando un hombre tiene que pagar dieciocho chelines diarios para utilizar una berlina con dos caballos, como muchos tenemos que hacerlo durante la temporada, y se ve obligado a reunir esa suma antes de ganar un solo penique para él mismo... yo digo que es un trabajo peor que duro. ¡Tener que obtener nueve chelines diarios de cada caballo, antes de empezar a ganarse la vida! Tú sabes que es cierto, y que si los caballos no rinden, nos morimos de hambre. Mis, hijos y yo ya sabemos qué es eso... Tengo seis, de los cuales solamente uno gana algo. Permanezco en la parada dieciséis horas por día, sin haber gozado de un domingo desde hace diez o doce semanas. Tú sabes que Skinner jamás da un día libre si puede evitarlo, y si yo no trabajo duro, ¡dime quién lo hace! Necesito

un abrigo y un impermeable, pero ¿cómo conseguirlos, con tantos para alimentar? Hace una semana, para pagarle a Skinner, tuve que empeñar mi reloj, y nunca lo volveré a ver.

Algunos otros conductores, que los rodeaban, asintieron con la cabeza, diciendo que tenía razón. El hombre continuó:

-Ustedes, que tienen sus propios caballos y coches, o que trabajan para patrones buenos, tienen posibilidad de salir adelante y obrar como se debe; yo, no. Dentro del radio de cuatro kilómetros no podemos cobrar más de seis peniques por kilómetro, después del primero. Esta mañana misma tuve que recorrer más de seis kilómetros por sólo tres chelines. No pude conseguir cliente para la vuelta, y tuve que desandar la mitad del camino; fueron doce kilómetros para el caballo y tres chelines para mí. Después de eso, tuve un viaje de tres kilómetros, y había maletas y cajas de sobra como para ganarme muchos peniques, si las hubieran colocado afuera. Pero ustedes saben cómo es la gente... amontonaron adentro todo lo que cabía sobre el asiento delantero, y pusieron tres pesadas cajas encima. Todo eso sumó seis peniques, y el viaje, un chelín y seis peniques. A la vuelta conseguí otro viaje por un chelín, lo cual hace dieciocho kilómetros para el caballo y seis chelines para mí. A ese caballo le quedan todavía tres chelines por ganar, además de nueve al caballo de la tarde, antes de que yo pueda guardarme un penique. Claro que no siempre me va tan mal, pero ustedes saben que a menudo sí, y yo digo que es una burla decir a un hombre que no debe exigir demasiado de su caballo, pues cuando un animal está realmente agotado, no hay nada que mantenga sus patas en movimiento, salvo el látigo..., es inevitable. Antes que el caballo, están la esposa y los hijos; que piensen en ellos los propietarios, nosotros no podemos. Yo no maltrato a mi caballo por puro gusto, nadie puede decir tal cosa. Algo anda mal en alguna parte... ni un solo día de descanso, ni una hora de tranquilidad con esposa e hijos. Pese a que sólo tengo cuarenta y cinco años, suelo sentirme como un anciano. Ustedes saben con qué rapidez ciertos señorones suelen sospechar que los engañamos y cobramos de más. Con la cartera en la mano, cuentan la tarifa hasta el último penique, sin dejar de mirarnos como si fuéramos carteristas. Ojalá alguno de ellos tuviera que sentarse en mi pescante dieciséis horas por día, y ganarse así la vida además de otros dieciocho chelines, y hacerlo en toda clase de tiempo. Entonces no se esmerarían tanto en no darnos nunca seis peniques de más, ni amontonarían adentro todo el equipaje. Claro que algunos de ellos nos dan buena propina, de vez en cuando; de lo contra rio, no podríamos vivir, pero no podemos depender de eso.

Quienes lo rodeaban aprobaron mucho ese discurso y uno de ellos declaró:

-Es una situación desesperada, y si a veces un hombre hace algo malo, no hay que extrañarse. Y si bebe aguardiente de más, ¿quién puede reprochárselo?

Jerry no tomó parte en esta conversación, pero lo noté más triste que nunca. En cuanto al Patrón, que había permanecido con ambas manos en los bolsillos, sacó el pañuelo de su sombrero y se enjugó la frente.

-Me has vencido, Sam -declaró luego -pues todo lo que dices es verdad. No volveré a mencionarte la policía... Es que me alteró la expresión de la mirada de ese caballo. Es muy duro para hombres y animales, y no sé quién lo

Librodot

arreglará... pero, por lo menos, podrías decir a la pobre bestia que lamentas haberte desquitado así con él. A veces no podemos ofrecerles más que una palabra bondadosa, y es maravilloso cómo entienden.

Pocas mañanas después de esa conversación, otro hombre apareció en la parada con el coche de Sam.

-¡Oye! -exclamó uno -¿qué le pasa a Sam el Andrajoso?

-Está en cama, enfermo -respondió el recién llegado -anoche se enfermó en el patio, de modo que apenas si pudo arrastrarse hasta su casa. Su esposa envió esta mañana a uno de sus hijos para avisar que su padre tenía mucha fiebre y no podría salir. Por eso vengo en su lugar.

El día siguiente apareció el mismo hombre. -¿Cómo está Sam? -quiso saber el Patrón. -Se fue -repuso el nuevo.

-¿Que se fue? ¿No querrás decir que murió?

-Precisamente -respondió el otro.- Murió esta mañana a las cuatro... Ayer se pasó el día delirando..." hablaba de Skinner, y de que no tenía domingos. "Nunca tuve un domingo de descanso fueron sus últimas palabras.

Durante un rato, nadie dijo palabra. Por fin, el Patrón manifestó:

-Compañeros, esto es un aviso para todos.

CAPITULO 12
LA POBRE BRAVIA

Un día en que nuestra berlina y otras muchas esperaban cerca de un parque donde tocaba una banda, un coche viejo y desvencijado fue a detenerse junto al nuestro. Tiraba de él una yegua vieja y gastada, de piel descuidada, a través de la cual se veían sus huesos con claridad. Se le doblaban las rodillas y sus patas delanteras vacilaban mucho.

Yo había estado comiendo heno. Como el viento arrastró un poco en su dirección, el pobre animal estiró el flaco pescuezo para recogerlo; después levantó la cabeza en busca de más. Tenía en la mirada una expresión desesperanzada que no pude dejar de advertir, y entonces, mientras yo pensaba dónde había visto antes aquella yegua, ésta me miró de lleno y me preguntó:

-Azabache, ¿eres tú?

Era Bravía... pero ¡qué cambiada! Aquel pescuezo arqueado y reluciente estaba ahora rígido, descarnado y hundido.

Como nuestros conductores se hallaban reunidos a corta distancia, yo me acerqué a ella un paso o dos para poder hablar tranquilos. Lo que me contó fue una triste historia.

Al cabo de doce meses de descanso en Earlshall, fue otra vez considerada apta para el trabajo, y vendida a un caballero. Durante un tiempo le fue muy bien, pero tras un galope más prolongado que de costumbre, la antigua lesión recrudeció. Después de un nuevo descanso y cura, la volvieron a vender. De esta manera cambió varias veces de mano, descendiendo en cada ocasión.

-Así fue cómo, por fin -concluyó ella -me compró un hombre que posee una cantidad de coches y caballos, y que los alquila. Tú pareces encontrarte en buena situación, de lo cual me alegro, pero en cuanto a mí, no puedo decirte lo que ha sido mi vida. Cuando descubrieron mi debilidad, dijeron que no valía lo que habían pagado por mí, y que debía ir a uno de los coches bajos para aprovecharme lo más posible. Eso es lo qué están haciendo: azotándome para obligarme a trabajar cuanto pueda, sin pensar siquiera en lo que sufro. Según dicen, han pagado por mí y deben recobrar ese dinero. El que me alquila ahora paga al dueño una suma diaria de dinero, que tiene que extraerme antes. Así son todas las semanas, sin un solo domingo de descanso.

-Antes solías defenderte, si te maltrataban comenté.

-¡Ah!, antes sí, pero de nada sirve: los hombres son más fuertes, y si son crueles y carecen de sentimientos, no nos queda sino soportar... soportar hasta el fin. ¡Ojalá llegara mi fin! ¡Ojalá estuviera muerta! He visto caballos muertos y segura estoy de que no sufren dolor. ¡Ojalá cayera muerta mientras trabajo, así no me enviarían al matadero!

Muy apenado, acerqué a la suya mi nariz, pero nada podía decir que la consolara. Creo que le alegró verme, pues dijo:

-Eres el único amigo que tuve en mi vida.

En ese momento llegó su conductor que, tironeándole la boca, la hizo retroceder para salir de la fila y partió, dejándome entristecido de veras.

Poco después de esto, pasó frente a nuestra parada de coches una carreta que llevaba un caballo muerto. Era una yegua zaina, de pescuezo largo y flaco, con una mancha blanca en la frente. Creo que era Bravía...

Deseé que fuera ella, pues así terminarían sus penas. ¡Oh!, si fueran más piadosos los hombres nos matarían de un tiro antes de que llegáramos a semejante situación.

Entre los caballos de Londres vi muchos problemas, que en su mayoría podrían haberse evitado con un poco de sentido común. A los caballos no nos importa trabajar duro si se nos trata razonablemente, y estoy seguro de que muchos, cuyos conductores son pobres, viven más felices que yo cuando, con mi arnés repujado de plata, solía tirar del carruaje de la Condesa de W...

Solía traspasarme el corazón ver cómo se maltrataba a los caballos pequeños, que se esforzaban por arrastrar pesadas cargas o tambaleaban bajo los fuertes golpes de algún muchachón cruel. Una vez vi un pony gris de espesa crin y bonita cabeza, tan parecido a Patas Alegres que, de no haber estado trabajando, lo habría llamado. Se esforzaba por arrastrar una pesada carreta, mientras un muchachón vigoroso y tosco le asestaba latigazos en el vientre y tironeaba cruelmente de la boquita.

¿Podía haber sido Patas Alegres? Se la parecía mucho, pero el señor Blomefield no iba a venderlo nunca, ni creo que lo hubiera hecho. Sin embargo, acaso se tratara de un animal tan bueno como él, y de juventud tan feliz como la suya.

Aunque noté a menudo que se obligaba a los caballos de carniceros a ir a gran velocidad, ignoraba a qué se debía, hasta que un día tuvimos que esperar un rato en el Bosque de San Juan. Había al lado una carnicería, y mientras aguardábamos, llegó una carreta de carnicero a toda velocidad. El caballo, acalorado y exhausto, agachaba la cabeza; su jadeo y patas temblorosas evidenciaban de qué manera había sido conducido. El muchacho saltó de la

Librodot

carreta, y retiraba la cesta cuando el propietario salió, muy disgustado, y después de observar al caballo se encaró con aquél furioso:

-¿Cuántas veces tengo que decirte que no manejes de esta manera? Arruinaste al último caballo, dejándolo sin aliento, y arruinarás éste de igual modo. Sino fueras mi propio hijo, te despediría ahora mismo; traer un caballo aquí en tal estado es una deshonra.

Cualquier día la policía te detendrá por conducir así, y en tal caso, no me pidas que pague tu fianza, pues te he hablado hasta cansarme. Tendrás que cuidarte solo. El muchacho, que durante este discurso había permanecido silencioso y empecinado, replicó entonces, enojado:

-No fue culpa mía, ni acepto tus reproches. No hago más que atenerme a tus órdenes... Siempre repites: ¡Date prisa, no te demores! Y cuando voy a las casas, una persona quiere una pata de cordero para cenar temprano, y tengo que llevársela en un cuarto de hora; otra ha olvidado pedir biftecs, y debo ir a buscarlos y regresar a tiempo, o la señora se enojará; el tercero dice que tienen visitas inesperadas y que necesitan enseguida algunas chuletas; la dama del número nunca pide su cena hasta que llega la carne para el almuerzo... hay que apurarse, apurarse sin cesar. ¡Si los señores pensaran en lo que necesitan y pidieran la carne el día anterior, no tendría por qué haber tanta prisa!

-Ojalá lo hicieran -admitió el carnicero -me ahorraría muchos problemas, y podría satisfacer mucho mejor a mis clientes, si supiera de antemano qué desean. Pero, en fin... ¿de qué sirve hablar? ¿Quién piensa en la conveniencia del carnicero ni en la de su caballo? Está bien, llévalo adentro y ocúpate de él. No vuelvas a utilizarlo hoy, y si alguien pide algo más, llévaselo tú en la cesta.

Dicho esto, volvió a entrar, mientras el caballo se alejaba.

Claro que no todos los muchachos son crueles. Algunos he visto, que quieren tanto a su pony o burro como si fuera su perro favorito, y los animalitos trabajan con tanta alegría y buena voluntad para sus jóvenes jinetes como yo para Jerry. Aunque el trabajo sea difícil a veces, la mano y la voz de un amigo lo vuelven fácil.

Un joven verdulero ambulante solía pasar por nuestra calle ofreciendo verduras y papas. Tenía un viejo pony, no muy bien parecido, pero de lo más alegre y animoso que he visto; y era un verdadero regalo ver cómo se querían esos dos. El pony seguía a su amo como un perro; en cuanto éste subía a la carreta, aquél partía al trote sin un latigazo ni una palabra, para recorrer las calles con tanta alegría como si saliera de los establos de la Reina. Jerry apreciaba al muchacho, al que llamaba "El príncipe Charlie pues afirmaba que algún día sería el rey de los conductores.

También había un anciano que pasaba por nuestra calle con una pequeña carreta para carbón. El y su caballo recorrían la calle juntos, como dos buenos compinches que se entienden. El caballo se detenía por propia iniciativa en las puertas donde les compraban carbón, y siempre inclinaba una oreja hacía su amo. El grito del viejo se oía por toda la calle, mucho antes de que se acercara, aunque nunca pude entender lo que decía. Polly le compraba carbón y lo trataba con mucha cordialidad; en cuanto a Jerry, decía que era un alivio pensar qué feliz podía ser un caballo viejo en casa de pobres.

Una tarde, cuando llegábamos al patio, Polly salió diciendo:

-Jerry, estuvo el señor B... a pedirte el voto, y también quiere alquilar tu coche para las elecciones. Volverá por tu respuesta.

-Pues dile que mi coche estará ocupado en otra cosa. No quiero verlo empapelado con grandes anuncios, y en cuanto a obligar a Jack y Capitán a corretear por las tabernas en busca de votantes medio bebidos, considero que sería un insulto para los caballos. No, no lo haré.

-¿Supongo que votarás por ese caballero?... Dijo que era de tu misma opinión política.

-Y así es, en ciertos aspectos, pero no votaré por él, Polly. ¿Sabes de qué se ocupa?

-Sí...

-Y bien; el que se enriquece con esas actividades podrá ser muy bueno en ciertas cosas, pero es ciego en cuanto a lo que necesitan los trabajadores; en conciencia, yo no podría enviarlo a que hiciera las leyes. Supongo que se disgustarán, pero cada uno debe hacer lo que considere mejor para su país.

La mañana anterior a la elección, Jerry me uncía a las varas cuando entró Dolly en el patio, sollozando y llorando, con su vestidito azul y delantal blanco manchados de barro.

-Pero, Dolly, ¿qué te pasa?

-Esos niños malvados -sollozó ella -me tiraron barro y me llamaron pequeña... pequeña...

-La llamaron pequeña pícara azul -explicó Harry, que llegó en ese momento muy enojado -pero ya les ajusté las cuentas, de modo que no vuelvan a insultar a mi hermana. ¡Les di una tunda que no olvidarán, ese hato de bribones anaranjados cobardes!

Besando a su hija, Jerry le dijo:

-Cariño, corre junto a tu madre, y dile que en mi opinión, es mejor que hoy te quedes en casa a ayudarla -luego se encaró gravemente con Harry para decirle: -Hijo mío, espero que defiendas siempre a tu hermana y des una buena tunda a cualquiera que la insulte... así debe ser, pero cuidado, en mi casa no habrá insultos electorales. Hay tantos bribones azules como anaranjados, y tanto blancos como violetas o de cualquier otro color, y no quiero que nadie de mi familia se mezcle en ello. Hasta las mujeres y los niños están listos para pelear por un color, sin que uno entre diez sepa de qué se trata.

-Pero, papá, yo creía que el azul significaba libertad.

-Hijo mío, la libertad nada tiene que ver con los colores, que sólo corresponden a los partidos, de los cuales la única libertad que puedes obtener es la de embriagarte a expensa de otros, libertad de ir a votar en un coche viejo y sucio, libertad de ofender a cualquiera que no luzca tu propio color, y enronquecer gritando algo que apenas se entiende a medias... ¡ésa es tu libertad!

-¡Oh, padre, te burlas!

-No, Harry, hablo en serio, y me avergüenza ver cómo se conducen hombres que deberían dominarse un poco. Una elección es cosa muy seria, o al menos debería serlo, y cada uno debería votar según su propia conciencia y dejar que el vecino haga lo mismo.

CAPITULO 13
UN AMIGO EN APUROS

Llegó el día de las elecciones. Aunque Jerry no quiso alquilar su coche a ningún partido, hubo trabajo de sobra para nosotros.

Primero llegó un caballero robusto y jadeante, que llevaba saco de viaje y quería llegar a la estación de Bishopsgate; después nos llamó un grupo que deseaba ir al Parque del Regente; más tarde nos llamaron desde una calle lateral, donde una anciana tímida y ansiosa nos esperaba para que la lleváramos al banco. Allí tuvimos que esperar para llevarla de vuelta, y en cuanto la dejamos, acudió corriendo y sin aliento un señor carirrojo, con un manojo de papeles, que antes Anna Seweilde que Jerry pudiera bajar, abrió la portezuela, subió y gritó:

-¡A la comisaría de la calle Bow, pronto!

Así, pues, partimos con él; y cuando, al cabo de una vuelta o dos más, regresamos, no había otro coche en la parada. Jerry me ajustó el saco de comer, pues, como dijo:

-En días como éste, tenemos que comer cuando podamos; así que come, Jack, y aprovecha tu tiempo lo mejor posible.

Descubrí que mi comida era una buena porción de avena molida, humedecida con un poco de afrecho. Este habría sido un festín en cualquier momento, pero ese día me reanimó de manera especial. Jerry era tan considerado y bondadoso... ¿qué caballo no se habría esforzado por complacer a un amo así? El, por su parte, sacó un pastel de carne de los que preparaba Polly y se puso a comerlo junto a mí.

Las calles estaban colmadas; coches con los colores de los candidatos corrían entre la multitud, sin tener en cuenta la vida ni la integridad física de ninguno.

Ese día vimos arrollar a dos personas, una de ellas una mujer. Los pobres caballos lo pasaban muy mal, pero los votantes a quienes llevaban no pensaban en ello para nada, ya que muchos iban medio ebrios, lanzando hurras por las ventanillas del coche si su propio partido llevaba ventaja. Fue la primera elección que vi, y no quiero estar en otra, aunque, según oí decir, las cosas han mejorado ahora.

Ni Jerry ni yo habíamos comido muchos bocados, cuando apareció una pobre joven que llevaba un pesado niño en brazos, y miraba a un lado y otro, con aire muy perplejo. Por fin se acercó a Jerry para preguntarle si podía indicarle cómo llegar al hospital de Santo Tomás, y a qué distancia quedaba. Había llegado del campo esa mañana, en una carreta que iba al mercado, sin saber que era día de elecciones. Aunque forastera en Londres, había obtenido una orden para internar en el hospital a su hijito, que lloraba débil y quejumbrosamente.

-¡Pobrecito! -agregó ella -sufre mucho dolor aunque tiene cuatro años, no anda más que si fuera un bebé, pero el médico dijo que si lo llevaba al hospital, acaso mejorara. Dígame, señor, ¿está lejos? ¿Y dónde debo ir?

-Pero, señora, ¡no podrá llegar entre semejante multitud! Queda a tres kilómetros de distancia, y ese niño es pesado.

-Sí que lo es, bendito sea, pero gracias a Dios, yo soy fuerte, y sabiendo cómo llegar, creo poder hacerlo de algún modo; indíqueme el camino, por favor. No puedo hacerlo, podrían atropellarla y arrollar al niño. Escuche, suba a mi coche, que yo la conduciré sana y salva al hospital. ¿No ve que está por llover?

-Imposible, señor, gracias apenas si tengo dinero suficiente para volver. Indíqueme el camino, por favor.

-Mire, señora, en casa tengo esposa e hijos queridos, y sé cómo se siente un padre -insistió Jerry.Vamos, suba al coche, que la llevaré gratis; me avergonzaría de mí mismo si dejara a una mujer y a un niño enfermo correr semejante riesgo.

-¡Que Dios lo bendiga! -exclamó la mujer, mientras estallaba en lágrimas.

-Vamos, vamos, anímese, hija, que no tardará en llegar a destino. Permítame que la ayude a subir.

Cuando Jerry iba a abrir la portezuela, dos hombres con insignias en los sombreros y ojales llegaron corriendo y gritando:

-¡Cochero!

-¡Ya está tomado! -exclamó Jerry.

Pero uno de esos individuos apartó de un empellón a la mujer y saltó al coche, seguido por el otro. Severo como un policía, Jerry declaró:

-¡Caballeros, el coche ya fue tomado por esta dama!

-¿La dama? ¡Oh!, que espere -replicó uno de ellos.- Nos lleva un asunto muy importante. Además, llegamos primero; nos corresponde subir, y nos quedaremos.

Con pícara sonrisa, Jerry les cerró la portezuela, diciendo:

-Muy bien, caballeros, quédense cuanto quieran. Yo puedo esperar mientras reposan -y, dándoles la espalda, se acercó a la joven señora, que se hallaba a mi lado.- No tardarán en irse, no se preocupe -agregó riendo.

Y, en efecto, no tardaron en marcharse, pues al comprender la treta de Jerry, bajaron insultándolo con todos los nombres posibles, y amenazándolo con hacerlo arrestar. Tras esta pequeña demora, no tardamos en emprender camino hacia el hospital, yendo en todo lo posible por calles secundarias. Llegados a destino Jerry llamó a la puerta y ayudó a bajar a la mujer, que dijo:

-Se lo agradezco mil veces; jamás habría podido llegar sola.

-No tiene por qué; espero que el niño mejore pronto -repuso Jerry.

Luego me palmeó el pescuezo, como siempre hacía cuando estaba complacido por algo.

Había empezado a llover, y cuando nos alejábamos del hospital, volvió a abrirse la puerta y el portero llamó:

-¡Cochero!

Nos detuvimos, mientras bajaba la escalera una señora, a quien Jerry pareció reconocer enseguida. Ella, echándose atrás el velo, exclamó:

-¡Barker! ¡Jeremiah Barker!, ¿es usted? Me alegro mucho de encontrarlo; usted es justamente el amigo que necesito, ya que es muy difícil conseguir coche hoy en esta zona de Londres.

-La serviré orgulloso, señora; me alegro mucho de haberme encontrado aquí en este momento. ¿Adónde puedo llevarla?

Librodot

-A la estación de Paddington, y si llegamos con tiempo de sobra, como creo, podrá contarme cómo están Mary y los niños.

En efecto, llegamos a la estación con tiempo de sobra, y ya bajo techo, la señora pasó largo rato hablando con Jerry. Descubrí así que había sido patrona de Polly. Después de muchas preguntas sobre ella, inquirió:

-¿Qué tal le resulta trabajar de cochero en invierno? Sé que el año pasado, Mary estuvo muy inquieta por usted.

-Así es, señora, tuve una fuerte tos que me acompañó hasta la temporada cálida, y cuando trabajo hasta tarde ella se preocupa mucho. Es que trabajo a toda hora y en toda clase de climas, lo cual pone a prueba al estado físico de un hombre, pero me arreglo bastante bien, y me sentiría completamente perdido sino tuviera caballos que cuidar. Fui criado para eso y me temo que no serviría para otra cosa.

-Bueno, Barker -contestó ella -sería una gran pena que arriesgara seriamente su salud en esta tarea, no sólo por usted, sino por Mary y sus hijos. Hacen falta buenos conductores o buenos mozos de cuadra en muchas partes, de modo que, si alguna vez decide abandonar este trabajo de cochero, comuníquemelo- tras darle un amable mensaje para Mary, le puso algo en la mano, diciendo:- Aquí tiene cinco chelines para cada uno de los dos niños; Mary sabrá cómo invertirlos.

Muy complacido, Jerry le agradeció; luego salimos de la estación y llegamos por fin a casa. Yo, por lo menos, estaba cansado.

Capitán y yo éramos grandes amigos. El era muy noble y muy buen compañero. Jamás pensé que tuviera que abandonar su hogar e ir a la muerte, pero llegó su turno, y ocurrió así. Yo no estaba presente, pero me enteré de todo.

Jerry y él habían llevado un grupo hasta la gran estación ferroviaria situada sobre el Puente de Londres, y regresaban cuando, entre el puente y el Monumento, Jerry vio acercarse un carro de cervecero vacío, tirado por dos potentes caballos, a los que el carretero azotaba con su pesado látigo. La carreta era liviana, y ellos iban a paso furioso, sin que el conductor los controlara.

La calle estaba colmada de vehículos y de gente; una niña fue atropellada y arrollada, y al instante siguiente la carreta se precipitó contra nuestra berlina, arrancándole ambas ruedas y derribándola. Capitán fue arrastrado al suelo, las varas se hicieron trizas y, una de ellas se le hundió en el costado. También Jerry rodó, pero sólo quedó magullado. Nadie se explicaba cómo se había salvado; él mismo decía que era un milagro. Cuando levantaron al pobre Capitán, comprobaron que estaba muy herido y aporreado. Jerry lo condujo a casa con suavidad; causaba tristeza ver la sangre que le empapaba el blanco pelaje y le goteaba por el costado y el hombro. El carretero, que resultó estar ebrio, fue multado, y el cervecero tuvo que pagar daños y perjuicios a nuestro amo; pero nadie podía pagar los daños sufridos por el pobre Capitán.

El herrador y Jerry hicieron lo posible por aliviar su dolor y ponerlo cómodo. Hubo que reparar el calesín, y durante varios días no salí, de modo que Jerry no ganaba nada. La primera vez que fuimos a la parada, después del accidente, el Patrón acudió a preguntar cómo estaba Capitán.

-Jamás se repondrá, al menos para esta labor; así dijo, el herrador esta mañana -repuso Jerry.- Según él, podría servir para acarreos y cosas así. Eso

me alteró mucho. ¡Acarreos, nada menos! Yo he visto cómo afecta esa tarea a los caballos en Londres. Ojalá se pudiera encerrar a todos los ebrios en un asilo para lunáticos, en lugar de permitirles que perjudiquen a la gente sobria.

-Oye, Jerry, ¿sabes que me estás criticando demasiado?; lamento no ser tan bueno como tú; ojalá lo fuera -observó el Patrón.

-Bueno, ¿y por qué no deja la bebida, Patrón? Es demasiado buen hombre para ser esclavo de semejante cosa.

-Soy un tonto de capirote, Jerry, pero una vez hice la prueba durante dos días y creí morir; ¿cómo lo conseguiste tú?

-Con mucho trabajo, durante varias semanas... Aunque nunca me embriagué, comprobé que no era mi propio dueño, y que cuando me daban esas ansias, me costaba decir "no". Entonces comprendí que uno de los dos debía ceder... el demonio de la bebida o Jerry Barker; y decidí que con ayuda de Dios, no sería Jerry Barker. Pero fue una verdadera lucha, en la cual necesité toda la ayuda posible, pues hasta que intenté deshacerme del vicio no supe qué fuerte era... Polly se esforzó por alimentarme; cuando me daban ganas, yo solía servirme una taza de café, o un poco de esencia de menta, o leer un poco de mi libro, y eso me ayudaba. A veces tenía que repetirme una y otra vez: "¡Abandona la bebida o perderás el alma! ¡Abandona la bebida o destrozarás el corazón de Polly!" Pero, gracias a Dios y a mi querida esposa, rompí esas cadenas, y ya hace diez años que no bebo una gota ni deseo hacerlo jamás.

-Ganas tengo de probarlo -declaró el Patrón -pues no ser dueño de sí mismo es malo de verdad.

-¡Hágalo, Patrón, hágalo, que nunca se arrepentirá! Y ¡qué bien le haría a algunos pobres tipos de esta parada ver que usted deja la bebida! Sé de dos o tres que quisieran mantenerse alejados de esa taberna, si pudieran.

Al principio Capitán dio muestras de reponerse, pero era un caballo muy viejo, al que sólo su maravillosa constitución y los cuidados de Jerry habían permitido seguir tanto tiempo en esa tarea. Quedó muy estropeado. El veterinario dijo que acaso se repusiera lo bastante como para venderlo por unas cuantas libras, pero Jerry contestó que no, pues vender un viejo servidor a la esclavitud y la miseria apestaría todo el resto de su dinero. Decidió que lo mejor que podía hacer por aquel noble animal sería atravesarle el corazón con una bala, de modo que no sufriera más, pues no sabía dónde hallarle un amo bondadoso para el resto de sus días.

El día siguiente a esta -decisión, Harry me llevó a la forja para que me pusieran herraduras nuevas. Cuando regresé, Capitán ya no estaba. Tanto la familia como yo lo lamentamos mucho.

Entonces Jerry tuvo que buscar otro caballo, y no tardó en saber de uno por medio de un conocido que era ayudante de mozo de cuadra en los establos de un noble. Se trataba de un caballo joven y valioso, pero que al desbocarse, había chocado con otro vehículo, derribado por tierra a su señoría, hiriéndose y estropeándose de tal manera que ya no era adecuado para los establos de un caballero. El cochero tenía órdenes de tratar de venderlo en el mejor sitio posible.

-Me gustan los caballos fogosos, con tal que no sean mañosos ni duros de boca -comentó Jerry.

Librodot

-Este no tiene nada de mañas -repuso el otro -tiene boca muy tierna, y por mi parte pienso que esa fue la causa del accidente. Hacía mal tiempo, no había tenido ejercicio suficiente, y cuando por fin salió, estaba saltarín como un globo. Nuestro jefe, me refiero al cochero, lo hizo enjaezar tan apretado y fuerte como pudo, con la gamarra, la rienda tensa y una barbada muy afilada, y las riendas, colocadas en la última anilla; yo creo que eso enfureció al caballo, siendo como era de boca sensible y muy brioso.

.-Es muy probable; iré a verlo -anunció Jerry.

Al día siguiente, Temerario, que así se llamaba, llegó a casa. Era un hermoso caballo zaino, sin un solo pelo blanco, alto como Capitán, de bella cabeza y sólo cinco años de edad. Lo saludé amistosamente por cordialidad, pero no le hice pregunta alguna. La primera noche estuvo muy inquieto; en vez de tenderse, se lo pasó sacudiendo la soga del cabestro de arriba a abajo, y golpeando contra el pesebre de tal modo que no me dejó dormir. Al día siguiente, en cambio, al cabo de seis horas de trabajar con el coche de plaza, regresó tranquilo y asentado. Como Jerry lo palmeaba y le hablaba mucho, no tardaron en entenderse. Decía Jerry que con un bocado flojo y bastante trabajo, sería manso como un cordero, y que no hay mal que por bien no venga, pues si su señoría había perdido un favorito que costaba cien guineas, el cochero había ganado un buen caballo que se hallaba en lo mejor de sus fuerzas. Por su parte, Temerario consideraba una gran decadencia el convertirse en caballo de cochero, y le disgustaba tener que alinearse en la parada. Sin embargo, al fin de esa semana me confesó que tener la boca cómoda y la cabeza libre compensaba muchas cosas, y que, al fin y al cabo, ese trabajo no era tan degradante como tener la cabeza y la cola sujetas entre sí en la montura. En definitiva, se adaptó bien, y Jerry lo quiso mucho.

Navidad y Año Nuevo son momentos de júbilo para algunas personas. En cambio, para los cocheros y sus caballos, esos días no son de fiesta, aunque pueden ser de abundancia. Tantas fiestas, bailes y sitios de diversión hay abiertos, que se trabaja duro, y a menudo hasta tarde. A veces conductor y caballo tienen que esperar horas enteras, temblando de frío, bajo la lluvia o, la helada, en tanto que adentro, todos bailan muy contentos. ¡Quisiera saber si esas bellas damas piensan alguna vez en el fatigado cochero que espera en su pescante, y en su paciente caballo que aguarda con las patas duras de frío!

Me correspondió la mayor parte del trabajo vespertino, ya que estaba habituado a estar de pie, y además Jerry temía más que el caballo nuevo, Temerario, tomara frío. Durante la semana de Navidad, trabajamos muchas veces hasta tarde, y la tos de Jerry empeoró. Sin embargo por tarde que fuera, Polly lo esperaba levantada y, ansiosa e inquieta, salía a su encuentro con la lámpara.

La noche anterior al Año Nuevo, tuvimos que llevar dos caballeros a una casa situada en una plaza del West End. Cuando los dejamos allí a las nueve, nos indicaron que regresáramos a las Once. Uno de ellos agregó:

-Claro que, como se trata de una partida de naipes, puede que tengan que esperar unos minutos; pero no se retrasen.

Cuando el reloj daba las once, llegamos a esa puerta, ya que Jerry era siempre puntual. Después el reloj dio los cuartos... uno, dos, tres, y luego, las doce; pero la puerta seguía sin abrirse.

El viento, que durante el día había sido muy cambiante y alternado con chaparrones, soplaba ahora con fuerza, muy frío y penetrante, y no había refugio. Jerry bajó del pescante para acomodarse mejor una manta sobre el cuello; luego, bailoteando, dio una o dos vueltas para un lado y otro; después se puso a agitar los brazos, pero como eso le produjo tos, abrió la portezuela del coche, en cuyo fondo se sentó con los pies sobre el pavimento, quedando así un poco protegido. El reloj volvió a dar los cuartos, sin que nadie saliera. A las doce y media Jerry llamó a la puerta y preguntó al criado si lo necesitarían esa noche.

-¡Ah, sí! lo necesitarán sin falta -repuso aquél -no se vaya, pues pronto terminarán.

Entonces Jerry volvió a sentarse, pero tan ronco estaba, que apenas si se le oía.

A la una y cuarto se abrió la puerta y salieron los dos caballeros que se instalaron en el coche e indicaron a Jerry dónde llevarlos; era a dos kilómetros de distancia. Yo tenía las patas tan entumecidas de frío, que temí tropezar. Al bajar, esos hombres ni siquiera se disculparon por habernos hecho esperar tanto; lejos de ello, protestaron por el precio. Sin embargo, como Jerry nunca cobraba más de lo que le correspondía, tampoco aceptaba menos, así que tuvieron que pagarle las dos horas y cuarto de espera. Pero a Jerry le costó caro ganar ese dinero.

Por fin llegamos a casa. Mi amo apenas podía hablar tosía terriblemente. Polly, sin preguntar nada, le abrió la puerta y le sostuvo la lámpara.

-¿Necesitas algo? -quiso saber.

-Sí; tráele algo caliente a Jack, y después hiérveme un poco de avena con leche para mí.

Esto lo dijo mi amo en un ronco susurro. Aunque apenas si podía respirar, me dio una buena friega, como de costumbre, e incluso subió al henal en busca de un manojo más de paja para mi lecho. Polly me sirvió una mezcla caliente que me supo bien; después cerraron la puerta.

Nadie volvió a aparecer hasta entrada la mañana siguiente, cuando llegó Harry, que nos limpió y alimento, y barrió las casillas; luego volvió a cambiar la paja como si fuera domingo. Estaba muy silencioso, sin cantar ni silbar. A mediodía fue de nuevo a darnos comida y agua, esta vez acompañado por Dolly, que lloraba. Por lo que dijeron, comprendí que Jerry estaba gravemente enfermo, y que, según el médico, el caso se presentaba mal. Así transcurrieron dos días de inquietud para la familia. Solamente veíamos a Harry, y a veces a Dolly. Creo que ella venía en busca de compañía, pues Polly acompañaba siempre a Jerry, a quien había que mantener muy silencioso.

El tercer día, mientras Harry se encontraba en el establo, llamaron a la puerta y entró el Patrón Grant.

-Hijo mío, no quise ir a la casa, pero quiero saber cómo sigue tu padre.

-Bastante mal, no puede estar peor -repuso el niño.- Lo llaman bronquitis, y dice el médico que esta noche tendrá un desenlace.

-Malo, muy malo -murmuró Grant, meneando la cabeza.- Sé de dos hombres que murieron de eso la semana pasada... Pero mientras hay vida hay esperanza, así que, conserva el ánimo.

-Sí -se apresuró a decir Harry -y dijo el médico que papá tenía más posibilidades de salvarse que la mayoría porque no bebe. Dijo ayer que si papá

Librodot

hubiera sido bebedor, una fiebre tan alta lo habría quemado como a un trozo de papel, pero él cree que se repondrá. ¿No le parece a usted que sí, señor Grant?

Perplejo, el Patrón repuso:

-Si existe alguna regla según la cual un buen hombre debe salir con bien de estas cosas, estoy seguro de que él se salvará, hijo mío; es el mejor que conozco. Mañana vendré temprano.

Por la mañana siguiente regresó.

-¿Y? -preguntó.

-Papá está mejor -le dijo Harry.- Mamá espera que sane...

-¡Gracias a Dios! -exclamó el Patrón -ahora deben mantenerlo caliente y tranquilo. Y eso me recuerda los caballos... Mira, Jack se beneficiará con una semana o dos más en un establo tibio, y fácilmente podrás hacerle dar alguna vuelta por la calle para que estire las patas, pero en cuanto a este otro, si no se lo hace trabajar, no tardará en ponerse nervioso y será demasiado para ti, y cuando salga habrá un accidente.

-Ya está así -admitió Harry -aunque le he mezquinado el cereal, está tan lleno de bríos que no sé qué hacer con él.

-Ya ves -continuó el Patrón.- Bueno, escucha... Dile a tu madre que, si no tiene inconveniente, yo vendré a buscarlo todos los días, hasta que se arregle algo, y lo llevaré a trabajar un buen rato. Traeré a tu madre la mitad de lo que gane con él, y eso ayudará a alimentar los caballos. Sé que tu padre es socio de un buen club, pero eso no mantiene a los caballos. Vendré a mediodía a ver qué opina tu madre -agregó, antes de partir sin esperar el agradecimiento de Harry.

A mediodía, creo que fue a ver a Polly, ya que poco después llegó al establo en compañía de Harry, enjaezó a Temerario y se lo llevó.

Durante una semana o más fue en busca de Temerario, y cuando Harry se lo agradecía o decía algo sobre su bondad, él se reía, asegurando ser él el afortunado, pues sus caballos necesitaban ese descanso que de otro modo no habrían tenido.

Jerry mejoraba sin cesar, pero el médico dictaminó que nunca debía volver a trabajar de cochero sí quería llegar a viejo. Los niños se consultaban a menudo sobre lo que harían papá y mamá, y cómo podrían ayudarlos a ganar plata.

Una tarde llegó Temerario muy mojado y sucio.

-Las calles están todas embarradas -anunció el Patrón -te costará limpiarlo y secarlo, hijo mío.

-Está bien, Patrón -repuso Harry.- No lo abandonaré hasta haberlo hecho; ya sabe cómo me educó mi padre.

-Ojalá todos los jóvenes hubieran recibido la misma educación que tú -declaró el hombre.

Mientras Harry pasaba una esponja por el cuerpo y las patas de Temerario, para quitarle el barro, llegó Dolly, muy preocupada.

-Harry, ¿quién vive en Fairstowe? Mamá recibió una carta desde Fairstowe y se puso tan contenta, que subió corriendo a mostrársela a papá.

-¿No lo sabes? Allí vive la señora Fowler, la antigua patrona de mamá, esa dama a quien papá encontró el verano pasado y que nos envió cinco chelines a cada uno.

-¡Ah, la señora Fowler!, claro que me acuerdo de ella. ¿Para qué le habrá escrito a mamá?

-Mamá le escribió la semana pasada -explicó Harry.- Ya sabes que le dijo a papá que si alguna vez abandonaba el oficio de cochero, se lo comunicara. ¿Qué habrá contestado? Ve a ver, Dolly -agregó el niño, mientras seguía fregando a Temerario como un mozo de cuadra perfecto.

Pocos minutos más tarde, Dolly entró bailando en el establo:

-¡Oh, Harry!, qué hermosa noticia... Dice la señora Fowler que vayamos todos a vivir cerca de ella. Ahora hay una cabaña desocupada precisamente adecuada para nosotros, con jardín, gallinero, manzanos y todo. Su cochero se marchará en primavera, y entonces quiere que lo reemplace papá. Además, en los alrededores viven buenas familias, entre las cuales podrás conseguir trabajo en el jardín o el establo, o como paje; y una buena escuela para mí. ¡Mamá llora y ríe por turnos, y papá se ha puesto tan contento!

Pronto quedó establecido que, en cuanto Jerry estuviera más repuesto, se irían al campo, y que el coche y los caballos debían ser vendidos lo antes posible.

Para mí esto fue una mala noticia, pues ya no era joven y no podía prever ninguna mejora en mi situación. Desde mi partida de Birtwick, jamás había sido tan feliz como junto a mi querido amo Jerry; pero tres años en un coche de plaza, incluso en las mejores condiciones, debilitan a cualquiera, y ya no me sentía tan fuerte como antes.

Grant anunció inmediatamente que él compraría a Temerario. En la parada había hombres dispuestos a comprarme, pero Jerry declaró que yo no debía volver a tirar de un coche para cualquiera, de modo que el Patrón prometió encontrarme un sitio cómodo.

Llegó el día de la separación. Jerry no estaba aún autorizado a salir, de modo que nunca volví a verlo después de aquella víspera de Año Nuevo. Polly y sus hijos fueron a despedirse de mí.

-¡Pobre viejo Jack, querido viejo Jack! -exclamó ella.- Ojalá pudiéramos llevarte con nosotros.

Y, apoyando la mano en mi crin, acercó la cara a mi pescuezo y me besó. Dolly, que lloraba, me besó también. Harry me acarició mucho, mas no pronunció palabra, aunque parecía muy triste. Así me condujeron a mi nueva casa.

Fui vendido a un cerealista y panadero a quien Jerry conocía, y junto a quien pensaba que yo sería bien alimentado sin trabajar en exceso. En lo primero acerté, y si mi amo hubiera estado siempre presente, creo me habrían recargado, pero había un capataz que se lo pasaba aguijoneando y apurando a todos, y que frecuentemente, cuando yo ya tenía mi carga completa, ordenaba que agregaran algo más. Mi carretero, llamado Jakes, solía objetar que la carga era excesiva, pero el otro siempre lo negaba, diciendo:

-No hay por qué salir dos veces cuando con una basta, y yo prefiero adelantar la tarea.

Un día iba más cargado que de costumbre, y parte del camino era por una empinada cuesta. Aunque recurrí a todo mi vigor, no podía seguir adelante, y me veía continuamente obligado a detenerme. Disgustado por ello, mi conductor me aplicó fuertes latigazos, mientras gritaba:

-¡Vamos, perezoso, date prisa!

Librodot

De nuevo ponía yo en movimiento aquella pesada carga, y lograba recorrer unos cuantos metros; de nuevo bajaba el látigo, y de nuevo adelantaba yo con gran esfuerzo. Me dolía el cuerpo, por los golpes de aquel enorme látigo de carretero, pero más el alma, pues me desanimaba verme castigado e insultado cuando me esforzaba tanto. Por tercera vez me azotaba cruelmente, cuando se le acercó rápidamente una dama, que le dijo con voz dulce y severa:

-Le ruego que no castigue más a su buen caballo; estoy segura de que está haciendo cuanto puede. Es que el camino es muy empinado...

-Si haciendo cuanto puede no logra llevar esta carga, tendrá que hacer más de lo que puede; eso es cuanto sé, señora -repuso Jakes.

-Pero, ¿esa carga no es muy pesada? -insistió ella.

-Sí, sí, demasiado -admitió Jakes -pero eso no es culpa mía; cuando estábamos por salir, llegó el capataz, que hizo agregar cien kilos más para ahorrarse molestias. No tengo otro remedio que arreglarme como puedo -concluyó, y levantaba de nuevo el látigo, cuando la dama exclamó:

-Espere, por favor; creo poder ayudarlo, si me lo permite. ¿No ve?, no le deja oportunidad... No puede emplear toda su potencia con la cabeza echada hacia atrás, como la tiene con esa rienda tensa. Si se la quitara, segura estoy de que rendiría más. Pruébelo -insistió en tono persuasivo -me alegraría mucho de que lo hiciera.

-Bueno, bueno -rió secamente Jakes cualquier cosa con tal de complacer a una dama, claro está. ¿Hasta dónde quiere que la baje, señora?

-Hasta abajo; déjele la cabeza libre.

En cuanto me quitaron la rienda, bajé la cabeza hasta las mismas rodillas. ¡Qué alivio sentí! La agité entonces varias veces, para desentumecerme el pescuezo.

-¡Eso es lo que le hacía falta, pobrecito! -exclamó ella, mientras me palmeaba y acariciaba con su suave mano -y ahora, si le habla cariñosamente y lo alienta, creo que podrá salir adelante.

Tomando la rienda, Jakes me dijo: -¡Vamos, Negrito!...

Yo bajé la cabeza y eché todo mi peso contra el collar, sin ahorrarme esfuerzos. Así pude mover la carga hasta lo alto de la cuesta, donde me detuve a tomar aliento.

La dama, que nos seguía por la acera, salió entonces al camino, y me acarició y palmeó el pescuezo, como hacía tiempo que nadie lo hacía.

-Ya ve que, cuando le dio ocasión, se mostró bien dispuesto... Estoy segura de que es un animal de muy buen carácter, que sin duda ha conocido mejores épocas. No volverá a ponerle esa rienda, ¿verdad? -agregó, al ver que él se disponía a ajustarla de nuevo como antes.

-Bueno, señora, no niego que soltarle la cabeza lo ayudó a subir la cuesta; lo recordaré en otra ocasión, y se lo agradezco, pero si no le pusiera rienda tensa, me convertiría en el hazmerreír de todos los carreteros. Es la moda, ¿comprende?

-¿Acaso no es mejor iniciar una buena moda que seguir una mala? Son ya muchos los caballeros que no emplean riendas tensas; hace quince años que nuestros caballos de carruaje no las usan, y así sufren mucho menos fatiga que los otros; además, no tenemos derecho a afligir a ningún animalito de Dios sin muy buen motivo; los llamamos bestias mudas, y lo son, ya que no pueden decirnos lo que sienten, pero no por eso sufren menos. Pero ya no debo

demorarlo; le agradezco por poner a prueba mi sistema con su buen caballo, y estoy segura de que lo hallará muy preferible al látigo. Buenos días -y después de una última suave palmada en mi pescuezo, cruzó el sendero con paso leve y ya no la volví a ver.

Jakes dijo para sí:

-Esa era una verdadera dama, de ello no me caben dudas; me habló con tanta cortesía como si fuera un caballero. Probaré su sistema; por los menos cuesta arriba.

Para hacerle justicia, debo decir que aflojó mi rienda varios agujeros, y que después de ese incidente siempre me dejaba la cabeza libre al ir cuesta arriba; pero las cargas pesadas continuaron.

Comer bien y descansar lo debido conservan su fuerza a un caballo aunque trabaje mucho, pero ninguno puede soportar las cargas excesivas. Tanto decaía yo por ese motivo, que compraron en mi lugar un caballo más joven. Puedo mencionar aquí que en esta época sufrí también por otro motivo.

Aunque había oído hablar de ello a otros caballos, jamás había experimentado por mí mismo los males de un establo mal iluminado. El nuestro tenía una sola ventana, muy pequeña, en el fondo, como consecuencia de lo cual las casillas estaban casi a oscuras.

Esto, además de deprimirme, debilitaba sobremanera mi vista, y cuando me sacaban bruscamente de la penumbra al resplandor de la luz diurna, mis ojos se resentían. Varias veces tropecé en el umbral, pues apenas podía ver por dónde iba.

Creo que, de haber permanecido allí mucho tiempo, me habría vuelto cegato, lo cual habría sido una gran desgracia, pues he oído decir a varios hombres que un caballo completamente ciego es más seguro de conducir que otro de visión imperfecta, ya que la miopía los vuelve muy timoratos. De todos modos, yo me libré sin perjuicio permanente para mi vista, y fui vendido a un gran propietario de coches de alquiler.

Jamás olvidaré a mi nuevo amo. Tenía ojos negros y nariz ganchuda; boca tan llena de dientes como la de un bull-dog, y voz tan áspera como el chirrido de las ruedas de una carreta sobre los adoquines. Se llamaba Nicholas Skinner, y creo que era

el mismo para quien había trabajado el pobre Sam el Andrajoso.

He oído decir que ver es creer, pero yo diría que sentir es creer, ya que, pese a todo lo que había visto antes, nunca conocí, como entonces, qué desdichada es la vida de un caballo de cochero.

Skinner tenía un conjunto de malos coches y de malos conductores; era duro con los hombres, y ellos lo eran con los caballos. Allí no teníamos descanso dominical, pese a ser pleno verano.

A veces, un domingo por la mañana, un grupo de juerguistas alquilaba un coche para todo el día: cuatro iban adentro, uno con el conductor, y yo tenía que llevarlos al campo, a diez o quince kilómetros de distancia, y traerlos de vuelta; ninguno de ellos descendía nunca para subir a pie una cuesta, por empinada que fuera, o por caluroso que fuera el día... salvo, claro está, cuando el conductor temía que yo no pudiera llegar. A veces me sentía tan febril y agotado, que apenas podía tocar mi comida. ¡Cómo anhelaba aquel sabroso afrecho molido con nitro que Jerry solía ofrecernos las noches del sábado, cuando hacía calor, y que tanto nos refrescaba y tan bien nos hacía sentir!

Librodot

Después teníamos toda la noche y un día entero para descansar sin interrupción, de modo que el lunes por la mañana, estábamos tan descansados como caballos jóvenes. Allí, en cambio, no había descanso, y mi conductor era tan duro como su patrón.

Utilizaba un látigo cruel, con algo en la punta tan afilado que a veces me arrancaba sangre; me azotaba incluso bajo el estómago, y me daba latigazos en la cabeza. Tales indignidades me desanimaban terriblemente. Sin embargo, me esforzaba cuanto podía, sin resistirme jamás, pues, como decía Bravía, era inútil: los hombres son más fuertes.

Tan desdichada era entonces mi vida que, al igual que Bravía, deseé caerme muerto en el trabajo poniendo así fin a mis desgracias. Un día, ese deseo estuvo a punto de cumplirse.

Llegué a la parada a las ocho de la mañana, y ya había trabajado bastante cuando tuvimos que llevar un cliente a la estación ferroviaria. Como estaba por llegar un tren, mi conductor me detuvo detrás de algunos coches que esperaban afuera, para ver si conseguía algún viaje de vuelta. Era un tren muy largo, y como todos los coches quedaron pronto ocupados, el nuestro lo fue también.

Era un grupo de cuatro: un hombre gritón y petulante, con una señora, un niño, una muchacha joven y abundante equipaje. La señora y el niño subieron al coche, y mientras el hombre daba órdenes respecto del equipaje, la muchacha se acercó a mirarme.

-Papá -dijo entonces -estoy segura de que este pobre caballo no podrá llevarnos tan lejos a todo el equipaje; está muy débil y agotado; míralo un poco.

-Oh, no hay cuidado, señorita, es bastante fuerte -aseguró mi conductor.

El mozo de cordel, que cargaba algunas pesadas cajas, sugirió al caballero que, ya que llevaba tanto equipaje, tomara otro coche más.

-¿Podrá llevarnos su caballo, sí o no? -preguntó el pasajero.

-Sí que podrá, señor. Es capaz de llevar más que eso -insistió el conductor, mientras subía una caja tan pesada, que sentí bajarse los resortes.

-¡Sí, papá, toma otro coche más! -imploró la jovencita.- Estoy segura de que hacemos mal y de que cometemos una gran crueldad.

-¡Tonterías, Grace!... Sube enseguida, y no alborotes tanto. ¡Bueno sería que un hombre de negocios tuviera que examinar cada caballo de alquiler antes de tomar un coche! Este hombre conoce su oficio, por supuesto. ¡Vamos, sube y calla!

Mi amable amiga tuvo que obedecer, mientras caja tras caja eran arrastradas y colocadas en el techo del coche, o instaladas junto al conductor. Por fin todo quedó listo, y con el tirón de riendas y latigazos habituales, salimos de la estación.

La carga era muy pesada, y yo no comía ni descansaba desde la mañana. Sin embargo, hice cuanto pude, como lo hacía siempre pese a la crueldad y la injusticia.

Logré seguir más o menos bien hasta que llegamos a la Colina de Ludgate, pero allí la pesada carga y mi cansancio resultaron excesivos. Me esforzaba por salir adelante, acuciado por constantes tirones de rienda y latigazos, cuando en un solo instante, no sé como, mis patas cedieron y caí pesadamente de costado al suelo. La brusquedad y la violencia con que caí parecieron quitarme todo el aliento del cuerpo.

Librodot

-¡Oh, ese pobre caballo! Y todo es por culpa nuestra.

Alguien se acercó y aflojó la correa de mi brida que me ajustaba el pescuezo, y deshizo los tirantes que me apretaban tanto el collar. Alguno dijo:

-Está muerto; ya no volverá a levantarse.

Después pude oír que un policía daba órdenes, pero ni siquiera abrí los ojos; apenas si podía respirar de vez en cuando. Me arrojaron agua fría a la cabeza, me echaron en la boca un poco de tónico, y me cubrieron con algo.

No sé cuánto tiempo permanecí allí tendido y pero por fin sentí que recobraba la vida, y que un hombre de voz bondadosa me palmeaba alentándome a levantarme. Después que me dieran un poco más de tónico, y tras una o dos tentativas, me incorporé tambaleante, y fui conducido despacio a unos establos cercanos. Allí me alojaron en una cómoda casilla y me sirvieron una mezcla caliente que bebí agradecido.

Al anochecer, ya estaba lo bastante repuesto como para ser conducido de vuelta a los establos de Skinner, donde, según creo, me cuidaron lo mejor posible. Por la mañana fue a verme Skinner, acompañado de un veterinario, quien después de examinarme minuciosamente, declaró:

-Se trata de un caso de trabajo excesivo, y no de enfermedad. Si pudiera proporcionarle seis meses de reposo, podría volver a trabajar, pero ahora no le queda nada de fuerza.

-En tal caso, irá a alimentar a los perros -replicó Skinner.- Yo no tengo prados donde cuidar caballos enfermos... podría reponerse o no, esas cosas no me convienen. Mi sistema consiste en hacerlos trabajar mientras pueden, y venderlos luego por lo que den en el matadero o donde sea.

-Si tuviera afectada la respiración, sería mejor que lo matara inmediatamente, pero no es así -insistió el veterinario.- Dentro de unos diez días hay una subasta de caballos; si lo deja descansar y lo alimenta bien, acaso se reponga, y así podrá obtener por él más de lo que vale su pellejo.

Aunque de mala gana, Skinner siguió este consejo, y dio órdenes de que se me alimentara y cuidara bien, que el mozo de cuadra, felizmente para mí, cumplió con mucha mejor voluntad que la demostrada por su amo al darlas.

Diez días de descanso completo, y abundancia de sabrosa avena, heno y afrecho molido con linaza hervida, mejoraron más mi estado que cualquier otra cosa.

Con esos deliciosos purés de linaza, empecé a pensar que, al fin y al cabo, acaso fuera mejor seguir viviendo que ir a alimentar perros. Doce días después del accidente me llevaron a la subasta a pocos kilómetros de Londres. Pensando que cualquier cambio respecto de mi situación del momento sería un adelanto, alcé la cabeza, esperando lo mejor.

En aquella subasta, me encontré en compañía de caballos viejos y venidos a menos: unos cojos, otros cortos de aliento, unos demasiado viejos, y algunos que, seguro estoy, lo más piadoso habría sido matarlos.

En gran parte, tampoco los compradores y vendedores tenían mucho mejor aspecto que las pobres bestias por las cuales regateaban. Había pobres ancianos que procuraban adquirir por unas cuantas libras un caballo o pony que les permitiera arrastrar algún carro de leña o carbón. Había pobres hombres que intentaban vender algún animal gastado por dos o tres libras, antes que resignarme a la pérdida mayor de matarlo.

Algunos parecían completamente endurecidos por la pobreza y la mala suerte; otros había, en cambio, por quienes habría empleado de buena gana mis últimas fuerzas: pobres y andrajosos, pero bondadosos y humanitarios, con voces que me inspiraban confianza. Hubo un anciano tembloroso que se mostró muy interesado en mí, y yo en él, pero no le parecí bastante fuerte... ¡fue un momento de ansiedad!

Poco después, advertí que se acercaba desde la mejor parte de la subasta un caballero que parecía ser granjero, acompañado por un niño. Su espalda era ancha; sus hombros, redondos, su rostro, bondadoso y rubicundo, y llevaba puesto un sombrero de ala ancha. Cuando llegó a mi lado y al de mis compañeros, se detuvo y echó sobre nosotros una mirada compasiva.

Vi que sus ojos se posaban en mí; yo conservaba todavía una buena crin cola, lo cual realzaba mi apariencia. Alcé las orejas y lo miré.

-Fíjate, Willie, ese caballo ha visto mejores épocas -comentó él.

-¡Pobrecito! -exclamó el niño que lo acompañaba.- Abuelo, ¿habrá sido alguna vez caballo de carruaje?

-Sin duda, muchacho -repuso el granjero, mientras se acercaba a mí - puede haber sido cualquier cosa cuando joven. Fíjate en sus fosas nasales, en sus orejas y en la forma de su pescuezo y hombros... Es de muy buena raza.

Tendiendo la mano, me palmeó el cuello con suavidad. Como respuesta, yo adelanté la nariz, y el niño me acarició la cara, diciendo:

¡Pobrecito! Mira, abuelo, cómo comprende la bondad de nuestro trato. ¿No podrías rejuvenecerlo como hiciste con Mariquita?

-Hijo mío, no puedo volver joven a cualquier caballo. Además, Mariquita no estaba tan vieja como estropeada y maltratada.

-Bueno, abuelo, yo no creo que éste sea tan viejo. Mírale la crin y la cola... ¿Por qué no le miras la boca, así calculas su edad? Aunque está flaco, no tiene los ojos hundidos como algunos caballos viejos.

-¡Qué muchachote -rió el anciano caballero.- Es tan aficionado a los caballos como su abuelo.

-Vamos, abuelo, mírale la boca y pregunta el precio; estoy seguro de que en nuestros prados recobraría la juventud.

Intervino entonces el hombre que me había conducido a la subasta:

El caballerito sabe lo que dice, señor... Es el caso que este caballo sufrió por exceso de trabajo en los coches de alquiler. No es viejo, y oí decir que, según el veterinario, seis meses de descanso lo repondrían, ya que no tenía los pulmones estropeados. Lo he tenido a mi cargo estos últimos diez días y nunca he conocido animal más agradecido y tranquilo... Para un caballero, valdría la pena pagar cinco libras por él y darle una oportunidad. Apuesto a que para la próxima primavera valdría veinte libras.

El anciano caballero rió, y su nieto lo miró con ansiedad.

-¡Oh, abuelo!, ¿no dijiste que habías vendido el potro por cinco libras más de lo que esperabas? Si compraras éste, no quedarías más pobre.

El granjero me palpó con lentitud las patas, que tenía muy hinchadas y resentidas; luego me miró la boca antes de dictaminar:

-Calculo que tendrá trece o catorce años... Hágalo trotar un poco, ¿quiere?

Arqueé mi pobre pescuezo flaco, levanté un poco la cola y moví las patas lo mejor que pude, aunque las tenía muy tiesas.

-¿Cuál es su último precio? -preguntó el estanciero cuando volví.

-Cinco libras, señor; es lo menos que aceptará mi patrón.

-Es una verdadera especulación -comentó el anciano, meneando la cabeza, aunque sacando su billetera.- ¿Le queda algo por hacer aquí? -agregó, mientras pagaba.

-No, señor; si lo desea, puedo llevárselo a la hostería.

-Sí, por favor; ahora voy para allá.

Echaron a andar, y yo tras ellos. El niño apenas podía dominar su alegría, lo cual parecía complacer mucho al caballero. En la hostería me alimentaron bien, antes de que un criado de mi nuevo amo me condujera a casa y me soltara en un vasto prado, con un cobertizo en un rincón.

El señor Thoroughgood, pues así se llamaba mi benefactor, dio órdenes de que se me proporcionara heno y avena cada mañana y cada noche, y que se me permitiera corretear por todo el prado durante el día.

-Y tú, Willie, deberás ocuparte de él -agregó, dirigiéndose a su nieto.

Orgulloso de tal encargo, el niño lo tomó con toda seriedad. No pasaba día sin que me visitara, buscándome entre los demás caballos para ofrecerme un pedazo de zanahoria o alguna otra cosa sabrosa, y a veces acompañándome mientras comía la avena. Siempre venía con palabras amables y caricias, de modo que, por supuesto, le cobré gran afecto. Me llamaba Viejo Compinche, porque yo solía salir a su encuentro y seguirlo por el campo. A veces llevaba consigo a su abuelo, quien siempre me examinaba las patas con atención.

-Ese es el punto débil, Willie -decía entonces -pero mejora con tal rapidez que, según creo, notaremos un gran cambio en primavera.

Aquel descanso completo, aquella buena comida, aquel pasto suave y aquel tranquilo ejercicio no tardaron en influir en mi estado físico y espiritual. De mi madre había heredado una buena constitución, y de joven nunca me habían exigido demasiado; por eso tenía mejores perspectivas que otros caballos a los que se hace trabajar antes de llegar a la plenitud de sus fuerzas.

Durante el invierno mis patas mejoraron tanto que empecé a sentirme de nuevo joven. Por fin llegó la primavera, y un día de marzo, el señor Thoroughgood decidió probarme en el faetón, junto con Willie. Como ya no tenía las patas tiesas, yo, complacido, cumplí la tarea con toda soltura.

-Está rejuveneciendo, Willie; ahora debemos hacerlo trabajar despacio, y para el verano estará tan bien como Mariquita. Tiene buena boca y un andar inmejorable.

-¡Oh abuelo!, ¡cuánto me alegro de que lo hayas comprado!

-Y yo también, hijo mío, pero debe agradecerte a ti más que a mí. Ahora debemos buscarle un sitio tranquilo donde lo valoren como es debido.

Librodot

CAPITULO 14
MI ULTIMO HOGAR

Un día de verano, el mozo me limpió y preparó con cuidado tan extraordinario, que preví algún nuevo cambio. Me alisó las cernejas y me limpió las patas, me pasó por los cascos el cepillo alquitranado y hasta me peinó el flequillo. Creo que también el arnés recibió una lustrada adicional. Willie, que parecía a medias ansioso y a medias contento, subió al calesín con su abuelo.

-Si las señoras se prendan de él, quedarán satisfechas, y él también -comentó el anciano caballero -nosotros no podemos sino probar.

A un kilómetro o dos de distancia del poblado, llegamos a una linda casita baja, con césped y arbustos delante y un sendero hasta la puerta. Willie llamó a la puerta y preguntó si estaban en casa la señorita Blomefield o la señorita Ellen: sí, estaban las dos. Así, mientras Willie se quedaba con nosotros, el señor Thoroughgood entró en la casa.

Unos diez minutos más tarde regresó seguido por es damas. Una de ellas, pálida y envuelta en un chal blanco, se apoyaba en otra más joven, de ojos negros y alegres facciones; la tercera, una persona de aspecto majestuoso, era la señorita Blomefield. Todas se acercaron a mirarme y hacer preguntas. La más joven, que era la señorita Ellen, se prendó mucho de mí, y dijo estar segura de que yo le gustaría, pues tenía muy buena cara. La dama alta y pálida objetó que siempre la pondría nerviosa ir detrás de un caballo que se había caído una vez, pues podía caer de nuevo, en cuyo caso ella jamás se repondría del susto.

-Miren, señoras -explicó el granjero -a muchos caballos de primera clase se les han quebrado las rodillas por puro descuido de sus conductores, sin tener ninguna culpa, y por lo que he visto de este caballo, debe ser así en su caso. Pero, por supuesto, no pretendo influenciarlas. Si así lo desean, pueden recibirlo a prueba, y entonces su cochero verá qué opina de él.

La majestuosa dama repuso:

-Siempre nos ha aconsejado tan bien sobre nuestros caballos que su recomendación significa mucho para mí, y sí mi hermana Lavinia no tiene inconveniente, aceptaremos agradecidas su ofrecimiento a prueba.

Me condujeron a aquella casa, donde me instalaron en un establo cómodo, y después de alimentarme, me dejaron solo. Al día siguiente, mientras me limpiaba la cara, mi mozo de cuadra comentó:

-Tiene una estrella igual a la que tenía Azabache, y es de la misma estatura... ¿dónde estará ahora?

Poco después llegó al sitio de mi pescuezo donde me habían hecho una sangría, y donde quedaba un pequeño nudo en la piel. Entonces tuvo un sobresalto, y se puso a examinarme minuciosamente, mientras hablaba para sí:

-Una estrella blanca en la frente, un pie blanco, este nudito en ese preciso sitio... -y mirándome el lomo y por mi vida, aquí está ese trocito de pelo blanco

que John solía llamar "los tres peniques de Azabache". ¡Tiene que ser él! ¡Mi buen Azabache!, ¿no me reconoces? ¡Soy Joe Green, el que casi te mató!

Y, diciendo esto, se puso a palmearme, como dominado por el júbilo. Por mi parte, no podía decir que lo recordara, pues ahora era un joven muy bien plantado, de negro bigote y voz de hombre, pero viendo que me reconocía, y que sin duda sería Joe Green, me alegré muchísimo. Le acerqué la nariz y procuré decirle que éramos amigos. Nunca vi a nadie más complacido.

-¿Que le demos una buena oportunidad? ¡Sin falta!

Mi buen Azabache, ¿quién habrá sido el canalla que te quebró las rodillas? En alguna parte deben haberte tratado muy mal. Bueno, bueno; si no lo pasas bien ahora, no será por mi culpa. Ojalá estuviera aquí John Manly para verte.

Por la tarde me uncieron a un calesín bajo y me condujeron hasta la puerta, pues la señorita Ellen iba a probarme, y Green la acompañaba. No tardé en comprobar que era buena conductora, y ella, por su parte, pareció satisfecha con mi andar. Oí que Joe le hablaba de mí, diciéndole que estaba seguro de que yo era el antiguo Azabache del señor Gordon.

Cuando regresamos, salieron las otras hermanas, para enterarse de cómo me había portado. Ella les contó lo que acababa de oír, agregando:

-Escribiré sin falta a la señora Gordon, para decirle que su caballo favorito está con nosotras. ¡Cuánto se alegrará!

Después de esto, me sacaron todos los días durante una semana, y como resulté completamente seguro, la señorita Lavinia se aventuró por fin a salir en el pequeño carruaje cerrado. Entonces decidieron conservarme, y darme mi antiguo nombre de Azabache.

Hace ya un año que vivo en este feliz hogar. Joe es el mejor y más bondadoso de los mozos de cuadra. Con mi trabajo fácil y agradable, siento volver mi vigor y mis bríos. El otro día, el señor Thoroughgood, dijo a Joe.

-Con ustedes, durará por lo menos hasta los veinte años, acaso más.

Willie me habla cada vez que puede, y me trata como a su amigo especial. Las señoras han prometido no venderme nunca, de modo que nada tengo que temer, y concluyo aquí mi historia. Mis penurias son cosa del pasado, tengo un hogar, y a menudo, antes de despertar del todo, me parece hallarme de nuevo en el huerto de Birtwick, en compañía de mis viejos amigos, bajo los manzanos.

FIN